
HARLEQUIN
Jazmín
EL REGRESO DE LA SEÑORA JONES
JESSICA GILMORE



EL REGRESO DE LA SEÑORA JONES

JESSICA GILMORE



La mujer a la que nunca había podido olvidar…

De todos los sitios posibles, Lawrie nunca había imaginado que celebraría su trigésimo cumpleaños en la ciudad costera en la que se había criado. Y menos aún que lo celebraría con su exmarido, Jonas Jones. Pero la vida estaba llena de sorpresas. Su devastadora sonrisa y su atractivo todavía hacían que se le acelerara el pulso.

Jonas se sintió intrigado al volver a ver a Lawrie. A pesar de que no la había perdonado, tampoco había podido olvidarla. Y aunque ya no fueran unos adolescentes, era imposible negar que entre ellos seguía habiendo química.

Capítulo Uno

–Puedes entrar si quieres. ¿O es que ahora los de ciudad lleváis parches de cafeína para no tener que beber café?

Aquel comentario burlón sobresaltó a Lawrie Bennett, ensimismada contemplando un nuevo edificio moderno construido en el puerto. Se volvió convencida de que aquella voz era fruto de su imaginación y lo vio apoyado en una señal de madera, sonriendo con su mirada azul.

–¿Jonas?

No, no era un fantasma. El paso del tiempo se evidenciaba sutilmente. Su pelo rubio de surfero estaba más corto y tenía unas finas arrugas alrededor de los ojos, lo que le confería un halo interesante a su rostro bronceado.

Lawrie se sintió avergonzada, culpable y humillada. Merodear cerca del negocio de su exmarido como una adolescente enamorada era patético y, más aún, si era precisamente él quien la descubría.

En un intento por mantener la calma, Lawrie esbozó su mejor sonrisa, aquella que lucía en las reuniones de trabajo y fiestas de beneficencia, pero fue incapaz de evitar que sus ojos recorrieran de arriba abajo aquel cuerpo musculoso que tenía delante. Los pantalones negros de vestir y la camisa de manga corta gris eran toda una novedad frente a los vaqueros desgastados y las camisetas que solía llevar, pero su cuerpo estaba tan en forma como siempre. Seguía siendo muy guapo. Lo peor era que, a la vista de aquella sonrisa de suficiencia, se había percatado de su mirada aprobadora.

–Bueno, ¿vas a pasar? –preguntó Jonas arqueando una ceja.

¿Cómo era posible que después de tanto tiempo su voz le resultara tan familiar? Había pasado mucho tiempo desde la última vez que oyera aquel tono grave y profundo con acento de Cornualles.

–Me estaba preguntando si no me habría equivocado –dijo ella, señalando hacia el edificio de madera y vidrieras que había detrás de él–. Todo se ve diferente.

–He hecho algunos cambios. ¿Qué te parece? –preguntó él, con una nota de orgullo en su voz.

–Impresionante. ¿Derribaste el cobertizo para botes?

Echaba de menos aquel viejo y desvencijado edificio, aquel pintoresco rincón en el que había tenido su primer trabajo, su

primer beso, su primer amor.

El pulso se le aceleró a la espera de su respuesta. De repente le era muy importante. Hacía nueve años que no ponía un pie en aquel pueblo de Cornualles, nueve años sin ver a aquel hombre. A pesar del tiempo transcurrido, seguía sintiendo algo por él.

–Lo hemos cambiado de ubicación. Al fin y al cabo, era el principio de todo, no podía permitir que se demoliera esa preciosidad. Por supuesto que hemos mantenido el nombre y la marca.

–¿De todo?

¿Se estaría refiriendo a ella? El paseo por las colinas y el puerto la habían hecho volver a atrás en el tiempo, trayéndole a la cabeza todos aquellos recuerdos. A la vista del edificio que tenía ante ella, Jonas hacía tiempo que se había olvidado de todo.

–Bueno, ¿vas a pasar o no? –dijo él, ignorando su pregunta y apartándose de la señal–. El café es excelente y los bizcochos aún mejores. Por supuesto que siendo una exempleada, invita la casa.

Lawrie abrió la boca para negarse. Quería decirle que el edificio no era lo único que había cambiado, que hacía años que no probaba la cafeína o el azúcar refinado, pero al ver su expresión de asombro, decidió cambiar de opinión. No iba a darle esa satisfacción.

Después de todo, tampoco había conseguido nada llevando una vida sana. Su intención durante aquel período de descanso forzoso era tener nuevas experiencias, descubrir nuevas cosas. No estaba tan mal empezar por una buena taza de café como solo Jonas sabía preparar.

–Gracias.

–Por aquí –dijo Jonas, sujetándole una de las puertas de cristal–. Por cierto, Lawrie, feliz cumpleaños.

Lawrie se quedó de piedra. Media hora antes había llegado a la triste conclusión de que era patético pasar sola el día de su trigésimo cumpleaños, especialmente estando soltera y en paro.

La guinda del pastel era encontrarse con su ex justamente ese día. Debería haber seguido su instinto y haberse quedado en casa. Pero se había obligado a salir a respirar aire fresco y hacer un poco de ejercicio. Era evidente que ambas cosas estaban sobrevaloradas.

–Ahora es cuando me das las gracias.

Se había apartado de la puerta y la estaba dirigiendo hacia una pequeña mesa que había al fondo.

–¿Disculpa?

¿De qué estaba hablando? Quizá estaba en un sueño surrealista en el que la conversación no tenía sentido.

–Sé que llevas un tiempo en el pueblo –dijo con un inesperado tono burlón–, pero volviendo al mundo real, cuando alguien te desea un feliz cumpleaños, lo normal es dar las gracias.

Por primera vez en una semana, Lawrie sintió que su carga se aligeraba.

–Gracias –dijo con exagerado énfasis–. Aunque creo que prefiero olvidar este cumpleaños en particular.

–Sí, claro, el gran tres –replicó él sonriendo–. No es para tanto una vez te acostumbras al dolor de espalda y al crujido de las rodillas.

–Espero que sea como cuando se cae un árbol en medio del bosque. Si nadie se entera, es como si no pasara.

–Yo sí sé que es tu cumpleaños.

–Al traste con mis planes.

Una sonrisa asomó a sus labios, a pesar de que su mirada era de preocupación. Lawrie no quería que se preocupara por ella.

–Ahora, no te queda otro remedio que celebrarlo. ¿Te apetece un trozo de mi bizcocho de zanahoria con cobertura de chocolate? A menos que, ahora que ejerces de londinense, prefieras uno de esos *cupcakes*, con mucha apariencia, pero sin sustancia.

Lawrie alzó la vista. ¿Era una metáfora?

–¿O prefieres esperar a que llegue tu prometido?

De repente, la carga volvió a caer sobre ella. Lawrie buscó las palabras adecuadas que decir.

–Hugo y yo nos hemos separado. Ha llegado el momento de volver a empezar.

–¿Otra vez?

Había toda una historia detrás de aquellas palabras. Era más de lo que Lawrie podía soportar. Había sido un error regresar, pero no tenía ningún otro sitio al que ir.

En los últimos nueve años, Lawrie no se había parado a pensar en cómo reaccionaría si se encontrara con su exmarido, pero si lo hubiera hecho nunca se habría imaginado acabar en una situación tan humillante como aquella.

Miró a su alrededor, desesperada por encontrar otro tema de conversación.

–La cafetería ha quedado muy bien.

Era un local diáfano, con un mostrador de madera al fondo. Sus paredes azules recordaban al omnipresente mar. Lo realmente impresionante eran los ventanales de techo a suelo. Todo era de muy buen gusto, pero de nuevo sintió nostalgia por el pequeño y acogedor bar que siempre había conocido.

A pesar de que todavía no había llegado el verano, la cafetería estaba muy concurrida de madres con sus hijos pequeños, grupos de amigos y los siempre presentes surferos. No había menús. Los platos del día estaban escritos en pizarras dispuestas por todo el local, junto a carteles proclamando los valores del café: local, orgánico y procedente de comercio justo.

Se sintió orgullosa. Lo había conseguido, había hecho realidad sus sueños. Mucho antes de que famosos chefs hubieran puesto de moda los productos locales, Jonas se había preocupado por la calidad de los ingredientes, provenientes de granjas de la zona, usando solo huevos ecológicos para hacer sus legendarios huevos fritos.

–Me alegro de que te guste. ¿Qué quieres tomar?

Por un segundo, Lawrie deseó sorprenderlo y pedir algo diferente para demostrarle que había cambiado en esos nueve años. Pero la tentación de volver a la comodidad del pasado era demasiado fuerte.

–Un café con leche desnatada y canela, por favor. Y si tienes tarta de zanahoria… –dijo recorriendo con la mirada el listado de dulces de una de las pizarras.

–Por supuesto que tengo.

Jonas se volvió para prepararle el pedido.

–Después de todo, es tu cumpleaños –le pareció escucharle.

Allí seguía. Jonas trató de mantener la atención en la pantalla que tenía delante, pero solo podía fijarse en la ocupante de la pequeña mesa de abajo.

La entreplanta en la que tenía su despacho estaba situada justo encima de las cocinas, tras un cristal tintado que le daba intimidad y le permitía observar lo que pasaba al otro lado. Algunos días estaba tan ocupado que olvidaba dónde estaba y se sorprendía al ver a la gente abajo. Tenía un despacho más amplio en su hotel, pero prefería estar allí donde todo había empezado.

–Jonas, ¿me estás escuchando?

–Por supuesto –mintió sobresaltado.

–¡Ni siquiera me has oído entrar! Sinceramente, Jonas, si quisiera ser ignorada, me quedaría en casa y le pediría a mi marido que limpiara.

–Lo siento, Fliss, estaba leyendo el correo electrónico.

–Ahora veo por qué –dijo Fliss asomándose por encima de su hombro–. No todos los días te ofrecen un millón de libras por

permitir que alguien use tu cuenta bancaria, ¿no?

–Maldito correo basura. El filtro debería eliminarlos, no sé por qué no ha funcionado.

Ella lo miró escéptica.

–Bórralo y preocúpate de un problema serio para variar. A Suzy le han recomendado reposo absoluto durante lo que le queda de embarazo y no va a poder ocuparse del festival Wave Fest.

–¿Embarazo? –preguntó asombrado–. No tenía ni idea de que estuviera embarazada.

–Supongo que no te lo habrá contado conociendo tu opinión sobre las madres trabajadoras.

Jonas arqueó una ceja, observándola.

–No tengo opinión sobre madres trabajadoras, ni sobre padres trabajadores. Solo espero que mis empleados pongan toda su energía en lo que hacen. ¡Vaya! Solo queda un mes, es muy poco tiempo para encontrar a alguien que se ocupe. ¿No puedes encargarte tú, Fliss?

–Me parece que no –contestó aquella mujer menuda y pelirroja–. Todavía tengo mucho que hacer en la última cafetería que compraste y si finalmente compras *The Laurels* tendré que empezar con las obras de reforma cuanto antes. Puedo ayudarte con las relaciones públicas, al fin y al cabo soy yo quien suele llevar ese tema, pero no puedo encargarme de organizar el festival. Suzy tiene todos los detalles planeados, así que solo necesitamos a alguien que se ocupe de ponerlos en marcha.

Jonas era consciente de que Fliss tenía razón, ya tenía suficientes cosas que hacer. Empujó la silla hacia atrás y se giró con la mirada fija en el salón de abajo.

–Piensa, Fliss, ¿hay alguien capaz de hacerse cargo del festival, aunque sea alguno de los empleados temporales de verano?

Después de pensarlo unos segundos, ella sacudió la cabeza.

–No se me ocurre nadie.

–Tendremos que apechugar y contratar a alguien, aunque no es lo ideal.

Bastante le había costado encargarle el festival a Suzy. El negocio había crecido tanto que ya le era imposible organizarlo aun con la ayuda de Fliss. Le resultaba difícil imaginarse a un desconocido ocupándose de un acontecimiento tan importante, pero no había otra manera.

–Eso nos llevará al menos una semana y la agencia de contratación nos cobrará una fortuna.

–Es complicado encargárselo a alguien de fuera, pero no nos

queda otra opción. Hasta que encontremos a alguien, nos ocuparemos tú y yo. Después de todo, los tres primeros los organizamos nosotros.

Fliss le dirigió una sonrisa cómplice.

–Solo Dios sabe cómo lo conseguimos. Por entonces, éramos jóvenes y optimistas, y no teníamos tantos asuntos de los que ocuparnos. Somos víctimas de nuestro propio éxito. Pero está bien, avisaré a Dave de que voy a quedarme a trabajar hasta tarde.

–Estupendo. Vete inmediatamente a casa de Suzy y revisa con ella todos los preparativos. Después dividiremos las tareas. Pensaré a ver si se me ocurre alguien a quien encargarle el asunto. Si no se me ocurre nadie, llamaré a un par de agencias.

Una sensación de satisfacción lo invadió al tomar aquella decisión. Era un jefe que se implicaba mucho, demasiado según algunos, pero le gustaba supervisar cómo se hacía todo, desde la preparación de las ensaladas hasta el origen de los productos. Después de todo, era su nombre el que estaba en la puerta.

–De acuerdo, jefe –dijo y se dio media vuelta para salir del despacho–. ¡Jonas! –exclamó deteniéndose en seco–. Mira allí abajo.

–¿Por qué estás susurrando?

Sabía perfectamente qué, o más bien a quién, había visto. Arqueó una ceja, tratando de mostrar una indiferencia que no sentía. No quería darle más importancia de la necesaria a la inesperada presencia de Lawrie.

Era evidente que Fliss no pensaba lo mismo. Su mirada se había iluminado.

–Es Lawrie, Jonas. ¡Mira!

–Sé que es Lawrie, pero sigo sin entender por qué estás susurrando. No puede oírte, ¿sabes?

–Claro que lo sé –replicó en tono acusatorio–. ¿Sabías que estaba aquí y no me lo habías dicho?

–Se me había olvidado como a ti se te ha olvidado que estábamos hablando de un importante asunto de trabajo –dijo en tono frío–. ¿No tienes cosas que hacer?

–Dame cinco minutos, tengo que saludarla.

Por lo que Jonas sabía, Fliss no había hablado con Lawrie en nueve años. ¿Qué más daba unas horas más? Su mejor y más antigua empleada, por no decir mejor amiga, estaba tan emocionada que no podía desilusionarla.

Él no era la única persona a la que Lawrie había abandonado.

–De acuerdo, cinco minutos –accedió–. Pero, Fliss, tenemos mucho que hacer.

–Lo sé. Me daré prisa, gracias.

Fliss salió a toda prisa, dirigiéndole una última mirada de agradecimiento. Apenas un minuto más tarde, estaba en la mesa de Lawrie.

Jonas observó cómo Fliss se sentaba en la mesa. Lawrie alzó la vista sorprendida y enseguida su expresión se tornó de alegría al ver a su amiga.

Cuando ambas miraron hacia el despacho, Jonas apartó la mirada, a pesar de que sabía que no podían verlo al otro lado del cristal tintado. Tenía muchas cosas que hacer como para perder el tiempo observándolas.

Sacó un informe que había encargado sobre una pequeña cadena de restaurantes de Somerset que estaba pensando adquirir y se puso a estudiarlo.

Después de diez minutos seguía en la primera página.

Volvió a mirar por la ventana. Seguían charlando. ¿De qué demonios estarían hablando tanto tiempo?

Típico en Lawrie, poniéndolo todo patas arriba sin ni siquiera pretenderlo.

Al verla fuera, con aquella inseguridad tan poco característica en ella, había aprovechado la oportunidad. Desde que se había enterado de que había vuelto para quedarse, sabía que sería inevitable que acabaran encontrándose. Trengarth era demasiado pequeño como para no toparse con alguien, pero había deseado que, cuando ocurriera, fuera a su manera. Después de todo, había sido ella la que se había marchado.

Invitarla a pasar le había parecido correcto, aunque quizá no debería haberlo hecho.

Volvió a fijarse en la pantalla del ordenador y comenzó a leer desde la primera línea. Era un puñado de sandeces.

Jonas apretó los dientes. Si Fliss se había olvidado de que tenía mucho que hacer, él no. Iba a bajar a decírselo de inmediato.

Al principio, Lawrie no había reconocido a aquella mujer menuda y pelirroja. Nueve años antes, Fliss solía llevar una melena corta rosa y un montón de *piercings*, y nunca se habría puesto los pantalones negros de vestir y la blusa que llevaba en aquel momento. Pero su amable sonrisa y el brillo travieso en sus ojos color avellana seguía siendo el mismo. Después de cinco minutos de charla, era como si ambas siguieran siendo aquellas camareras adolescentes, divirtiéndose después del trabajo.

–¿Has estado trabajando para Jonas todo este tiempo? –preguntó sin poder evitar disimular el tono de incredulidad–. ¿Y tu sueño de actuar?

–Resulta que soy una estupenda actriz aficionada.

Lawrie se quedó mirándola, pero no advirtió desilusión en su mirada cándida.

–También soy una buena gerente y directora de marketing, ¿quién lo habría dicho?

–Pero querías hacer tantas cosas, tenías tantos planes…

–Estoy contenta con lo que tengo. Espera a conocer a Dave. Al poco de que te fueras, vino una semana para hacer surf y ya no se marchó.

Las dos mujeres continuaron su animada charla.

–Tengo un grupo de teatro y me encanta mi trabajo. No he viajado ni he vivido en una ciudad grande, pero tengo todo lo que quiero y deseo. Soy una chica con suerte. Tu vida sí que parece emocionante. ¡Nueva York! Siempre quise vivir allí y actuar en Broadway.

Le había dado a entender que Nueva York era una realidad más que una posibilidad, pero Lawrie se había sentido obligada a salvar su orgullo.

De repente, vio una sombra acercándose a la mesa. Al levantar la mirada vio a Jonas. Estaba muy serio, con el ceño fruncido. Lawrie sintió un pellizco en el estómago y dio un rápido sorbo a su café.

–Pensé que te ibas a ver a Suzy –dijo dirigiéndose a Fliss.

–Ya me voy. Pero se me acaba de ocurrir una idea. ¿Y Lawrie?

–¿Y Lawrie, qué? –preguntó Jonas impaciente.

Lawrie apretó con fuerza la taza. Sentía que las mejillas le ardían.

Se le hacía extraño volver a estar con ellos, pero sin trabajar con ellos. Respiró hondo y se recostó en el respaldo.

–Para el Wave Fest. Espera, escucha –dijo Fliss poniéndose de pie para tomar del brazo a Jonas, que ya se estaba alejando–. Está de baja remunerada hasta después del verano.

–¿De baja por qué?

Jonas se detuvo y miró hacia la mesa. Sus ojos azules desprendían un brillo divertido.

–No puedo trabajar durante el plazo de preaviso –respondió Lawrie sintiendo que se le aceleraba el pulso bajo su mirada–. Estoy de baja remunerada hasta septiembre.

–Y tiene pensado quedarse en Cornualles todo este tiempo –

añadió Fliss.

–Sí, así es, pero me estoy preparando para dar el siguiente paso. Estaré yendo y viniendo de Londres, y probablemente tenga que viajar al extranjero. De todas formas, ¿qué es el Wave Fest?

–Lawrie, ¿no te acuerdas del festival que Jonas y yo creamos?

–Fliss, lo cierto es que Lawrie nunca asistió a ninguno. Durante los dos primeros estaba de prácticas.

El buen humor parecía haber desaparecido del rostro de Jonas. Era como si el sol se hubiera ocultado tras una nube. Pero no dijo lo que Lawrie sabía que estaba pensando. Se había marchado justo antes del tercero.

–Sé que estamos desesperados, pero Lawrie es abogada, no directora de proyectos. Además, no sabe nada de festivales.

–Pero necesitamos a alguien organizado que pueda sacar las cosas adelante y ella puede hacerlo. Además, la tenemos aquí y está disponible.

–Fliss, tú misma has dicho que, a estas alturas, organizar el festival requiere dedicación completa. Si Lawrie necesita ocuparse de otra cosa –dijo posando sus ojos azules en ella antes de volver a desviar la mirada–, no podrá dedicarnos el tiempo que necesitamos.

–Sí, para mí sería dedicación completa porque tengo un marido inútil y hago el trabajo de tres personas. Pero Lawrie está acostumbrada al ritmo de la ciudad; para ella será un paréntesis relajante.

Resultaba entretenido escucharles hablar de ella como si no estuviera presente. Lawrie dio otro sorbo a su café, asimilando lo que estaban diciendo. Después de lo que había pasado la última semana, era agradable sentirse deseada aunque solo fuera para un pequeño encargo que no pensaba aceptar.

De repente, reparó en que se habían quedado en silencio y, al levantar la vista, se encontró con dos pares de ojos observándola.

–¿Qué?

–Te he preguntado que por qué estás de baja –dijo Jonas con la paciencia de alguien que hubiera preguntado lo mismo varias veces–. Si has dado un preaviso a tu empresa, eso quiere decir que dejas de trabajar en ella. ¿Por qué?

Una sensación de pánico la invadió y sintió una fuerte tensión en el pecho. Nada de aquello parecía real. Era una especie de pesadilla. Enseguida se despertaría y se encontraría con Hugo roncando a su lado y un traje colgando de la puerta del vestidor dispuesto para ir a trabajar en algo que se le daba muy bien.

–Quería un cambio –dijo escogiendo cuidadosamente las

palabras–. Me ofrecieron un buen acuerdo de despido y pensé que, aprovechando que cumplía treinta años, podía ser una buena oportunidad para empezar de nuevo. Después de todo, no tiene sentido estar especializada en derecho internacional y no trabajar en el extranjero. Tengo muchos contactos en Nueva York, así que me parece que es la opción más lógica.

Se había repetido aquellas palabras tantas veces que casi se las había llegado a creer.

–Suena muy bien –dijo Fliss.

Jonas parecía escéptico.

–Parece que te has desviado de tus planes. ¿No eran los treinta la edad en la que deberías tener una pareja estable?

Recordaba muy bien sus planes. Era incapaz de salir a dar un paseo sin antes haber hecho planes.

Lawrie respiró hondo y fingió un tono de indiferencia en su voz.

–La gente cambia, Jonas. Llevo mucho tiempo cumpliendo los planes y no me ha ido mal, pero he decidido que ahora que estoy soltera otra vez, es el momento de ver mundo y dar un salto en mi carrera.

Él arqueó una ceja, pero no insistió.

–Pero no empezarás en el trabajo nuevo hasta después de septiembre, así que puedes ayudarnos con el festival –insistió Fliss.

–Fliss, Lawrie no está interesada en el festival. Además, si su empresa la sigue pagando, no puede trabajar para nosotros, ¿verdad?

–No estoy segura. Al no estar relacionado con el derecho, no hay conflicto de intereses, pero no puedo recibir remuneración alguna. Tengo que revisar el contrato, pero lo habitual es que no esté permitido.

–Entonces, como voluntaria. Podemos pagarte los gastos y quedará bien en tu currículum al dedicar tu tiempo a ayudar en un evento benéfico. Venga, Lawrie. Es una suerte que estés aquí justo cuando te necesitamos. No puedes negarte a lo que marque el destino.

–¡Fliss!

Jonas parecía molesto, pero la palabra «voluntaria» había convencido a Lawrie y dejó de escucharlos.

Le gustaba estar ocupada y la idea de no tener nada que hacer salvo buscar empleo la aterrorizaba. Además, su currículum ya lo tenían los mejores reclutadores y poco podía hacer hasta que la llamaran. Se había estado devanando los sesos en busca de una buena explicación sobre su repentina marcha de Forrest, Gable y

Garner Abogados que resultara creíble para sus futuros empleadores. Si dijera que había aprovechado la ocasión de estar de baja remunerada para organizar un festival benéfico, eso daría muy buena imagen de ella. Todas las empresas valoraban ese tipo de iniciativas sociales en tiempos difíciles.

Aquello no formaba parte de sus planes, como tampoco lo había hecho nada de lo que había ocurrido en las últimas semanas. Se había encontrado a Hugo en una situación comprometida con su secretaria y había visto cómo los socios del bufete cerraban filas en torno a él, poniéndose de su lado y obligándola a aceptar un buen acuerdo para que mantuviera la boca cerrada.

Había regresado a Trengarth para curarse las heridas y reunir fuerzas.

–Por favor –dijo Fliss con mirada suplicante–. Venga, Lawrie, serías perfecta.

–De acuerdo, lo haré.

Aquellas palabras escaparon de su boca antes de estar segura de lo que iba a hacer.

Fliss se acercó y la abrazó, mientras que Jonas daba un paso atrás con una expresión indescifrable.

«¿Qué he hecho?».

–Si a ti te parece bien, claro –añadió, no muy segura de qué respuesta quería escuchar.

Pero Jonas no dijo nada. Se limitó a seguir mirándola con la misma frialdad.

Fliss intervino antes de que el silencio se hiciera tenso.

–Te parece bien, ¿verdad, Jonas? ¡Es fantástico! Iba a que Suzy me pasara todo lo que tiene. ¿Por qué no vienes y la conoces? ¿Te parece bien mañana? Oh, Lawrie, vamos a trabajar juntas como en los viejos tiempos.

Fliss se quedó mirando a Lawrie, que no pudo evitar devolverle la sonrisa. La alegría de su amiga era contagiosa.

–Entonces, parece que está todo arreglado –dijo Jonas con voz fría y profesional–. Lawrie, mañana hablaremos para revisar qué hay pendiente y veremos cómo organizamos este voluntariado. Estate segura de que puedes ocuparte. Wave Fest recauda decenas de miles para obras de caridad. Si crees que no eres capaz, tienes que hacérnoslo saber cuanto antes.

Parecía estarla despidiendo, como si estuviera convenida de que fuera a fracasar o a darse por vencida.

¿Cómo se atrevía? Había negociado contratos de millones de libras, revisando cada palabra, cada cláusula, trabajando sesenta

horas a la semana y cumpliendo unos plazos muy breves. Un mes para organizar un pequeño acontecimiento local apenas le llevaría esfuerzo.

Levantó la cabeza y le devolvió su mirada fría y profesional de abogada.

–Estoy segura de que me las arreglaré. Me gusta aprender cosas nuevas.

Él le sostuvo la mirada. Sus ojos azules se habían vuelto gélidos.

–Estoy seguro de que has madurado, pero si existe la posibilidad de que consigas un trabajo y tengas que marcharte antes de tiempo, necesito que me lo digas. Las promesas no son suficientes.

Lawrie se tragó la rabia. Si algo había aprendido durante las largas negociaciones de contratos complejos era a mantener la calma. Claro que, si pretendía juzgarla por los hechos que habían ocurrido nueve años atrás, no podía hacer nada por impedírselo.

Le había prometido amarlo hasta que la muerte los separara y había roto esa promesa.

Pero ¿qué necesidad tenía de complicarse la vida? Lo más prudente sería marcharse inmediatamente, cerrar la cabaña y regresar a Londres. ¿Y entonces qué? No tenía donde vivir ni nada que hacer. Al menos en Cornualles tenía una casa y acababa de encontrar cómo ocupar su tiempo mientras conseguía otro trabajo y su vida volvía a la calma. Y si eso implicaba enseñarle a Jonas Jones que estaba equivocado, que el pasado no era como él pensaba, mejor.

–Necesitaré tiempo para hacer mis cosas –dijo orgullosa de mantener el tono de voz tranquilo–. Y existe la posibilidad de que tenga que viajar al extranjero a hacer entrevistas, pero me avisarán con tiempo. No debería haber ningún problema.

–Entonces, hasta mañana. Disfruta de lo que te queda de cumpleaños.

–¿Es tu cumpleaños? –preguntó Fliss sorprendida–. Aquí estoy yo, hablando de plazos y correos electrónicos cuando lo que debería hacer es pedirte un cóctel para acompañar tu tarta. ¿Qué vas a hacer después? Estoy segura de que tienes planes, pero ¿qué te parece si antes nos tomamos algo?

El primer impulso de Lawrie fue mentir, decir que le era imposible porque había quedado con alguien. Pero Jonas se había vuelto y estaba escuchando, y no quería que se diera cuenta de que se avergonzaba de estar sola.

–No pensaba celebrarlo este año. Iba a abrir una botella de vino tinto y a empezar a leer un buen libro que he estado reservando

para la ocasión.

Era cierto que eso tenía pensado. Pero ¿por qué le parecía una confesión?

–¿Un buen libro? Hace tiempo que no nos vemos, pero nadie cambia tanto. Vamos a salir a celebrarlo. Nos veremos aquí a las siete. Es la noche del karaoke. Jonas, tú te encargarás de recogerla. No podemos permitir que la chica del cumpleaños llegue tarde.

–Sinceramente, yo…

Lawrie no sabía qué le daba más miedo, si que Jonas la recogiera como en los viejos tiempos o celebrar su cumpleaños con las mismas personas con las que había celebrado su décimo octavo cumpleaños.

–No seas tonta –dijo Jonas con expresión indescifrable y tono neutro–. Fliss tiene razón. No puedes pasar sola tu cumpleaños. Además, siempre te ha gustado cantar. Será como en los viejos tiempos.

Justo entonces, Lawrie supo de qué tenía miedo.

Capítulo Dos

–Así que aquí es donde te escondes.

Jonas parecía sentirse como en casa en la cabaña. Estaba muy atractivo con unos vaqueros desgastados que se ajustaban a sus piernas y una sencilla camiseta gris que resaltaba sus músculos.

–Pensé que te habrías marchado.

–Se me ha pasado por la cabeza –admitió Lawrie, tirando del bajo de su falda.

Una mujer adulta no debería haber tardado dos horas en arreglarse para tomar unas copas y tocar la guitarra, pero la indecisión la había dejado paralizada. Su ropa era demasiado conservadora y cara, más adecuada para ir a un restaurante elegante o a una reunión de trabajo que para un pequeño pueblo de Cornualles.

Al final, se había decidido por un vestido que hacía años que tenía, algo más corto del largo que solía llevar.

Respiró hondo, apartó las manos de la falda y trató de recordar el discurso que se había preparado y que había ensayado en la ducha.

–Gracias por venir a recogerme, es muy amable por tu parte. Sé que te has sentido obligado por Fliss –dijo Lawrie y sintió que las mejillas le ardían–. De hecho, te has sentido obligado en varios aspectos… Si te resulta incómodo, quiero decir, si no quieres tenerme cerca, le diré que no puedo hacerlo –añadió balbuceando.

Su fluidez al hablar siempre la había caracterizado, pero parecía haber perdido aquella cualidad.

–Fliss piensa que se ha salido con la suya, pero si no quisiera que trabajaras con nosotros, no lo harías –dijo sosteniéndole la mirada durante unos segundos–. Tiene razón. Harás un buen trabajo y, siendo sincero, estamos desesperados. No tenemos dónde elegir.

Vaya, aquel no era el comentario más halagador que había escuchado.

–No quiero que la relación que hubo entre nosotros sea un problema –dijo Lawrie, consciente de que su comentario sonaba demasiado solemne.

Había intentado que sonara indiferente, pero la curva que vio en sus labios era la prueba de que había fracasado.

–Los dos somos adultos –señaló Jonas–. Al menos yo he

madurado. Es un cumpleaños especial el que estamos celebrando y estoy seguro de que podemos trabajar juntos sin que la sangre llegue al río. De hecho… –dijo apartándose de la cabaña y acercándose a ella con un paquete plano en la mano–, feliz cumpleaños.

Lawrie se quedó sorprendida mirando el paquete.

–No muerde, te lo prometo –bromeó–. Tómalo como una ofrenda de paz a la vez que un regalo de cumpleaños.

Él se acercó todavía más y se apoyó en la barandilla de la terraza bajo la que se extendía la playa.

Después de unos momentos de indecisión, Lawrie tomó el regalo y se regodeó en la emoción por lo desconocido. Después de todo, era su único regalo.

–Tu abuela siempre tuvo las mejores vistas de todo el pueblo. Aquí arriba se respira paz –dijo mirándola–. Quise escribirte cuando murió, mandarte una tarjeta… Pero no sabía muy bien qué decir. Lo siento.

–Gracias –repuso ella y dio vueltas al paquete que tenía en las manos–. Creo que a mucha gente no le sentó bien que celebráramos el funeral tan lejos, pero quería ser enterrada junto a mi abuelo –añadió y su voz se quebró–. Siento no haberla llamado más, haber venido a visitarla más a menudo.

Se le hizo un nudo en la garganta. Habían pasado seis meses, pero el dolor seguía muy vivo.

–Estaba muy orgullosa de ti.

Lawrie asintió, incapaz de hablar. Contuvo las lágrimas y volvió al presente, deseando cambiar el tema de conversación.

Deslizó un dedo bajo el envoltorio y retiró el papel cuidadosamente, descubriendo un pañuelo de seda del color del mar que se extendía bajo sus pies.

–¡Es precioso!

–Era tu color favorito.

Lawrie lo miró. Se había acordado.

–Sigue siéndolo. No hacía falta que lo hicieras, Jonas, pero gracias.

–De nada. Va a juego con tu vestido.

–Iré a ponérmelo. Enseguida vuelvo.

Entró por la puerta trasera y se sintió como si hubiera viajado atrás en el tiempo, como si volviera a ser aquella chiquilla de dieciséis años entrando para despedirse de su abuela antes de una cita, con todo un mundo lleno de posibilidades y desesperada por encontrar el amor.

Claro que su abuela ya no estaba y no contaba con tantas posibilidades en la vida. Ahora era muy consciente de sus límites.

Recordaba la noche en que, a los dieciséis años, había paseado por la playa, después de trabajar, invitada por su atractivo jefe. Todavía recordaba el escalofrío que le había producido la primera vez que sus manos se habían rozado. Había sentido un vuelco en el estómago cuando sus dedos habían entrelazado los suyos. Aquella excitación había provocado que se le secara la boca, que se le doblaran las rodillas y que sus terminaciones nerviosas despertaran ante la expectativa de que la besara. Y, ¡oh!, esa dulzura que había sentido cuando finalmente lo había hecho, cuando sus bocas se habían unido mientras las olas rompían.

Había sido el primer beso para Lawrie y durante cinco años había pensado que nunca besaría a nadie más.

Hacía años que no pensaba en aquello y apartó aquellos sueños llenos de olas, pasión y ojos azules.

Desvió la mirada hacia la pared, en donde colgaba una foto enmarcada. En ella se veía a una joven Lawrie, con el pelo revuelto por el viento y los ojos entornados para protegerse del sol. Jonas se la había hecho doce años antes, en su décimo octavo cumpleaños y en el día de su boda.

De aquello hacía mucho tiempo. ¿Quién habría pensado entonces que acabarían así? Distanciados, casi como desconocidos, saludándose cortésmente y forzando sonrisas. Si hubiera sabido lo que les esperaba, ¿habría tomado las mismas decisiones, habría cometido los mismos errores?

Lawrie sacudió la cabeza, tratando de apartar aquellas preguntas de su cabeza.

No podía permitir que la situación en la que se encontraba le hiciera cuestionarse las decisiones que había tomado en el pasado. Había llegado el momento de afrontar el futuro y, si el plan no había salido bien, ya lo modificaría.

Pero primero su cumpleaños. Necesitaba y se merecía disfrutar un poco. Quizá pudiera relajarse y disfrutar aunque solo fuera por una noche.

Uno de los momentos favoritos de Jonas era ver transformarse la amplia y concurrida cafetería en un local más íntimo. No solo por la oscuridad al otro lado de las ventanas o las velas en las mesas o las botellas de vino y cerveza que sustituían los cafés. Era la forma en que el ambiente cambiaba, dando paso a infinitas posibilidades.

Aquella era la noche en que una vez al mes abrían los micrófonos, una tradición que habían mantenido desde el principio. Antes de obtener la licencia como bar, solía invitar a sus amigos al café para cantar. Siempre había soñado con ser guitarrista. Después, se había convertido en un acontecimiento mejor organizado, aunque sin dejar a un lado la espontaneidad. Quien tuviera un instrumento y quisiera, podía actuar. A pesar de todos los años que habían pasado, aquella noche resultaba mágica. El local se llenaba de clientes habituales, aunque solía haber una o dos sorpresas.

Aquella noche sentía la tensión en sus hombros. Ni la sensación de las cuerdas bajo los dedos ni los aplausos ni la mezcla de notas, ritmos y voces lograban relajarle.

Toda su atención estaba puesta en la pequeña mesa del rincón en donde estaba sentada Lawrie, con una copa de champán en una mano y la cabeza apoyada en la otra, su mirada ensoñadora mientras escuchaba. Una luz tenue la iluminaba. Volvía a ser aquella joven con la que se había casado, con la melena rizada y oscura cayendo sobre sus hombros y sus enormes ojos grises puestos en el escenario, en él.

Sintió una punzada de deseo. Seguramente sería por los recuerdos y la nostalgia, se dijo. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué Lawrie Bennett, aquella mujer que anteponía su trabajo, su carrera y sus planes a todo lo demás, había abandonado su empleo para regresar?

¿Y por qué parecía tan asustada y vulnerable?

No era asunto suyo. Lawrie se lo había dejado claro hacía mucho tiempo. Si tenía problemas, ella sola sabría arreglárselas, siempre lo había hecho.

Apartó la mirada y se concentró en todo lo que le rodeaba, esbozando una sonrisa al terminar la canción y romper en aplausos el público. Jonas intercambió una mirada con sus compañeros músicos antes de abandonar el escenario para dejarlo libre a los siguientes. Se trataba de una banda local de rock experimental, con fuertes influencias de los años ochenta.

Quizá se estaba haciendo viejo, pensó Jonas mientras se dirigía a la barra. Aquello para él era ruido.

–Debería irme a casa.

Lawrie se puso de pie automáticamente y se puso a recoger las copas y las botellas como en los viejos tiempos. De repente se quedó inmóvil y miró a su alrededor para ver si alguien se había dado

cuenta.

–No seas tonta –le dijo Fliss–. La noche no ha hecho más que empezar.

Lawrie observó a la gente dirigiéndose hacia la puerta y a los músicos recogiendo sus instrumentos. Algunos de los que se despedían de Jonas con comentarios acerca de madrugar al día siguiente para ir a trabajar y llevar a sus hijos al colegio, le resultaban familiares. ¿Desde cuándo tenían sus amigos que preocuparse de canguros y horarios laborales? Sus compañeros de surf se habían convertido en padres, esposos y trabajadores. Aunque la noche podía parecer un viaje atrás en el tiempo, todo había cambiado.

–Ahora empieza la diversión –dijo Fliss, tomando una bandeja llena de bebidas de colores de la barra y entregándole una azul–. Vamos a hacernos con el escenario. ¿Por dónde quieres empezar?

Varios pares de ojos se posaron en Lawrie y la boca se le secó. Tomó un sorbo del cóctel y esbozó una mueca ante aquel sabor dulce y medicinal.

–Sal tú sin mí. No sé cantar.

–Claro que sabes. Antes solías hacerlo.

–De eso hace mucho tiempo. De veras, Fliss, será mejor que no lo haga.

–Pero…

–Pensé que todos los abogados cantaban –intervino Jonas–. ¿Acaso no tenías un karaoke debajo de tu oficina?

–Por desgracia, no trabajo con Ally McBeal –contestó Lawrie sonriendo–. Hace años que solo canto en la ducha. Prefiero escuchar.

–Ya la has oído. Y ella es la del cumpleaños.

–Por eso no debería estar sentada aquí sola –replicó Fliss y se volvió a Lawrie–. Entonces, haz las segundas voces. Esta es la parte divertida de la noche. Se acabaron los experimentos de estudiantes y los solos de guitarra. Menos mal que limitamos las actuaciones a quince minutos. Ya solo quedamos nosotros.

Lawrie vaciló. Había pasado mucho tiempo desde aquella vida que tanto se había esforzado en olvidar. ¿Sería capaz de entonar y llevar el ritmo?

Había habido un tiempo en que habían formado un gran equipo, Fliss con su voz potente y formada para la carrera en Broadway con la que siempre había soñado, y ella haciendo los coros. También Jonas marcando los tiempos. En ocasiones, cuando se había perdido con la música, lo había seguido a ciegas.

La idea de volver a revivir ese momento la asustaba. La piel se le puso de gallina, aunque tenía que reconocer que aquel momento lleno de recuerdos y nostalgia le resultaba emocionante.

¿Qué daño podía hacerle cantar? Seguiría a Fliss e ignoraría aquella expresión indescifrable del rostro de Jonas? ¿Acaso preferiría que se fuera, que se quedara? Quizá simplemente le diera lo mismo. No tenía ningún motivo para que le importara, de eso ya se había encargado ella.

Dio otro sorbo a su cóctel y reparó sorprendida en que casi lo había terminado. Debería pensar en Hugo y en la forma tan precipitada en que su relación había terminado para no cometer los mismos errores que había cometido de adolescente. Si iba a trabajar allí, no podía permitir que el pasado la intimidara.

–De acuerdo, adelante –dijo dejando la copa vacía en la mesa y tomando otro de los mejunjes de Fliss–. Pero solo los coros.

Estaba sentada al otro lado del escenario, de perfil a las mesas, por lo que lo único que veía era la caída de su melena y la curva de su mejilla. No se sentía atraído por ella. La conocía demasiado bien a pesar del tiempo transcurrido. Era solo que se la veía tan perdida, tan vulnerable…

Durante un tiempo, Jonas Jones se había sentido atraído por aquel tipo de mujer vulnerable, morena y de ojos grandes.

Había aprendido la lección de la manera más difícil y no quería correr riesgos en una noche llena de fantasmas. Miró a su alrededor casi esperando volver a estar entre las paredes blancas del viejo cobertizo para botes. Una punzada en sus dedos lo devolvió al presente, recordándole que ya no tenía diecinueve años y que aunque treinta y dos años no eran demasiado, sí lo eran para estar tocando toda la noche en un día de diario.

Sonrió con nostalgia. Antes, una noche de un día de diario no significaba nada. Sus aficiones y su trabajo se habían fusionado a la perfección: el bar, la música y el surf. No estaba seguro de qué era lo que más había enfurecido a sus padres, si su éxito o lo fácilmente que parecía haberlo conseguido.

Por aquel entonces, había sido fácil, pero ya no lo era. ¿Estarían orgullosos sus padres si supieran todas las cosas que amaba y que había tenido que dejar para conseguir el éxito? Quizá siguieran pensando que no era suficiente.

Aquellos pensamientos sensibleros eran la señal de que se estaba haciendo tarde. No podía permitir que Fliss siguiera preparando

cócteles.

Había llegado la hora de irse. Pero Fliss había empezado a cantar otra canción y estaba afinando el tono con su guitarra. Se quedó sin respiración y se le encogió el corazón en un puño.

No, aquella canción no y menos en una noche como esa, en la que se cumplía su duodécimo aniversario de boda.

Un hombre solo era capaz de soportar determinada dosis de nostalgia.

Entonces, Lawrie comenzó a cantar y se sintió inmerso en otro nivel de recuerdos. Su voz no era tan potente como la de Fliss, aunque tenía una fuerza desgarradora con aquella letra quejumbrosa.

A pesar de todo, Jonas se puso a tocar la armónica con gran soltura. Seguía recordando muy bien cada nota, cada compás y cada palabra. ¿Cuánto tiempo hacía que tocaba aquella canción? Al menos, desde que Lawrie se había marchado. Ni siquiera la había tocado durante el último año de matrimonio, viendo cómo se apartaba cada vez más, con la mirada puesta en Oxford.

De repente, Lawrie perdió el ritmo, pero no la letra.

Fue como si todo su cuerpo vibrara con aquella música: la sangre, los latidos de su corazón, las pulsaciones en el cuello y las muñecas… Un rato después de que las guitarras estuvieran guardadas en sus fundas y todos los cócteles recogidos, el ritmo seguía invadiendo su cuerpo.

¿Cómo había sido capaz de pasar los últimos nueve años sin música? ¿Alguna vez había puesto música en casa solo por el placer de disfrutar de las sensaciones que le provocaba? Solía tener la radio sintonizada en una emisora de noticias y, en contadas ocasiones, la cambiaba a otra de música clásica. También había asistido a conciertos por motivos de trabajo, al igual que lo había hecho a acontecimientos deportivos, fiestas de etiqueta y subastas benéficas.

Había eliminado muchas cosas de su vida: el color, el impulso, los paseos por la playa al anochecer… Había dejado de disfrutar del presente.

Había elegido llevar una vida monótona y sin sobresaltos, aunque puntualmente se había dejado llevar por algo más emocionante. Pero esa emoción tenía un precio que no estaba preparada para pagar.

Al final, merecía la pena mantener el control. Eso le permitía

hacer planes y alcanzarlos.

Pero había disfrutado mucho con la música. En ese momento y en su situación, la hacía sentirse bien. Incluso aquellos cócteles le habían agradado. Quizá no era tan terrible haber vuelto.

–¿Cómo vas a volver?

Lawrie se sobresaltó y todos sus sentidos se pusieron en alerta. No quería mirar a los ojos a Jonas por si acaso se daba cuenta de sus sentimientos contradictorios. Durante una época, había sido capaz de leer sus pensamientos con gran facilidad.

–Pensaba volver dando un paseo –contestó.

–¿Sola?

–A menos que ahora haya delincuentes sedientos de sangre por las oscuras calles de Trengarth, creo que me las arreglaré para caminar los dos kilómetros que hay hasta mi casa.

–La calle de tu abuela no está iluminada. Será mejor que te acompañe.

Lawrie abrió la boca para protestar, pero la cerró sin saber muy bien qué decir. No sabía si hacer un comentario divertido o simplemente dar las gracias.

Jonas interpretó su silencio como un sí y se dirigió hacia la puerta. Lawrie se quedó dudando entre insistir en que sola estaría bien o disfrutar de su compañía durante el paso colina arriba.

Se había sentido muy sola durante las últimas semanas.

Sin pensárselo, como si siguiera un impulso, lo siguió.

La noche era cálida, a pesar de la brisa que soplaba desde el mar. Las estrellas brillaban con tanta intensidad que tuvo que pararse a mirar el cielo.

–¿Has descubierto un nuevo planeta?

Lawrie ignoró su comentario irónico.

–Pues, si lo he hecho, no lo sé. Es solo que en Londres no se ve el cielo. Casi me había olvidado de cómo era.

Otro recuerdo recuperado que añadir a su lista. ¿De cuántas cosas se había olvidado en los últimos nueve años?

Si no hubiera pillado in fraganti a Hugo, todavía seguiría en Londres, sin acordarse de Trengarth, de sus sueños y de sus ambiciones.

Todo le resultaba muy familiar, las calles escasamente iluminadas, la dársena a un lado del puerto y las tiendas al otro.

En el camino en cuesta que llevaba a la casa de la abuela de Lawrie, estaban los negocios tradicionales: la oficina de correos, la carnicería, la ferretería…

Lawrie miró de reojo al hombre que caminaba a su lado. Seguía

siendo el mismo en muchos aspectos, aunque se le veía más tenso y exigente. Su silencio resultaba incómodo y decidió romperlo para suavizar el ambiente.

–Bueno… –comenzó sin saber qué decir–. ¿Estás casado, tienes hijos?

Jonas no se volvió para mirarla y siguió caminando.

–No.

–¿Hay alguien especial en tu vida?

–En este momento no.

Así que había habido alguien. ¿Qué esperaba? ¿Que hubiera vivido como un monje durante los últimos nueve años?

–Hubo un par de veces que pensé que sí –continuó–, pero me di cuenta de que no era lo que quería. Soy un hombre chapado a la antigua –dijo dirigiéndole una mirada fría e indescifrable–. Bastante duro fue fracasar una vez.

–No fue un fracaso –replicó sin mucha convicción–. Simplemente, queríamos cosas diferentes.

–Si es eso lo que recuerdas…

Aquel arranque de ira y frustración le resultaba familiar.

«No, no digas nada», se dijo Lawrie.

¿Qué sentido tenía desenterrar antiguas discusiones que deberían estar olvidadas?

Claro que nunca había sido capaz de desperdiciar una ocasión para defender su terreno.

–Así fue –dijo con contenida frialdad, como si no importara.

Y no importaba. Aquello era historia. Pero era su historia y la de los dos.

Por su trabajo sabía cuándo defender un punto de vista y cuándo dejar de insistir. No obtenía nada sacando los mismos temas, pero se sentía obligada a hacerlo.

–No hay de qué avergonzarse por reconocer que algo no funciona y seguir adelante –dijo al llegar a lo alto de la loma y tomar el camino que llevaba a la cabaña–. No podía quedarme y tú no reaccionabas, ¿qué otra cosa podíamos hacer? No parece que te haya ido tan mal.

–¿Te sorprende? –preguntó en tono burlón–. Siempre me subestimaste, Lawrie.

–¡Por supuesto que no! –exclamó indignada–. Nos distanciamos, eso es todo. No pensaba que…

–¿No pensabas qué, que era demasiado tonto para tus amigos universitarios?

–Vaya forma de cambiar la historia. Odiabas Oxford, odiabas

Londres, no te gustaban mis amigos y te negaste a considerar la posibilidad de dejar Cornualles. No fue solo culpa mía, Jonas. No estabas dispuesto a comprometerte a nada.

–Todo compromiso implica dar y recibir algo a cambio.

–Eso no es justo –replicó sintiéndose cansada y derrotada.

Acababa de terminar otra relación y no se sentía con fuerzas para analizar la anterior.

–¿Ah, no?

Lo peor de todo era lo desinteresado que se le veía. Era como si estuvieran hablando de unos desconocidos y no de ellos mismos.

–De hecho, debería darte las gracias.

–¿Darme las gracias? –repitió observándolo a la tenue luz de las estrellas.

–Por obligarme a madurar y demostrarte a ti, a mis padres y a todo el que pensaba que era un inútil, lo equivocados que estabais.

–Nunca pensé eso –susurró Lawrie.

Una imagen se formó en su cabeza. Un joven Jonas, con el traje de neopreno a medio quitar, con sus anchos hombros y sus perfectamente definidos abdominales al descubierto. Las gotas de agua relucían en su piel bronceada y llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás. Con la tabla bajo el brazo, lucía una sonrisa pícara y mirada insinuante. Un escalofrío la recorrió al recordar a aquel joven despreocupado. ¿Cómo era posible que se hubiera convertido en aquel hombre frío y cínico? ¿Tendría ella culpa?

–A ver, Lawrie, ¿qué importa ya? De eso hace mucho tiempo, éramos unos críos. Nos casamos siendo unos adolescentes. Estábamos locos, era normal que lo nuestro acabara mal.

–Supongo que tienes razón.

En su momento, había pensado que estarían juntos de por vida, que estaban hechos el uno para el otro. Le dolía que considerara la pasión que habían vivido como un acto de unos jóvenes irresponsables. Trató de mantener la compostura, desesperada por cambiar el tema de conversación y rebajar la tensión entre ellos.

–Ya hemos llegado.

Jonas se detuvo junto a la cancela que daba al pequeño camino de acceso y Lawrie se detuvo en seco, evitando rozarlo. Su cercanía la alteraba y la idea de que podía rozarlo con un pequeño movimiento la hizo estremecerse de deseo y miedo. Quería apartar la mirada de sus ojos azules, pero era incapaz de hacerlo.

–A pesar de que éramos unos locos adolescentes, no estuvo mal.

La dulzura había regresado a su voz. Hablaba en tono quedo y Lawrie se sintió atraída hacia él.

–Por supuesto que no. Fue la mejor época de mi vida.

No había sido su intención admitirlo, y mucho menos ante él. Debía de ser por culpa de los cócteles.

Un pequeño paso adelante, eso era todo lo que necesitaba. Avanzó hacia él y se quedó mirándolo. Sus pechos lo rozaron y aquel ligero contacto la hizo sentir fuego en su interior.

Jonas inclinó la cabeza. Toda su atención estaba puesta en ella. Lawrie tragó saliva, se humedeció los labios y apretó con tanta fuerza los puños que se clavó las uñas. De repente, la necesidad de abrazarlo era incontenible.

–¿Jonas?

Lawrie no estaba segura de qué quería de él. Solo sabía que era su cumpleaños y que hacía mucho tiempo que no se sentía tan viva.

–Jonas…

Él permaneció inmóvil durante largos segundos, sin apartar los ojos de ella. Su expresión era indescifrable.

Entonces, dio un paso atrás. En un instante, el espacio entre ellos se convirtió en un abismo.

–Buenas noches, Lawrie. Te veré mañana. No llegues tarde, tenemos mucho que hacer.

Lawrie reprimió un estremecimiento. De repente, todo resultaba muy frío.

–No me gusta llegar tarde.

–Bien.

Lawrie se quedó junto a la verja de entrada y lo observó marcharse por el camino, conteniéndose para no salir corriendo tras él.

–Ah, Lawrie –dijo volviéndose para mirarla–. Feliz cumpleaños.

Entonces desapareció, como si hubiera sido engullido por la oscuridad.

Lawrie se apoyó en el poste de la cancela, sintiendo una mezcla de deseo frustrado y soledad. Si se había sentido así en una sola noche, ¿cómo iba a soportar todo un verano cerca de Jonas?

Trató de mantener la calma. En aquel momento se sentía vulnerable, eso era todo. Solo tenía que ser más fuerte y mantenerse las distancias con Jonas Jones, aunque fuera su jefe.

Capítulo Tres

Lawrie había decidido llegar temprano.

«No llegues tarde», le había dicho.

A pesar de que se había metido en la cama después de la una y de que se había pasado media noche despierta, no estaba dispuesta a darle esa satisfacción de ser impuntual.

Además, aunque estuviera en Trengarth y no en Hampstead, en aquella estrecha cama individual y no en la enorme que compartía con Hugo, era agradable recuperar las viejas costumbres para olvidarse del caos de la última semana.

Se había levantado a las seis, se había duchado y a las siete ya estaba lista para salir.

Pero ¿por qué seguía a las siete y diez en la cocina, acariciando el pañuelo que Jonas le había regalado? Le quedaba bien con la camisa blanca y la estrecha falda gris que se había puesto, y le aportaba un toque desenfadado a su ropa de trabajo. No quería que Jonas sacase una conclusión equivocada.

Se lo quitó por tercera vez y se miró al espejo.

«Es solo un pañuelo, no un anillo de compromiso», se dijo impaciente.

Cerró la puerta al salir y se miró el dedo de su mano izquierda en el que había llevado aquel anillo de diamantes que Jonas le había regalado.

Había tenido dos anillos de compromiso antes de cumplir treinta años. Era curioso para alguien que se había prometido ser independiente. Su madre se había casado tres veces antes de cumplir los treinta, así que quizá no lo estaba haciendo del todo mal.

Hacía otro bonito día despejado y una suave brisa soplaba. En el verano londinense, había echado de menos el reflejo del sol sobre el mar, la intensidad de los colores y el olor a hierba, sal y playa. Era el olor de su hogar.

«No te acostumbres, esto es solo un paréntesis», se dijo Lawrie mientras avanzaba por el camino.

Había llegado el momento de decidir cuál sería su próximo paso. Tenía que llamar a las agencias de colocación. Después de todo, hacía casi una semana que tenían su currículum. Iba a tener mucho tiempo libre. ¿Cuánto trabajo le supondría organizar unos cuantos

conciertos?

Cinco horas más tarde, después de recoger un detallado informe en casa de Suzy, Lawrie estaba analizando lo que tendría que hacer. ¿Desde cuándo Wave Fest había pasado de ser una barbacoa con unas cuantas guitarras a tres días de actividades y conciertos?

De vuelta al despacho de Jonas, cargada de papeles y dando vueltas a toda la información que Suzy le había dado, Lawrie casi se había olvidado de la noche anterior y del inesperado deseo que la había asaltado.

Pero, al entrar en el cobertizo para botes, recordó que había deseado besarlo.

No era posible. Se trataba de Jonas Jones. Ya había estado con él y sus vidas habían seguido caminos diferentes. Además, no podía establecer vínculos emocionales. Había aceptado aquel rol de voluntaria por el impacto positivo en su currículum. Eso podría distinguirla de otros treintañeros ambiciosos dispuestos a dar un paso más en sus vidas. Además de su título de Oxford y de los ocho años trabajando en un prestigioso despacho de Londres, el organizar de manera voluntaria un acontecimiento para recaudar fondos la convertirían en una candidata muy prometedora. Quizá, incluso tuviera que elegir entre empleos.

Claro que organizar un festival requería habilidades muy diferentes a negociar contratos. Aunque los clientes iban cambiando, el trabajo era siempre el mismo. Sin embargo, aquello se parecía más a tener su propio bufete de abogados y llevar desde divorcios a fusiones empresariales.

Suzy parecía haberse ocupado de todos los aspectos del festival del que ahora ella estaba a cargo, desde los presupuestos a la contratación de bandas musicales, desde los permisos necesarios hasta el alquiler de los portaretretes. Y para cada cosa, había un expediente.

Al entrar en la oficina, Jonas estaba concentrado trabajando, pero se volvió al oír el sonido de aquel montón de papeles sobre la mesa de juntas. Estaba serio, aunque le había parecido ver una breve sonrisa al reparar en toda la documentación que había traído.

–¿Has cambiado de opinión ahora que sabes de qué va el tema?

Aunque había hablado como si tal cosa, el movimiento de un músculo de su mentón lo delató. Quizá estaba más preocupado de lo que aparentaba creer.

«Deja de intentar adivinar lo que está pensando».

Tal vez fuera tan solo una pregunta sin importancia.

–No, pero es más complicado de lo que había imaginado –admitió con sinceridad–. Todo esto –dijo señalando el montón de documentos– son solo facturas, órdenes de compra, certificados sanitarios y papeles del seguro. Mientras hablamos, el trabajo propiamente dicho de lo que hay que hacer me lo están mandando por correo electrónico.

–¿Crees que puedes hacerlo?

–Es diferente a lo que estoy acostumbrada y si tuviera a mi secretaria, ella se ocuparía de todo el papeleo administrativo, pero sí, puedo hacerlo. Aun así, necesitaré un par de días para leer todo esto.

–¿Aquí?

–¿Cómo?

–¿Pretendes trabajar aquí?

Confundida, Lawrie alzó la vista. ¿Dónde si no iba a trabajar?

Sus miradas se encontraron y durante unos segundos, solo fue consciente de sus intensos ojos azules. Contuvo la respiración a la vez que sintió un nudo en el estómago por la excitación. Apartó la vista, tomó un expediente y dio un paso atrás, intentando ignorar la sensación de desconcierto que su cercanía le provocaba.

La camisa era del mismo color que sus ojos y dejaba ver un pequeño triángulo de la piel bronceada de su pecho. Llevaba unos impecables pantalones grises que hacían destacar sus largas piernas.

Lo miró sonriente, tratando de controlar sus nervios para que su voz sonara calmada.

–Era lo que pensaba. Podría trabajar desde casa, pero creo que sería más práctico si lo hago desde aquí, sobre todo por si me surgen dudas.

–Estoy de acuerdo. Por eso pensé que sería mejor que te quedaras en el hotel.

–¿En el hotel?

–En Coombe End. Sé que no resulta tan cómodo porque no podrás ir caminando, pero es la sede del festival y tiene sentido que trabajes desde allí.

La sonrisa de Jonas era de cortesía. Podía estarse dirigiendo a cualquier desconocido.

Lawrie sacudió la cabeza, en un intento por aclararse las ideas.

–¿Vas a celebrar el festival en Coombe End? ¿Te dejan tus padres?

Sabía que las cosas habían cambiado, pero si Richard y Caroline Jones permitían que la música rock y las caravanas traspasaran la

entrada de Coombe End, entonces mucho habían cambiado las cosas en Trengarth. Se encontraba en un universo paralelo.

–No –dijo mirándola a los ojos de nuevo–. Soy yo el que lo permite. Ahora, Coombe End es mío.

Se quedó mirándolo asombrada. Así que por fin sus padres creían en él.

–¿Te han regalado Coombe End? Oh, Jonas, eso es maravilloso.

Él sacudió la cabeza con gesto sombrío.

–No me han regalado nada. Lo compré. Pagué por cada ladrillo y por cada centímetro de césped.

¿Había comprado Coombe End? Lawrie miró a su alrededor. El estilo impecable del despacho, el cristal que lo separaba de la cafetería de abajo, los materiales de primera calidad, el suelo de madera, los cómodos sofás, las sillas y mesas de diseño… Todo el edificio rezumaba buen gusto y sofisticación. Era evidente que había dinero y se había hecho una gran inversión. Sabía que todo había crecido y mejorado, pero ¿cuánto? Fuera lo que fuese que Jonas estaba haciendo, seguro que era algo más que servir café y tartas a los amigos.

–Eso es estupendo.

Quería hacer un millón de preguntas, pero no sabía por dónde empezar. Además, no era asunto suyo. Había pasado mucho tiempo.

–Tenía pensado ir allí esta tarde para enseñártelo y presentarte al resto del personal. Calculo que podemos salir en un par de horas, cuando acabe unas cosas, ¿te parece bien?

Lawrie asintió con la cabeza. ¿Cuánta gente trabajaba allí?

–Por supuesto. Así tendré tiempo para empezar a revisar estos papeles y tomar algunas notas.

–Cuando tengas hambre, baja. Carl te preparará lo que te apetezca.

Jonas volvió su atención a la pantalla del ordenador y, al instante, se quedó absorto en el documento que estaba leyendo.

Lawrie se sentó en la mesa y tomó el primer expediente. Al ver que se trataba de un buen puñado de papeles del seguro, gruñó para sus adentros. Su especialidad era descifrar lo indescifrable, desenredar la madeja, pero en aquel momento era incapaz de concentrarse en los papeles que tenía delante. Toda su atención estaba puesta en cada movimiento de Jonas.

Sin poderlo evitar, lo recorrió con la mirada, observándolo trabajar. Se sentía paralizada viendo cómo sus dedos acariciaban el teclado y apretaban cada tecla.

Siempre había sido muy bueno con las manos.

–¿Has dicho algo?

–No –respondió confiando en que no se volviera y viera sus mejillas ruborizadas.

No había dicho nada en voz alta, ¿verdad? Cielo santo, era una mujer adulta, no una adolescente a merced de sus hormonas.

Todo se debía a estar de vuelta en casa. Había estado fuera demasiado tiempo y el haber regresado en un momento tan convulso de su vida, había hecho revivir cierta memoria sensorial, despertando a aquella adolescente enamorada de su jefe y atenta a cada una de sus palabras y movimientos.

–Tengo sed –anunció ella–. Voy a por agua.

Salió por la puerta y se dirigió a la cocina de abajo, sintiéndose aliviada de alejarse de él. Si no lograba pronto controlar sus hormonas, iba a pasar unas semanas muy incómodas.

Mientras bajaba la escalera, sacó el teléfono móvil y comprobó los mensajes. Aquel simple gesto le hacía sentir que no había perdido el control. Nada, no había recibido nada de sus antiguos compañeros ni de sus amigos de Londres ni de Hugo. Era como si hubieran llenado el vacío de su ausencia o como si simplemente no les importara su marcha. El día anterior había sido su trigésimo cumpleaños y se suponía que iba a haber cenado con veinte de sus amigos, algunos de ellos compañeros de profesión. ¿Cómo habría explicado Hugo su ausencia?

¿O acaso se había llevado a su secretaria en su lugar? Después de todo, eran amigos suyos antes que de ella.

Aquel había sido el año en que por fin se había planteado empezar a organizar su boda. Habían empezado a hablar de hijos. No querían tenerlos de inmediato, pero sí ponerse un plazo.

Se suponía que iban a pasar el resto de sus vidas juntos, pero Hugo la había dejado marchar sin mediar palabra, sin mover un dedo, al igual que Jonas unos años antes y lo mismo que su madre. Al parecer, no era alguien a quien mereciera la pena aferrarse.

Lawrie se apoyó en la pared.

«No llores, no los necesitas. No necesitas a nadie», se dijo conteniendo las lágrimas.

Con un vaso de agua fría y después de respirar un poco de aire fresco, Lawrie recuperó la tranquilidad y volvió a la oficina sintiéndose mejor. Se puso de espaldas a Jonas y se concentró en el expediente de seguros, cuya jerga legal le proporcionó una extraña calma. Sacó un cuaderno y se puso a tomar notas sobre fechas de vencimientos, costes y todo aquello que consideró que necesitaba

una atención inmediata.

–¿Lawrie? ¿Fascinante, verdad?

Jonas estaba de pie detrás de ella, con un brillo divertido en sus ojos azules.

–Sí –convino, ligeramente molesta por la interrupción–. Lo siento, ¿me necesitas para algo?

–Estoy listo para ir a Combe End. ¿Quieres venir a verlo?

Lo que de veras quería era estar más tiempo a solas y avanzar con el trabajo. Pero sería más fácil hacerlo al día siguiente, cuando supiera más cosas.

–Sí, claro –contestó y, echando la silla hacia atrás, empezó a amontonar los expedientes–. Solo tengo que…

–Espera, te ayudaré.

Jonas se inclinó y la ayudó a recoger los documentos. Cada vez que rozaba su brazo, un escalofrío la recorría de arriba abajo.

–Cuando quieras.

–Iré a por mi bolso. Dame un par de minutos.

–Te esperaré fuera en el coche.

–De acuerdo.

La puerta se cerró detrás de él, y Lawrie se dejó caer en su asiento y suspiró. Tenía que mantener la compostura y dejar de comportarse como una colegiala.

Jonas detuvo el coche junto a la entrada del restaurante y apagó el motor en lo que esperaba a que saliera Lawrie. Su primer día trabajando juntos estaba yendo bien. Había conseguido sacar un par de horas productivas, sin distraerse observando su cuello y sus largas piernas.

Bueno, quizá un poco sí. Pero había sido solo por curiosidad. Cornualles estaba lleno de mujeres atractivas en verano.

Durante las dos últimas horas, aquel despacho que había diseñado, aquella estancia amplia y luminosa, le había parecido un rincón pequeño y claustrofóbico.

Jonas miró impaciente hacia el cobertizo para botes justo en el momento en que Lawrie salía. No parecía sentirse cómoda en aquella situación. Siempre había sido capaz de adivinar sus emociones por mucho que hubiera querido ocultarlas.

Lawrie se detuvo en la puerta y se quedó mirando hacia la calle. Jonas levantó una mano para llamar su atención, pero rápidamente la bajó y tocó la bocina. Le resultó divertido ver cómo se sobresaltaba y la observó mientras se dirigía al coche.

Jonas se echó sobre el asiento del pasajero para abrirle la puerta y rápidamente volvió a su sitio. Luego, desvió la mirada al frente para no fijarse en sus piernas y en su trasero al ocupar el asiento de cuero.

–Qué bonito –dijo ella, acariciando el salpicadero mientras Jonas ponía el coche en marcha–. Tengo que reconocer que no te imaginaba en un deportivo. Esperaba una autocaravana.

–Es solo un medio de transporte. Sigo teniendo la autocaravana. Aquí es imposible meter una tabla.

–Tú y tus tablas. Si tan importantes son para ti, deberías haberte comprado algo más práctico en vez de un deportivo de cuarentón en su crisis de mediana edad.

–¿Crisis de mediana edad?

No estaba dispuesto a admitir lo orgulloso que estaba de su coche.

A Jonas no le importaba demasiado lo que pensaran los demás, pero no podía evitar sentir cierta satisfacción cada vez que se cruzaba con algún amigo de sus padres y lo veían en aquel coche.

–Al menos tiene un motor de verdad. He visto ese diminuto descapotable que llamas coche.

Ella sacudió la cabeza sonriendo.

–Tienes que admitir que es cómodo para aparcar. Pero entiendo que te guste este, va como la seda. Al menos no es rojo –observó mientras el coche tomaba velocidad–. Me alegro de que sigas teniendo la autocaravana. Siempre me gustó. ¿Qué? –dijo al verlo esbozar una sonrisa.

–Acabarás llamándola por su nombre.

–Nunca llamaré a una tartana desvencijada por un nombre. Un coche no es una persona.

Jonas giró al llegar a una esquina y tomó la carretera que llevaba al hotel, dos calas más allá.

–Venga, dilo.

Hacía mucho tiempo que no veía a Lawrie reírse. Por la expresión de sus ojos, hacía mucho que no se reía.

–Te ayudaré –continuó él–. *Bar*…

–¡No! –exclamó conteniendo la risa–. ¿Y este coche? ¿Qué nombre le has puesto?

–Buen intento, señorita Bennett. Pero conseguiré que digas su nombre antes de que te marches.

–Ya lo veremos. Venga, sorpréndeme. ¿Qué nombre le has puesto?

Jonas la miró de reojo y la vio más relajada, su postura menos

rígida.

–Ah, así que no tiene nombre, ¿eh? Sería como serle infiel a la autocaravana –dijo y rio con aquellas carcajadas contagiosas–. No quieres herir los sentimientos de la vieja tartana, ¿eh?

–Todos los días le explico que compré este coche solo para que su eje trasero dure más, pero no sé si me cree.

–A nadie le gusta ser desplazado por alguien más joven.

Su comentario parecía tener un doble sentido y la miró fijamente, pero su expresión era más imperturbable que nunca. Las risas habían desaparecido y volvía a mostrar aquella fría máscara que siempre llevaba.

Había sido su frescura lo primero que le había atraído de ella. Después, los momentos en que se había mostrado tal cual era habían hecho que se enamorara de ella, momentos en los que se había quitado la máscara y había reído abiertamente y sin preocupaciones.

Aquellos recuerdos eran peligrosos y se aferró al volante mientras conducía.

–Me alegro de que seas tú el que está conduciendo. No estoy segura de que hubiera sabido llegar –comentó Lawrie–. Hacía mucho tiempo que no venía a Combe End. No me lo imagino sin tus padres. ¿Cómo están?

Había muchas formas de contestar aquella pregunta, pero Jonas escogió la más amable.

–Jubilados.

–¿Jubilados? ¿De verdad? Pensé que esa palabra ni siquiera existía en su vocabulario.

–Así era, hasta que un infarto les hizo planteárselo. El segundo les obligó a hacerlo.

–Siento oír eso. ¿A qué se dedican ahora?

Jonas frunció los labios. No dejaban de recordarle lo arrepentidos que estaban de haberlo hecho, lo dolidos que estaban de ver a su hijo echando a perder todo su duro esfuerzo. Claro que todo aquello no era asunto de Lawrie.

–Viven en una casa amplia en un pueblo de Dorset y se dedican a ir de cruceros. Y, por supuesto, no dejan de quejarse. Creo que todos los jubilados deberían tener una afición.

Lawrie lo miró. Sus ojos grises denotaban preocupación. Conocía mejor que nadie la relación que tenía con sus padres.

–Me cuesta imaginarme a tus padres haciendo cruceros. ¿Cuánto hace que les compraste Combe End?

–Casi cuatro años –contestó Jonas.

–¿Siguen ocupándose de algo?

–Eso, querida Lawrie, implicaría que tendrían que hablar conmigo –dijo, cansado de hablar de sus padres, el tema de conversación que más odiaba–. Hablando de relaciones complicadas –añadió–, ¿cómo está tu madre? ¿Sigue en España?

Lawrie se revolvió en su asiento y se quedó mirándolo.

–¿Cómo sabías que estaba en España?

Jonas sonrió para sí y tamborileó con los dedos en el volante al ritmo de una canción.

–Me la encontré una vez que vino y me presentó a su nuevo marido, ¿John, verdad? Parecía un buen tipo. ¿No fue a Londres a verte? Dijo que tenía muchas ganas de verte.

–Estaba ocupada –replicó Lawrie, que ya no parecía tan relajada.

Jonas se encogió de hombros.

–Esta vez podría ser la definitiva. Se la veía muy feliz.

–Quizá su número de la suerte sea el cinco.

–La gente comete errores y tu madre no iba a ser menos. Pero está muy orgullosa de ti.

–No tiene por qué estarlo. Apenas me conoce. Si tantas ganas tenía de verme, habría venido al funeral de mi abuela.

–¿No fue?

Él también debería haber estado en el funeral. Se había despedido de la abuela de Lawrie a su manera, a solas en la cabaña. Pero debería haber ido.

–Estaba de vacaciones.

Había llegado el turno de Lawrie de ser escueta.

Jonas trató de decir algo, pero no se le ocurrió nada. Lawrie tenía derecho a estar enfadada, pero al menos su madre quería hacer algo para reparar su relación, no como sus padres, que siempre se habían sentido decepcionados con él.

Permanecieron en silencio durante largos segundos. Jonas estaba concentrado en conducir por la estrecha carretera y varias veces tuvo que hacerse a un lado para que pasara algún tractor. Mientras, Lawrie miraba por la ventanilla.

–Lo siento –dijo ella de repente–. Me alegro de que sea feliz después de cinco maridos y no sé cuántos novios. Pero treinta años es demasiado tarde para mí.

–Lo sé.

Era cierto, lo sabía muy bien. Sabía lo mucho que le había dolido a Lawrie la marcha de su madre y lo difíciles que habían sido aquellos años de un lado para otro, cambiando de casa y colegio con cada nuevo padrastro que tenía. Sabía lo difícil que le había

resultado confiar en alguien. Eso era algo que nunca olvidaría.

Cuando no había podido soportarlo más, Lawrie había huido, al igual que su madre, sin preocuparse de qué o a quién dejaba atrás. Esta vez, no permitiría que el momento de su marcha le afectara.

Capítulo Cuatro

–¿Qué has hecho con el helipuerto? ¿Y no era ahí dónde estaba el hoyo número nueve? No sé si tu padre fue capaz de superarlo, o tu madre… Aunque me ofrecí a pagar por la ventana.

Lawrie nunca habría imaginado que un lujoso hotel rural para ricos le interesara a Jonas. Pero una vez allí, era evidente que se habían producido algunos cambios, aunque no supiera muy bien distinguirlos. Coombe End seguía teniendo el mismo aspecto que siempre. Era una casa señorial, en medio de una vasta extensión de terreno, con un bosque a sus espaldas y amplias praderas verdes que se fundían con el intenso azul del mar en el horizonte. Aun así, se advertía algo diferente, aparte del cambio de dueño y de que no quedara ni rastro del campo de golf y del helipuerto.

Tal vez fuera el aparcamiento. Además de algunos coches lujosos, había pequeños utilitarios, furgonetas y toda una variedad de autocaravanas. La última vez que había estado allí, solo había visto BMWs y Mercedes, además de algunas otras marcas tan lujosas y discretas como el hotel.

Lawrie no solía ver autocaravanas en Londres y le agradó verlas allí. Era absurdo. Las autocaravanas eran para hombres que se negaban a madurar. ¿Por qué la hacían sentir como si estuviera en casa?

Mientras Jonas conducía a Lawrie por un camino de grava hacia el lateral del edificio, la sensación de desconcierto aumentó. El jardín estaba en pleno esplendor, pero era más anárquico de lo que lo recordaba, con la hierba más alta y flores silvestres desperdigadas por doquier.

¿Y qué era aquello? La rosaleda de su madre había desaparecido, dejando sitio a un huerto con seis colmenas.

–¿Qué ha pasado con el orgullo y la alegría de tu madre?

–¿No te parece descuidado? –dijo Jonas, parodiando la voz de su madre.

Lawrie sacudió la cabeza, demasiado ocupada mirando a su alrededor como para contestarle, mientras subían los escalones de piedra que conducían a la doble puerta de entrada. Las pesadas y viejas puertas de roble seguían siendo las mismas, solo que habían sido lijadas y barnizadas. La placa de bronce había desaparecido. En su lugar colgaba un letrero tallado de madera en el que se leía:

Hotel Boat House.

–Vamos, te lo enseñaré –dijo Jonas invitándola a pasar.

Luego, se hizo a un lado y le sostuvo la puerta. Lawrie dirigió una última mirada a la explanada de hierba y entró en el hotel.

Pocas veces había estado allí. Jonas había dejado su casa el día que había cumplido dieciséis años y se había ido a vivir a la autocaravana. Después de que se casaran, había convertido la planta superior del bar en un apartamento acogedor.

Pocas habían sido las veces en que su familia los había invitado a cenar y siempre habían sido encuentros formales y falsamente cordiales en el comedor del hotel. La prioridad de los padres de Jonas habían sido sus huéspedes, no su hijo y su esposa. Las cenas habían consistido en largas sucesiones de platos y horas de conversaciones banales, repletas de dardos envenenados.

Sus recuerdos hacían que la realidad resultase más impactante. Fuera, los cambios eran sutiles, pero dentro eran evidentes. Los paneles de madera del pasillo, los brocados y los terciopelos habían sido retirados, dejando al descubierto las formas de la vieja construcción ahora pintada en los tonos azules y verdes que tanto gustaban a Jonas.

–Se han empleado materiales de la zona –explicó Jonas–. Todo está hecho en Cornualles, desde los cuadros de las paredes hasta los vasos que hay detrás de la barra.

–Es asombroso –dijo Lawrie, observando el vestíbulo–. Me encanta. Es elegante, pero no frío. Resulta acogedor a pesar del tamaño.

–Ese es el efecto que buscaba. Siempre has sabido entenderlo.

Su voz sonó casual, pero sus ojos la miraron con intensidad. Lawrie le sostuvo la mirada durante largos segundos. Tenía aquella expresión de aprobación que tanto le había gustado en otra época.

Claro que ya no necesitaba la aprobación de nadie.

–Algunos de mis clientes son propietarios de hoteles –dijo tratando de adoptar un tono profesional–. He visto todo tipo de decoraciones, algunas estupendas, otras alarmantes. Esta destaca, Jonas.

–Me alegro de que te guste. Vamos a ver qué opinas del resto. Por aquí.

Jonas se volvió y recorrió el suelo de madera en dirección al arco que daba al corredor principal de la planta baja.

Lawrie suspiró de alivio. Había conseguido volver a mostrarse profesional. Pero ¿por qué de repente sentía como si el sol se hubiera ocultado detrás de una nube?

Siguió a Jonas por el corredor y lo observó saludar a empleados y huéspedes con gran desenvoltura. Era curioso. Siempre se había sentido como un extraño en su propia casa y ahora se le veía muy a gusto.

Jonas la condujo hasta el viejo comedor. Era un espacio imponente, en el que destacaban los amplios ventanales. Aquella estancia también se había reformado con un estilo muy parecido al de la cafetería del puerto. Todos los encajes y la delicada porcelana habían sido sustituidos por maderas ligeras y coloridos manteles.

En un extremo había una gran mesa, llena de jarras, tazas de barro y bandejas con bizcochos y pastas.

–No quiero que los huéspedes pasen hambre –explicó Jonas.

Luego tomó un par de tazas, sirvió café y le dio una a Lawrie. Ella abrió la boca para negarse, pero la cerró al percibir el intenso y delicioso aroma.

Dio un primer sorbo y se preguntó por qué había dejado de tomar café. Estaba muy bueno y con la leche de Cornualles era la combinación perfecta de aquella amarga bebida. Dos cafés en dos días. Estaba volviendo a las malas costumbres.

Aunque el café era lo de menos.

Jonas se acercó a una ventana que estaba ligeramente abierta y por la que la suave brisa que entraba anunciaba la llegada del buen tiempo. El aire revolvió su pelo, haciéndolo parecer más joven y cercano. ¿Seguiría existiendo el impetuoso e inquieto muchacho con el que se había casado dentro de aquel hombre ambicioso y seguro de sí mismo?

Lawrie se había prometido no indagar. Los últimos nueve años, la vida de Jonas, sus negocios… Nada de aquello importaba. Conocer los detalles no le ayudaría con la tarea que tenía por delante y tampoco le ayudaría a mantener las distancias. Aun así, se moría de curiosidad.

Se acercó a la ventana y se quedó a su lado, consciente de su cercanía. Tragó saliva. El nudo del estómago le recordó su vulnerabilidad y la atracción que sentía y que no quería reconocer.

Miró hacia fuera, siguiendo la dirección de su mirada. Al fondo se veía el mar en calma y la brisa traía su olor. La necesidad de saber más, de volver a conocerlo de nuevo, se le hizo insoportable.

–¿Por qué aquí?

–¿Dónde si no? Esta habitación es perfecta como comedor por su buen acceso a la cocina. Hubiera sido una tontería cambiarla porque sí.

Lawrie sacudió la cabeza.

–No me refería a la habitación, me refería a toda la casa –dijo, consciente de que estaba preguntando más de lo que tenía derecho a saber–. Me refiero a aquí, a este lugar. Lo odiabas. Siempre que veníamos teníamos una discusión. Lo entendería si tus padres te lo hubieran regalado, pero no si fue idea tuya comprarlo y reformarlo. Te ha debido de costar una fortuna.

–Ya lo entiendo, quieres saber cuánto dinero tengo. ¿Te arrepientes de haberte divorciado?

–No me refiero a eso y lo sabes –protestó sonrojándose–. Nunca habría aceptado un penique.

–Esa es mi Lawrie.

–Sí, muy gracioso.

Jonas volvió a apoyarse en el marco de la ventana sin dejar de sonreír y dio un sorbo de su taza.

–Siempre fue muy fácil hacerte enfadar. Me alegro de que algunas cosas nunca cambien.

–¿Y bien? –insistió ella, aprovechando su buen humor–. ¿Cómo acabaste comprando Coombe End?

Jonas tardó en contestar y la expresión divertida de sus ojos desapareció.

–Esta fue mi casa durante una época, Lawrie. No fue una conspiración ni una compra hostil como se rumorea en el pueblo.

Lawrie hizo una mueca. No se había parado a pensar en el revuelo que el cambio de propietario debía de haber causado. Todo Trengarth sabía que no se llevaba bien con sus padres.

–¿Desde cuándo te importa lo que digan los demás?

En ese aspecto, ellos siempre habían sido diferentes. Ella, tímida y él, decididamente indiferente.

La mirada de Jonas se tornó fría.

–No me importa. La decisión de comprar Coombe End fue meramente empresarial. Siempre supe que este sitio podía ser mucho más. Se podía llegar en coche, en helicóptero, usar la playa privada, jugar al golf y volver a casa sin haber conocido Cornualles –explicó–. El tipo de sitio al que tu novio te llevaría.

–Exnovio –lo corrigió.

Sacudió la cabeza, negándose a reconocerlo, pero había algo de cierto en sus palabras. A Hugo le gustaban los hoteles de lujo, pero nunca se preocupaba de conocer el entorno ni la cultura local.

–Por supuesto –dijo Jonas, dejando la taza y apartándose de la ventana–. Ex. Venga vamos, hay mucho que hacer.

Lawrie se terminó el café y dejó la taza en la mesa más cercana antes de seguir a Jonas. Volvieron por el corredor hasta el vestíbulo

y salieron para tomar la senda sinuosa que llevaba al bosque.

Una de las fuentes de ingresos de Coombe End durante el invierno habían sido las cacerías. Lawrie odiaba escuchar los tiros y ver a los pobres faisanes muertos que llevaban a la casa.

Jonas caminaba deprisa, con decisión, y Lawrie tuvo que acelerar el paso para seguir su ritmo. Al final de la senda, se detuvo bruscamente. De allí arrancaba una pista de hierba que se adentraba en la colina boscosa que bordeaba los jardines del hotel.

Lawrie a punto estuvo de darse de bruces con él.

–Podías haberme avisado.

Jonas la ignoró.

–Nunca lo odié –dijo él después de unos segundos, señalando hacia el bosque–. Siempre me encantó, pero quería que fuera algo diferente.

Retomó la marcha y Lawrie deseó haberse puesto unos zapatos más cómodos. Siempre le había gustado el caminar firme y vigoroso de Jonas, a diferencia del de Hugo que era más pausado.

Jonas no la miró cuando llegó a su lado, y continuó hablando como si no hubiera habido una pausa en la conversación. Era como si se alegrara de tener la oportunidad de explicarse. ¿Por qué no iba a hacerlo? Le había ido bien. No la había necesitado. En su posición, era lógico que estuviera satisfecho.

Lawrie apretó el puño, clavándose las uñas en la palma de la mano. No era así como quería que hubiera sido su regreso a Trengarth.

–Cuando mi padre tuvo el segundo infarto, ya había abierto veintisiete locales de Boat House en el suroeste. A la gente le gustaban nuestros productos: camisetas, tazas, toallas de playa. Así que, desde el punto de vista empresarial, tenía sentido expandir el negocio hacia el mundo de los hoteles.

Lawrie apartó sus pensamientos. Sentir lástima de sí misma nunca había ido con ella. No llevaba a ninguna parte.

–Sí, pero no me imagino yendo a mi cafetería favorita y pensar que estaría bien que ese sitio me diera alojamiento.

–Pero tu cafetería favorita está cerca de donde vives o trabajas –señaló–. Somos conocidos por la población local, pero, en verano, el setenta por ciento de nuestros clientes son turistas. Aunque solo un pequeño porcentaje de esas personas quieran disfrutar de la experiencia de pasar unas vacaciones con nosotros, habrá merecido la pena.

Lo miró fascinada. Hablaba como cualquiera de sus clientes.

–Cuando se me ocurrió la idea, estaba preparando una

presentación sobre expansión de marcas para mi MBA.

¿Un MBA? ¿Tenía un máster en Administración de Empresas? No estaba mal para un muchacho que había abandonado los estudios con dieciséis años. ¿Alguna vez lo había imaginado capaz de aquello? Se sintió avergonzada. Quizá tenía razón, quizá lo había subestimado.

Jonas le dirigió una sonrisa cálida y confidente, una sonrisa que le recordó sus conversaciones hasta altas horas de la madrugada, compartiendo sueños y planes. No recordaba haber hablado así con Hugo.

–Por suerte, siempre había imaginado lo que haría con este sitio si hubiera estado a mi cargo. He mantenido el alto nivel del hotel, pero he aprovechado el bosque y el campo de golf de una manera más eficiente. Enseguida empecé a recoger beneficios.

Jonas llegó a lo alto de la pequeña colina y se detuvo para que ella recuperara el aliento. Se le veía ilusionado.

Lawrie miró hacia abajo.

–¿Qué demonios…?

Al otro lado de la colina había un claro con ocho círculos de algodón blanco parecidos a pequeñas carpas de circo.

–Acampadas de lujo –dijo él en tono serio, a pesar de la expresión divertida de sus ojos–. Vamos, tú eres una chica de ciudad. ¿No es esto lo que la clase media londinense entiende por una escapada al campo?

–¿Has montado tiendas de campaña en el bosque? ¿Lo saben tus padres? A tu padre le dará el tercer infarto cuando vea esto.

–Son tiendas de campaña de lujo, perfectamente equipadas –le aseguró–. Los huéspedes tienen los mismos servicios que en el hotel, incluyendo cuartos de baño privados y comida del restaurante, aunque también cuentan con barbacoas. Tienen camas, armarios para colgar su ropa, butacas, alfombras, calefacción… Para mí, eso no es acampar, pero es lo que a la gente le gusta. Los campistas de toda la vida están en lo que antes era el campo de golf, y tienen a su disposición duchas y aseos. Según algunas páginas web especializadas, es uno de los mejores campings de Cornualles.

–Eso es bueno. ¿Tienes algo más, casas en los árboles, cuevas?

Él sonrió y Lawrie sintió un nudo en el estómago.

–Algunas autocaravanas desperdigadas por aquí y por allí.

–Por supuesto, no podían faltar.

Jonas la miró y de repente su mirada se volvió intensa.

–Se ha puesto de moda como viaje de luna de miel. Los recién casados tienen garantizada la privacidad.

Se quedó sin respiración al mirarlo y la piel se le puso de gallina.

–El espacio es un poco reducido, ¿no?

–Nos aseguramos de que tengan una estancia agradable: camas grandes, buenas sábanas y se les sirven cestas con comida.

–Has pensado en todo.

La suya había sido una luna de miel muy diferente, con un saco de dormir, un par de mantas, una botella de champán, la luna, las estrellas y el sonido de las olas. Y siempre, el uno al lado del otro. Caricias, labios, manos, cuerpos entrelazados… Lawrie tragó saliva. ¿Cómo era posible que aquellos recuerdos, profundamente enterrados, salieran a relucir cada vez que aquel hombre hablaba?

–He tenido mucho tiempo para planearlo mientras veía a mis padres atendiendo a un montón de idiotas millonarios a quienes les daba igual donde estuvieran –dijo volviendo a adoptar su actitud de empresario–. Este lugar es precioso y solo un puñado de personas podían disfrutarlo. Pero una vez aquí, no tenían ni idea de lo que había al otro lado de los muros. Al hacerlo accesible a campistas, todo el mundo tiene la oportunidad de disfrutar de este sitio, independientemente de su presupuesto. Organizamos excursiones, alquilamos bicicletas y les facilitamos transporte. Toda la comida que servimos procede de la zona y, siempre que es posible, contratamos a gente de aquí.

Lawrie rio, sacudiendo la cabeza.

–Increíble –dijo y, sin pensárselo, puso una mano sobre el brazo de Jonas.

Sintió su fuerza bajo la camisa. ¿Cuántas veces le habría acariciado el brazo nada más salir del mar, cautivada por la fuerza de sus músculos?

–Me alegro de que te guste.

Jonas dio un paso atrás, apartándose de su roce.

–El hotel no es solo el lugar de celebración del festival, también le da un carácter especial. Es importante que eso lo entiendas. ¿Seguimos?

Jonas enfiló de vuelta hacia el hotel. Ella sintió un escalofrío, a pesar de que era un día cálido y de que llevaba una chaqueta de lana. Si siguiera con Hugo y aún tuviera trabajo, ver a Jonas no habría significado nada aparte de una cierta nostalgia. Se sentía vulnerable, probablemente eso fuera todo.

–Tienes razón, es el lugar perfecto para celebrar el festival –dijo, recuperando su actitud profesional–. ¿Qué otros cambios has hecho?

Él se percató del cambio y la observó mientras se abrochaba la chaqueta y se apartaba el pelo de la cara, dedicándole una sonrisa cortés.

Continuaron charlando de regreso al hotel, aunque Lawrie apenas seguía la conversación. Su cabeza daba vueltas. No había sido fácil regresar y, menos aún, encontrarse con que todo seguía igual.

Volver a la cabaña de su abuela había sido como entrar en el túnel del tiempo. Durante los dos primeros días, mientras se curaba de sus heridas, ya se había dado cuenta de que Trengarth no había cambiado.

En su cumpleaños, había estado paseando por el puerto recordando el pasado. Había confiado en encontrar Boat House en su ubicación original, con Jonas detrás de la barra, un poco más viejo y con la mente puesta en acordes de guitarra, olas y diversión.

Había pretendido validar sus decisiones, confirmar que, aunque el presente fuera inestable, las elecciones del pasado habían sido las correctas. Siempre había pensado que había sido Jonas el que la había retenido allí, pero ¿y si había sido ella la que le había frenado a él?

Era evidente que estaba mejor sin ella. Lo cual era bueno porque, a pesar de todo, ella también estaba mejor sin él, o lo estaría en cuanto decidiera qué iba a hacer.

De nuevo, la preocupación volvió a asaltarla. Le quedaban pocas semanas para que se hiciera efectivo el despido. En ese tiempo, tenía que conseguir un trabajo mucho mejor que el anterior para dar sentido a aquel paso en su carrera y volver a poner en marcha su plan. Tenía que demostrarle a Hugo y a sus socios que podía trabajar en un sitio mejor que su bufete.

Una vez de vuelta en la recepción, se volvió hacia Jonas.

–Ha sido fascinante, Jonas. Estoy deseando empezar. Enséñame dónde voy a trabajar para ponerme en marcha.

Él sonrió. Era una sonrisa cómplice y reconfortante que haría que cualquier mujer se rindiera en sus brazos. Pero Lawrie Bennett estaba hecha de otra pasta.

Se irguió y lo miró desafiante.

–Seguramente, tendrás muchas cosas que hacer –añadió.

–Me alegro de que el trabajo siga siendo tu prioridad, Lawrie –observó él, sonriendo aún más–. La entrada del personal está por detrás, pero puedes usar la principal.

De nuevo, Lawrie siguió a Jonas por detrás del elegante mostrador de la recepción hasta una puerta que conducía a las

oficinas, las cocinas y los dormitorios de los empleados.

–Tengo un despacho aquí, pero prefiero trabajar en el puerto. No sé si es porque yo mismo decoré ese despacho o porque fue allí donde todo empezó –dijo encogiéndose de hombros.

–¿No vives en el apartamento de tus padres?

–Oh, cielo, no –respondió sorprendido por la pregunta–. Este sitio necesita unos cuantos encargados y algunos de ellos viven aquí. El director general y su familia lo ocupan actualmente. Hace unos años compré una casa frente al mar. Es una de las casas de pescadores que hay junto al puerto. Te gustaría.

Lawrie asintió, manteniendo una actitud fría e interesada a pesar de la punzada de dolor que sintió. Siempre había querido tener una de aquellas casas de piedra cercanas al puerto. Muchas noches, había paseado con Jonas por allí a la luz de la luna, con las manos entrelazadas, eligiendo sus favoritas e intercambiando ideas sobre cómo las decorarían.

Ahora, él vivía en una de aquellas casas, sin ella.

Era ridículo sentirse herida. Después de todo, había estado compartiendo un precioso piso con un hombre durante los últimos cinco años. En breve, confiaba en estar en un apartamento nuevo de su propiedad. Aun así, la idea de que Jonas viviera en la casa de sus sueños de juventud le producía una gran melancolía.

Jonas había abierto la puerta de un despacho y le hizo una señal para que pasara. Rápidamente apartó sus pensamientos y entró en aquella amplia habitación en la que destacaban dos grandes ventanas de guillotina con un banco entre ellas, un escritorio, una mesa de juntas y un sofá.

–Este se supone que es mi despacho –le explicó–. Pero nunca lo uso, así que puedes disponer de él. Como ya te he dicho, creo que lo más conveniente es que trabajes aquí. Ya sabes que las bandas que vienen a tocar se quedarán en el hotel, así como los invitados VIP y el personal indispensable. La mayoría de los asistentes se hospedan en el campamento, así como en otros campings y establecimientos de la zona.

Lawrie asintió. Lo había leído todo en el informe, pero le resultaba difícil de entender.

Jonas había organizado el primer festival mientras ella cursaba su primer año en Oxford, con el fin de recaudar fondos para una organización benéfica que luchaba contra la contaminación del mar y las playas. El primer festival, en el que las bandas habían tocado gratis, había durado una noche y los asistentes habían dormido en la misma playa. Como no podía ser de otra manera, la comida había

sido servida por Boat House. Lawrie había pensado asistir, pero en el último momento, había decidido quedarse en Londres, en donde estaba haciendo unas prácticas durante el verano.

Su negativa a asistir al tercer festival había provocado una fuerte discusión en su ya precaria relación. Había hecho las maletas en la víspera de su vigésimo primer cumpleaños, y se había marchado a Londres para hacer otras prácticas. Al final de ese verano, había regresado a Oxford para cursar su cuarto y último año en la universidad. Nunca más había vuelto a Cornualles hasta la semana anterior.

Aquel modesto festival se había convertido en todo un acontecimiento, al igual que Boat House, el negocio de Jonas. Todo era mucho más complicado, muy diferente a la vida sencilla que recordaba. Tres noches, treinta y seis bandas, actividades familiares, miles de asistentes y una importante recaudación de fondos, y todo ello gracias a lo mejor de la música, la comida y la literatura de Cornualles. Era sobrecogedor.

Pero no estaba dispuesta a reconocerlo ante el imponente hombre que tenía ante ella. A Lawrie nunca le había gustado pedir ayuda y no iba a empezar a hacerlo ahora.

–Es estupendo, Jonas –dijo–. De ahora en adelante, me ocuparé yo.

–Tengo fe en ti –le aseguró–. Ya sabes dónde me tienes si me necesitas.

Ella asintió, a pesar de que ya había tomado una decisión. De ninguna manera iba a necesitarlo. Aquello tenía que hacerlo sola, como siempre lo había hecho todo.

Capítulo Cinco

A Jonas le gustaba conducir en aquella sinuosa carretera y divisar el mar entre la vegetación. Cuando bajaba la capota, disfrutaba de la sensación del viento revolviendo su pelo y del olor a salitre. Pero lo que más le gustaba era llegar a su destino, el hotel del que era propietario y en el que su exesposa estaba organizando su festival.

Todo lo que había ocurrido en los últimos dos días había sido inesperado. Los cotillas del pueblo lo estaban pasando en grande una vez más. ¿Qué harían sin él? Debería exigirles un precio por resucitar su telenovela favorita. Siempre sería aquel chico travieso que había roto el corazón a sus padres y ella, la hija descarriada de la madre que la había abandonado. Los habían etiquetado y, por mucho que lo intentaran, nada haría cambiar la opinión que tenían de ellos.

Pero los espectadores iban a llevarse una decepción. Las segundas partes nunca eran buenas y no tenía ninguna intención de que esta vez fuera diferente.

Como de costumbre, al cruzar la verja de acceso al hotel, sintió un arrebato de orgullo. ¿Quién habría pensado que el hijo pródigo lograría tanto?

Aun así, preferiría que los recuerdos no le asaltaran cada vez que cruzaba aquella verja y poder olvidarse de los comentarios de desaprobación de sus padres.

Después de que con dieciséis años suspendiera los exámenes, sus padres habían querido enviarlo interno a un colegio. Supuestamente pretendían que repitiera curso, aunque en el fondo lo que querían era tenerlo lejos y que se hiciera amigo de sus compañeros del internado en vez de intimar con los demás chicos del pueblo.

Se aferró al volante. Sí, probablemente debería haber estudiado en vez de dedicarse a nadar y hacer surf y haberse esforzado más en los exámenes. Pero sus logros, su interés en la comida, su capacidad para hacer surf, sus altas calificaciones en diseño y tecnología, no les había importado. Su padre nunca había presumido entre sus amigos de golf de aquello en lo que su hijo destacaba.

Sus padres nunca se habían enfadado con él. Su arma siempre había sido el silencio. De niño, habían pasado semanas sin que le dirigieran la palabra, pero habían estado a punto de estallar cuando

Jonas se había negado a ir al selecto internado que habían elegido para él.

Algunos padres habrían estado orgullosos de que sus hijos hubieran querido seguir sus pasos, pensó Jonas. Había pensado que por fin aquel proyecto les agradaría y que por fin lograría su beneplácito.

Entusiasmado, les había contado su idea de montar un café-bar en la pequeña playa del hotel, dirigido tanto a los vecinos como a los turistas. Incluso había estado dispuesto a tomar algunas clases de Hostelería y Turismo. Pero no había sido suficiente. Nada de lo que hacía había sido nunca suficiente.

Al final, habían llegado a un pacto. Le habían permitido usar el viejo cobertizo para botes para así mantenerlo lejos de los clientes del hotel. Lo habían dado por perdido, confiados en que fracasaría y que volvería con la cabeza gacha, rogándoles que le perdonaran.

Sin embargo, doce años después, había vuelto para comprarles el hotel y se había sentido muy satisfecho.

Al entrar en el aparcamiento para el personal, Jonas reparó en que también le satisfacía tener a Lawrie allí, trabajando otra vez para él. Así vería lo mucho que había conseguido y lo poco que la necesitaba.

Era ella la que lo necesitaba. Estaba haciendo todo lo posible para ocultarlo, pero él se daba cuenta. Era evidente por el hecho de que hubiera vuelto a Trengarth y hubiera aceptado aquel trabajo. Nada de aquello estaba planeado y a Lawrie Bennett no le gustaba actuar de forma improvisada.

Había demasiados fantasmas y Jonas sintió una extraña sensación de desolación al atravesar el vestíbulo. Aun así, hizo todo lo posible por ocultarlo, comportándose como un jefe jovial y cercano. Al criarse en un hotel y abrir un negocio con dieciséis años había aprendido a ponerse una máscara. A nadie le importaba el muchacho que servía el café. Solo querían una sonrisa y un comentario agradable. Era curioso cómo siempre había acusado a Lawrie de ocultar sus sentimientos. En algunos aspectos, eran muy parecidos.

Mientras avanzaba por el pasillo hacia el despacho que ocupaba Lawrie, una sensación de *déjà vú* lo invadió. Durante una época, aquellos habían sido los dominios de su padre, en los que nunca había sido bienvenido allí. Ni siquiera con el cambio de muebles y decoración aquella desagradable sensación había desaparecido. Con razón se sentía más cómodo trabajando en el puerto.

Se detuvo ante la puerta. No solía llamar antes de entrar en los

despachos de sus empleados, claro que nunca tenían la puerta cerrada. Además, después de todo, era su despacho. Jonas apretó los dientes. Nada resultaba sencillo cuando tenía que ver con Lawrie, ni siquiera cruzar aquella maldita puerta en su propio hotel.

Giró el pomo y abrió la puerta con más fuerza de la necesaria.

–Es evidente que te has puesto cómoda –dijo sorprendido.

Había una pequeña maleta de viaje abierta en el suelo, con ropa desperdigada por la mesa, las sillas y el sofá. Había más prendas de las que hubiera pensado que cabían, vaqueros, tops, vestidos y camisetas, todas ellas de un estilo muy diferente a los trajes de chaqueta que Lawrie se había puesto en los dos días que llevaba allí trabajando.

Estaba sentada en el suelo, sacando ropa de una bolsa.

–¿Te has mudado a vivir aquí? –preguntó con toda la cortesía que fue capaz de reunir.

Lawrie levantó la cabeza. Varios mechones se habían salido de lo que, conociéndola, había sido un moño impecable.

–¿No sabes llamar a la puerta? –dijo ella, apartándose el pelo de la cara.

–No suelo hacerlo. ¿Vas a alguna parte?

–Voy de excursión –contestó–. No tengo nada que ponerme.

Jonas arqueó una ceja y miró hacia el sofá y la mesa. Lentamente, recorrió el suelo con la mirada y se fijó en unas bragas de seda de color lila.

–La mitad de estas cosas son mías, de hace quince años. Es lo que todavía me quedaba en casa de mi abuela. El resto es de Fliss, y como no somos de la misma talla, no me sirven. Lo cierto es que no sé cómo vestirme de manera informal. En donde vivo, siempre llevo pantalones estrechos, jerséis de cachemir y botas hasta la rodilla para ir de compras o a comer, y pantalones de yoga para estar en casa. Nada de esto sirve ya.

–¿Sirve para qué?

Jonas no quiso preguntar por qué estaba haciendo la maleta allí en vez de en su casa. Probablemente, ni siquiera ella lo supiera.

–Para la excursión –contestó y al ver su expresión interrogante, se puso de pie y suspiró antes de continuar–: Ya sabes, Suzy siempre consigue que un par de bandas locales vengan al festival y toquen. Envían sus CD o un enlace para descargar sus canciones, luego hace una selección y va a verlos tocar en directo. Hace años que no voy a un concierto.

–No creo que se lleven los pantalones de yoga en los conciertos de Cornualles.

–Ni el cachemir –agregó Lawrie, sin haberse percatado de la ironía en el comentario de Jonas–. Tres de los grupos escogidos van a tocar estas próximas noches y voy a ir a verlos. Dos de ellas en el condado, pero el de mañana es en Devon, así que pensaba pasar la noche y conocer así a algunas de las tiendas y restaurantes interesados en patrocinar el festival. Todavía tenemos que darles una respuesta. Estaré fuera tres días y no tengo nada que ponerme. ¿Por qué tienes que encargar la comida a otros?

–Porque es imposible que podamos dar de comer a miles de personas. Además, es una buena publicidad para el festival celebrar a la vez una feria de gastronomía local –dijo Jonas.

Al ver la expresión de desolación de Lawrie, contuvo una sonrisa. Parecía ir obligada a una conferencia sobre extracciones dentales en vez de a pasar un largo fin de semana de música y comida, con todos los gastos pagados.

–Por desgracia, no creo que sea aconsejable viajar ligero de equipaje –añadió Jonas, señalando su pequeña maleta–. ¿Tres conciertos en tres noches? Te podrían tirar una cerveza encima –explicó al ver su expresión interrogante.

–Ya no me agradan las multitudes.

–Hubo un tiempo en que sí.

Aunque lo había dicho de manera casual, un montón de recuerdos se le vinieron a la memoria. Lawrie, tan pequeña y menuda, tan vulnerable, mezclada entre una masa de cuerpos justo delante del escenario, moviéndose al ritmo de la música con los ojos entornados.

–¿Qué solía llevar?

Jonas la miró con incredulidad.

–¿Cómo iba a recordarlo? Supongo que vaqueros y camisetas.

–¡Espera! –exclamó y sus ojos se iluminaron–. ¿Te suena? –preguntó mostrándole un top verde.

–Creo que sí.

–Creo que me quedará bien. Sigo teniendo la misma talla y, por suerte, mi abuela lo había guardado todo limpio.

–Pues ya está, mete tres tops como ese y varios pares de vaqueros para los conciertos. ¡Ah! Y no olvides un pijama, además de lo básico –añadió, evitando mirar las bragas lilas–. ¿Dónde vas a quedarte?

–No lo sé. Fliss era la encargada del alojamiento.

No parecía muy entusiasmada y no podía culparla. Tres noches sola, en hoteles anodinos, no sonaba muy apetecible.

–Estoy pensando en comprar una cadena para cubrir toda la

zona suroeste –comentó Jonas–. Podemos ver si tienen algún establecimiento cerca de donde vas a ir y así podrías darme tu opinión.

–Esta noche voy a pasarla cerca de Liskeard, mañana en Totnes y el sábado de vuelta pasando por Newquay. Hay varias fábricas de proveedores de alimentos que quiero conocer en esa zona –dijo y su mirada se ensombreció–. Me habría gustado que Fliss no me hubiera fallado, habría estado bien contar con otra opinión.

–¿No va contigo?

–Se suponía que sí, pero Dave ha conseguido entradas para un partido al que quiere asistir y creo que han planeado pasar el fin de semana fuera. Pero está bien, puedo arreglármelas sola. Aun así, iba a ocuparse del alojamiento, pero no ha podido hacerlo.

–Le pediré a Alex que te consiga las mejores habitaciones disponibles. ¿A qué hora te vas?

–Creo que después de comer, si es que para entonces he conseguido hacer la maleta –contestó mirando la ropa desperdigada.

–En cuanto sepa algo de Alex, te avisaré. Conoce sitios fantásticos. Por eso lo contraté.

–Gracias.

Aunque trataba de disimularlo, todavía se la veía preocupada.

–No tienes por qué dármelas, es su trabajo. Hasta luego.

Jonas necesitaba aire. De repente, aquella habitación se le hacía claustrofóbica. Seguramente, el problema era que había estado trabajando demasiado, concentrado en todos aquellos informes, cifras y reuniones. Hacía días que no se subía a una tabla ni que tocaba una guitarra.

Necesitaba tomarse un descanso y la idea de salir de viaje le resultaba apetecible. Qué suerte tenía Lawrie. Iba a hacer un viaje por carretera para disfrutar de buena comida y música.

Si lo hubiera sabido antes, se habría ofrecido a acompañarla. Un viaje era justo lo que el médico le había recomendado.

Lawrie comprobó la hora una vez más. Aquello era ridículo. Hacía quince minutos que debía haberse puesto en marcha. Nada le molestaba más que no cumplir horarios.

Además, estaba hambrienta. Debía de ser el aire de Cornualles porque, por primera vez en mucho tiempo, Lawrie sentía apetito. Cada día iba al comedor del personal decidida a tomarse tan solo una sopa, pero acababa tomando pan, carbohidratos, trigo y gluten,

todo aquello que llevaba años evitando sin saber muy bien por qué. Y lo que era peor, tomaba patatas fritas de acompañamiento. La ensalada de lechuga y tomate con la que remataba las comidas no le servían para aliviar el sentimiento de culpabilidad.

Aquel día no había comido y el rugido de su estómago se lo estaba recordando. Su primera parada sería una panadería, y también quería probar un restaurante indio y una heladería. Aunque tuviera la misma talla que cuando era una adolescente, las probabilidades de que se mantuviera así de delgada eran escasas.

Volvió a mirar la hora y sacudió la cabeza. No podía seguir esperando. Su agenda estaba repleta. Alex tendría que mandarle un mensaje para decirle dónde iba a pasar la noche. Tragó saliva. En caso de que el navegador de su coche no funcionara, no tendría las indicaciones de cómo llegar.

Tomó el bolso, la pequeña maleta y se dirigió hacia la puerta, apartando la vista del sofá. Aunque había intentado dejar recogida la ropa, parecía que hubiera pasado por allí un grupo de quinceañeras.

–Bueno, todo saldrá bien –dijo en voz alta, aunque sin mucha convicción.

Seguía teniendo la misma sensación de pánico que había sentido la noche anterior, cuando Fliss le había dicho que no la acompañaría.

Estaba acostumbrada a viajar sola, con la seguridad que le daban sus trajes y los vuelos en primera clase. Esta vez, sería simplemente Lawrie Bennett.

Se llevó la mano al estómago, en un intento por aliviar aquella sensación. Estaba acostumbrada a tratar con presidentes de compañías. ¿Cómo era posible que le diera más miedo entrar en un local oscuro para escuchar música que en una sala de juntas?

El sonido del teléfono de su escritorio la sobresaltó. Sería Alex por fin.

–¿Ya está resuelta la crisis?

No era Alex. Era la voz a la que quería confiar sus temores.

–Se me está haciendo tarde. ¿Sabes si ya tengo sitio donde pasar la noche? No puedo esperar más.

–Todo está organizado. Nos vemos en el aparcamiento.

–De acuerdo, ya voy.

Lawrie tardó unos minutos en recorrer los pasillos y salir por la puerta del personal que daba al aparcamiento. Había refrescado y el cielo era una mezcla de grises y blancos, con algún atisbo de azul. Pero aquello no quería decir nada. Había muchos microclimas en

Cornualles y llevaba ropa para cualquier imprevisto.

Miró a su alrededor, pero no vio a Jonas por ninguna parte, ni en su coche ni en la puerta de entrada al hotel.

–¿Lawrie?

Allí estaba, al lado de una de las autocaravanas que siempre estaba allí aparcada. Estaba recién pintada de verde, con una franja blanca. Jonas se apoyó en ella y se cruzó de brazos, con una alegre expresión en el rostro. La misma sensación de protección que había sentido al hablar con él por teléfono la invadió.

–Se me ha hecho tarde, así que espero que esto no lleve demasiado tiempo.

No iba a ceder a la tentación de recorrer de arriba abajo con la mirada sus largas y musculosas piernas, su torso firme y ancho, su mentón definido. Tampoco iba a dar un paso adelante para apartarle aquel mechón de pelo que le caía sobre la frente, por mucho que su mano lo deseara.

–¿Tienes un horario que cumplir? –preguntó Jonas y sacudió la cabeza–. Por supuesto que lo tienes. Siempre te ha gustado tenerlo todo organizado: horarios, mapas, números de teléfono…

–No es malo ser organizado –replicó ella ruborizándose.

–No he dicho que lo fuera. Es una gran cualidad para alguien que está organizando un festival. Venga, sube.

Se sentía confusa. Una mezcla de pánico y esperanza se apoderó de ella.

–¿Qué quieres decir?

Jonas señaló la autocaravana.

–No sabe si sentirse feliz u ofendida porque no la reconozcas. Ha pasado seis meses siendo restaurada.

–Todas son iguales –dijo Lawrie, estudiando el vehículo en busca de abolladuras y manchas de corrosión–. ¿No es Barb… digo, tu vieja autocaravana?

–Has estado a punto de decir su nombre. No se la ve tan vieja, ¿verdad? Le hemos hecho un buen lavado de cara: pintura, motor nuevo, interior nuevo… Nunca ha estado mejor.

–Los hombres y sus juguetes –bromeó Lawrie, aunque lo cierto era que estaba impresionada–. Tiene un aspecto increíble. Pero todavía no sé qué tiene que ver conmigo.

–Me dijiste que necesitabas una segunda opinión… –replicó Jonas, con un brillo especial en sus ojos azules.

–Te dije que hubiera estado bien contar con la opinión de Fliss, no que necesitara una segunda opinión.

–… y me he dado cuenta de que necesito cargar pilas –concluyó

como si ella no hubiera dicho nada.

Lawrie contuvo la necesidad de apartarse. Sus movimientos lentos le recordaban los de un depredador, con sus ojos fijos en ella. Tragó saliva. Se le había quedado la boca seca. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que podía oírlo.

–No sé si es una buena idea. Una cosa es trabajar juntos y otra, pasar tiempo juntos después de…

Su voz se quebró. Se había vuelto a quedar sin palabras. Se estaba convirtiendo en una costumbre cada vez que estaba cerca de él.

–Vamos a estar trabajando. Además, necesitas una segunda opinión, ¿recuerdas?

–Está bien, trabajaremos juntos, pero cada uno por su lado.

–Vaya, lo siento. He interpretado mal la situación. Pensé que ya me habías olvidado, que ya habrías superado el divorcio, lo de tu prometido y los nueve años separados. Si esto te resulta incómodo, será mejor que mantenga las distancias.

Se quedó mirándola, sonriente.

Lawrie sintió que estaba apretando los dientes y se obligó a sonreír.

–Siento no coincidir con la exagerada opinión que tienes de ti mismo. Pero me refería a ti, si no te sientes incómodo, sería estupendo que me acompañaras.

Él se acercó un paso más y se quedó tan cerca que casi se rozaban. Podía distinguir las pecas que salpicaban su nariz, dándole un aire de chico travieso, acentuado por el pelo que le caía sobre la frente.

Pero Jonas Jones ya no era un niño. Era un hombre hecho y derecho.

–¿Lista? –preguntó mirándola a los ojos.

–Claro.

–Entonces, vámonos.

–¿Sabes si Alex ha reservado ya los hoteles? Puedo escoger las mejores rutas sabiendo dónde vamos a quedarnos.

Jonas tenía que dejar que se encargara ella. A Lawrie no le gustaba quedarse al margen. Estaba convencido de que su decisión de acompañarla en aquel viaje no le había gustado, pero lo estaba disimulando muy bien. Con el mapa de carreteras abierto sobre el regazo, un cuaderno y un bolígrafo, parecía volver a tenerlo todo bajo control. Al menos, de momento.

Tenía razón. La idea de pasar tres días con un compañero de trabajo suponía todo un reto. Si esa persona, además, había sido el amor de su vida, las cosas podían complicarse bastante.

Pero no dejaba de ser un viaje de negocios. Lawrie se había metido en algo complicado. A pesar de que fuera un genio negociando contratos, hacía años que no se había acercado a una tienda de campaña ni a un concierto. Aquel era su festival y su reputación estaba en juego. Teniendo en cuenta las circunstancias, Lawrie era la persona adecuada para ayudarlos, pero aun así necesitaba que la llevaran de la mano, metafóricamente hablando.

Claro que podían estar jugando con fuego. Pero ¿qué era la vida sin un poco de peligro? Llevaba demasiado tiempo yendo sobre seguro. Había llegado el momento de correr riesgos.

Jonas señaló con la cabeza hacia una carpeta que había en el salpicadero.

–Ahí están los alojamientos.

Jonas la observó por el rabillo del ojo tomar la carpeta y sacar una hoja.

–Esto no son hoteles.

–Es la ocasión perfecta para conocer a la competencia.

–Eres dueño de un hotel.

–Y también de un camping.

–No he venido preparada para acampar –dijo levantando la voz–. Ni siquiera tengo saco de dormir.

–Relájate –dijo Jonas–, no voy a obligarte a dormir en una tienda de campaña. Barb tiene todo lo que necesitamos. Tengo sábanas, colchas e incluso fundas de almohada.

–¿Vamos a dormir aquí? ¿Los dos?

–Hay literas, ¿recuerdas? –dijo sonriendo y se quedó a la espera de ver su reacción–. ¿Quieres dormir arriba o abajo?

–Ya no tengo diecinueve años, Jonas.

Lawrie se había sonrojado y su mirada se había oscurecido. ¿De ira, de rabia? Quizá de una mezcla de ambas.

–Esto es inadmisible.

Jonas arqueó una ceja. ¿De qué tenía tanto miedo?

–Lo siento, Lawrie, no creo que sea para tanto. De verdad me interesa conocer las instalaciones de esos sitios para compararlas con las mías. Escucha, si de veras no te apetece, puedo dejarte en algún motel cercano. Pero te prometo que dormirás mejor aquí que en cualquiera de esos hoteles de cadena.

–Considérame una anticuada, pero prefiero tener mi propio cuarto de baño.

Al menos, por su voz, parecía más capricho que enfado, así que decidió insistir.

–Te prometo que te gustará. *Barb* es muy cómoda. Todos esos nuevos campings cuentan con conexión a electricidad y muchas duchas. El sitio que he elegido para esta noche tiene un buen restaurante de comida orgánica. Pensé que sería buena idea compararlo con Boat House. Y el sitio del sábado es conocido por sus vistas al mar, algo de lo que nosotros carecemos. Me gustaría conocer tu opinión.

–Pensé que tenías los mejores aseos de Cornualles.

¿Era aquella mueca una sonrisa?

–Si hubiera pensado que todos estos sitios no tenían instalaciones en condiciones, ni lo hubiera propuesto. Venga, Lawrie, será divertido: comida, música y estrellas. Necesito un descanso y creo que a ti tampoco te vendrá mal –dijo reparando en sus ojeras.

–Esto no son unas vacaciones, es un viaje de trabajo –le recordó.

–Tienes razón –convino él–. ¿Pero quién dice que no podemos divertirnos mientras trabajamos?

Lawrie se quedó pensativa, mirando por la ventanilla mientras jugueteaba con un mechón de pelo.

–De acuerdo –dijo por fin–. Lo intentaré esta noche. Pero si paso frío o no estoy cómoda, o si roncas, entonces me iré mañana a un hotel. ¿Trato hecho?

–Trato hecho. Bueno, pues ya que tienes el mapa, indícame qué carretera tengo que tomar.

Capítulo Seis

–Esta está muy buena.

–¿Mejor que las de *pinot noir* o las de *sauvignon*?

Lawrie dio un largo trago a su sidra y sacudió la cabeza.

–Mejor no, diferente. No creo que la pidiera en un restaurante. Para empezar, llena demasiado –dijo dando vueltas al vaso de ámbar, admirando los reflejos que provocaba.

–Aquí tienen una pequeña sidrería artesana –comentó Jonas leyendo las fichas de las catas–. Me pregunto si querrán tener un puesto en el festival. Por cierto, ¿has tomado ya una decisión sobre las bandas?

Lawrie esbozó una mueca.

–Es difícil –contestó–. Todas son muy buenas y muy diferentes. ¿Por qué preferir el punk folk al rock acústico?

–Tú eres la organizadora y la que tiene que elegir. Pero olvídate de la actuación que vimos anoche –replicó Jonas en tono burlón–. Queremos que la gente disfrute del festival.

–No sé –dijo Lawrie sonriendo con dulzura–. La parte en la que leyó esos poemas al compás del triángulo me pareció muy inspirador, especialmente la dedicada a su ciclo menstrual.

–¡No me lo recuerdes! –exclamó él tapándose las orejas–. Me ha dejado el cerebro frito, al igual que el sonido de ese triángulo.

Lawrie rio y dio otro sorbo a su bebida.

–Creo que el triángulo representaba su aura femenina.

Se sentía muy cómoda. El viaje estaba resultando agradable y divertido. Disfrutaba teniéndolo cerca, escuchando y compartiendo sus ideas. Nada le resultaba incómodo. Bueno, solo oírlo respirar profundamente desde la litera de arriba.

Estaba siendo todo un caballero, lo cual era de agradecer.

–Ha sido una buena idea quedarnos un día más –dijo ella.

Jonas había tenido razón sobre el paisaje. El último camping estaba en un valle con unas increíbles vistas hacia el mar y la playa. Lawrie se recostó en su asiento y cerró los ojos, disfrutando del sol del atardecer sobre el rostro.

–Era una lástima no disfrutar de este paisaje. Además, nos merecemos un descanso y hemos descubierto esta sidra –comentó Jonas levantando su jarra con una sonrisa de satisfacción–. Y qué me dices de los cruasanes de esta mañana. Deberías tener en cuenta

esa pastelería también.

–Umm –dijo Lawrie y tomó una carpeta de sus pies–. Estaban buenos, ¿verdad? Y la panadería de Liskeard era exquisita. Pero creo que ya está bien de dulces y pan, ¿no te parece? Necesitamos más variedad. Tenemos dos suministradores de helados, cuatro cervecerías, un restaurante indio, otro tailandés y otro indonesio. La paella, el puesto de patatas asadas…

–Para un momento, Lawrie Bennett –dijo Jonas alzando una mano–. Es domingo por la tarde, y llevas todo el fin de semana trabajando día y noche. Relájate, disfruta del paisaje y bébete la sidra.

Lawrie cerró la carpeta y una agradable sensación la invadió al oír aquellas palabras. Nadie antes se había preocupado por lo mucho que trabajaba ni le había dicho que descansara.

Se colocaron uno al lado del otro en sus tumbonas, en un silencio cómplice. Era fácil conversar con él, pero no necesitaban estar hablando continuamente para sentirse a gusto. Podía perderse en sus propios pensamientos cuando quería.

Era agradable estar allí sentados, sin planes, sin nada pendiente por hacer. Lawrie se revolvió en su asiento. ¿Qué iban a hacer aquella noche? Al menos, no había quedado nada en su agenda sin hacer. Habían conversado acerca de la comida que habían probado y de la música que habían escuchado. Pero no tenían nada programado para esa noche. Quizá encontraran alguna banda que tocara esa noche en la zona o descubrieran algún restaurante nuevo. Sería interesante tener algún puesto de pescado en el festival.

–Déjalo ya.

Lawrie lo miró sorprendida.

–¿Que deje el qué?

–Deja de organizar la noche.

¿Cómo lo sabía?

–No lo estoy haciendo –respondió, aunque enseguida se sinceró–. Bueno, estaba pensando en qué íbamos a hacer más tarde.

–No hemos parado en tres días –observó Jonas–. ¿Es necesario que hagamos algo?

–Supongo que no –dijo dubitativa–. Pero ¿y la cena? Estoy disfrutando del sol y del paisaje, pero dentro de un rato empezará a refrescar.

–Menos mal que hemos traído jerséis.

De nuevo, aquel tono divertido en su voz. Lawrie se estremeció avergonzada. No era justo que se burlara de ella solo porque le gustara saber qué iba a hacer a continuación. A Hugo le gustaba lo

organizada que era. Quizá eso fuera lo que lo había atraído de su secretaria, su capacidad para organizarle la agenda y no solo su ropa interior con estampado de leopardo.

–Está bien.

Jonas se incorporó y Lawrie sintió sus ojos clavados en ella, a pesar de que estaban ocultos tras las gafas de sol.

–Había pensado que podíamos dar un paseo y acabar en esa granja donde venden pan y queso, y comprar un poco más de sidra. Luego, a la vuelta, podemos echar una partida al juego de las palabras, si es que me concedes la revancha nueve años más tarde. ¿Aceptas el reto?

Era un plan apetecible y peligrosamente perfecto.

–El exceso de confianza siempre ha sido tu problema –dijo Lawrie, ajustándose las gafas de sol–. Pero, si estás dispuesto a arriesgar tu orgullo, estaré encantada de ganarte una vez más.

Jonas se echó hacia delante, su rostro casi tocando el suyo.

–Ya veremos.

–Eso no es una palabra.

–Claro que sí –dijo Lawrie saboreando la victoria–. Compruébalo en el diccionario.

–Me da igual lo que diga el diccionario –protestó Jonas–. Ponme una frase de ejemplo.

–¿Cuántos *exahertz* hay en esos rayos gamma? –dijo recostándose en su asiento, atenta a su reacción.

–¡En la vida has usado esa frase!

–Cierto, pero lo haría si fuera necesario, por ejemplo, para hablar con un cliente. Además, las reglas no dicen que tengan que ser palabras que se usen en el día a día.

–Pues así debería ser –refunfuñó, mirando desanimado el tablero.

Era para estarlo, teniendo en cuenta la ventaja que le llevaba Lawrie. Era imposible que pudiera ganar.

Apoyada contra el banco, empezó a sumar los puntos. Ambos estaban sentados en el suelo de la autocaravana, con el tablero entre ellos. Las puertas estaban completamente abiertas y tenían como telón de fondo el sol ocultándose en el mar con sus últimos rayos reflejándose sobre las olas.

–Son treinta y un puntos, más cincuenta por poner todas las letras. Muy bien, tu turno.

–No quiero seguir jugando –dijo Jonas, revisando sus fichas–. Ni

siquiera tú podrías hacer una palabra con las letras que tengo.

Lawrie contuvo una sonrisa y miró el tablero.

–Vaya –comentó manteniéndose seria–. Al menos, inténtalo.

–¿Me estás retando? –preguntó observándole–. Puede que me superes en maña, pero no en fuerza.

–¿Fuerza? ¿A tu edad?

–Estoy en la flor de la vida. Nunca he estado mejor. ¿Qué? –dijo al ver que a Lawrie se le escapaba la risa–. Es cierto.

–Lo dice el hombre que está sentado en el suelo de una caravana, sin afeitar, y abrazado a un cojín.

–No es una autocaravana cualquiera, es un modelo clásico y lo sabes. Además, mira quién fue a hablar. Si tus admiradores pudieran verte ahora, se llevarían una gran decepción. No tienen nada de glamuroso esos leggings y esa sudadera.

Lawrie se abrazó las rodillas y trató de contener la risa.

–Son pantalones de yoga y una chaqueta de cachemir.

Reírse le hacía sentirse bien. Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

–Espera, ¿qué quieres decir con admiradores?

Jonas sacudió la cabeza, apartó el tablero del Scrabble, y se dejó caer un poco para apoyar la cabeza en el banco, estirando el resto del cuerpo en el suelo.

Lawrie tragó saliva y se quedó mirando la puesta de sol, evitando reparar en aquellas largas piernas que tenía tan cerca.

–Mi ropa de trabajo es bastante conservadora. Solo salgo la noche de mi cumpleaños.

–Al aparecer, lo que se considera conservador en el oeste de Londres es puntero en Trengarth –dijo Jonas, recogiendo las letras del tablero del Scrabble–. Según tengo entendido, todo depende del corte.

–Encargo los trajes a una modista. Sientan mejor, aunque no los consideraría punteros. Pero no sé por qué te estoy contando esto. Apuesto a que tus trajes también son hechos a medida.

–Me los hago en un sastre de Plymouth.

–¡Lo sabía! Pero ¿qué le importa a la gente lo que me pongo?

–La verdad es que les da igual. Pero eres la novedad. Además, estuviste conmigo y eres una mujer muy lista.

–No me gusta que hablen de mí. En Londres, nadie se fija en mis trajes. Creo que debería comprarme ropa nueva para el resto del verano. No quiero llamar la atención por algo que no sea mi trabajo.

–Ni que la gente se quedara mirándote por la calle. Espera –dijo

Jonas sentándose erguido para mirarla–. ¿Es por eso que estabas tan preocupada por qué ponerte en este viaje? ¿Querías pasar desapercibida?

Lawrie sintió que se ruborizaba. Una sensación de calor empezó a extenderse por su cuello y pecho.

–No me gusta destacar.

Seguía mirándola intensamente, como si pudiera leer sus pensamientos. Lawrie tuvo que contenerse para no apartarse.

–¿Es eso, Lawrie? ¿Quieres pasar desapercibida?

–No sé a qué te refieres.

Quería apartarse, retirar la mirada, pero sus ojos tenían un efecto hipnótico en ella. Estaba paralizada.

–En nueve años que has pasado en Londres, nunca cantaste.

–Por Dios, Jonas, estaba ocupada.

–¿Qué otra cosa hacías, aparte de trabajar?

–Cenábamos con amigos, íbamos al teatro, a museos, a exposiciones, las cosas normales.

–¿Normales para quién? ¿Para profesionales de Londres como tú? Te gusta sentirte integrada y hacer lo que hacen los demás, ¿verdad, Lawrie? Pero ¿qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que te gusta? ¿Lo sabes?

–¿Qué más te da? Cuando nuestras vidas se separaron, me diste por perdida. Así que no te sientas defraudado porque quiera integrarme.

–¿Por qué iba sentirme defraudado? ¿No será más bien que es a ti a quien estás decepcionando? Si te pasas la vida ocultando tus necesidades y deseos, ¿podrás ser feliz de verdad?

–La felicidad no se consigue con cosas –estalló, sorprendiéndose ante su reacción–. Ropa, aficiones, comida… Son tonterías que me dan igual. Lo que de verdad quiero, lo que siempre he querido, es tener éxito y ser independiente.

–¿Forma esto parte del plan, estar aquí conmigo?

Aquello fue como un puñetazo directamente al estómago.

–No –respondió después de una larga pausa–, no formaba parte de mis planes, pero soy capaz de adaptarme, Jonas. Soy fuerte. No confundas el deseo de querer integrarme con debilidad.

–Debilidad es la última palabra que emplearía para describirte.

–Si hubieras vivido con mi madre, habrías aprendido a integrarte. Tan pronto estaba en Stockbrokerville aprendiendo francés y a montar a caballo, como en una comuna cercana a Glastonbury, teniendo que atender al nombre de Star. Mi madre era muy diferente según con quien estuviera.

–Lo sé –dijo Jonas con un brillo de tristeza en la mirada–. Fue muy difícil para ti.

–No necesito que sientas lástima de mí. Solo pretendo explicártelo. Lo que comía, lo que hacía, los amigos que tenía… todo era intercambiable según sus deseos. Si hubiera querido aferrarme a las cosas, habría sido insoportable. Así que bajaba la cabeza y me prometía que algún día tendría tanto éxito que no dependería de nadie.

–¿Por eso rompiste con tu prometido, porque no lo necesitabas?

–No, es algo más… complicado. ¿Es por eso por lo que quisiste que lo dejáramos, porque no te necesitaba?

–Oh, Lawrie, estaba acostumbrado a eso, a que no me necesitaras. Y, por si no te acuerdas, fuiste tú la que me dejó.

–Quizá tenía miedo de necesitarte.

–¿Tan malo habría sido eso? –preguntó observándola, buscando respuestas tras aquella máscara.

Ella sacudió la cabeza y otro mechón de pelo escapó de su coleta.

–¿Malo? Habría sido terrible. Apenas estaba valiéndome por mí misma. Oxford, prácticas en uno de los mejores bufetes de Londres… Estuve considerando dejarlo todo por ti, por un hombre. Lo mismo que mi madre había hecho una y otra vez. Tenía que irme, Jonas –dijo suplicándole con la mirada que lo entendiera–. Tenía que valerme por mí misma.

Al hacerlo, lo había perdido.

Jonas alargó la mano y le acarició la mejilla.

–Supongo que necesitaba que creyeras en mí, que alguien creyera en mí. Por aquel entonces necesitaba reconocimiento.

–Quizá tenías razón. Éramos muy jóvenes. No estábamos preparados para dar un paso tan importante.

Él asintió. No estaba enfadado con ella ni con lo que había ocurrido en el pasado. Solo sentía una gran tristeza por aquellos jóvenes idealistas que creyeron que lo único que necesitaban era amor.

Le dio la vuelta a su mano y siguió acariciándole el contorno del rostro hasta la barbilla.

Jonas se había puesto unas reglas antes de aquel viaje: nada de hablar del pasado, ni de flirtear y mucho menos tocar.

Pero, a veces, las normas estaban para saltárselas.

Sus dedos acariciaron sus labios, dándole tiempo para apartarse o para detenerlo antes de inclinarse lentamente.

Fue un beso breve en el que sus labios apenas se rozaron. Jonas

se apartó y buscó su mirada. Tenía los ojos cerrados, el rostro ladeado y la boca ligeramente abierta. Se había quedado a la espera. Ese era todo el consentimiento que necesitaba.

Se acercó más y la rodeó por los hombros con un brazo, mientras que con la otra mano la tomaba de la nuca. Ella también se acercó, apenas unos centímetros, y sus cuerpos se tocaron. Luego alzó la mirada y se quedó a la espera.

Un caballero nunca debía hacer esperar a una dama.

Un beso precedió a otro y a otro y a otro. Hasta que, impaciente, Lawrie gimió, se estrechó contra él y separó los labios. Sabía a sidra y los besos se volvieron más intensos.

Era como volver a ser adolescentes otra vez, con sus cuerpos entrelazados en el suelo y sus bocas unidas. No tenían ninguna prisa por moverse ni por quitarse la ropa, al menos de momento. Jonas solo era consciente de sus caricias, de su sabor y de la sensación de estarla recorriendo con sus manos.

Lawrie se apartó un poco y lo miró con sus grandes ojos oscurecidos de pasión. Tenía las pupilas dilatadas y los labios hinchados.

–Creo que… –comenzó con voz ronca, apenas perceptible.

Jonas se preparó. Si quería ponerle voz al sentido común, la dejaría. Se quedó mirándola en silencio. No iba a discutir, pero tampoco a ayudarla.

–Creo que deberías cerrar las puertas –concluyó Lawrie.

Sus palabras eran tan inesperadas que no pudo evitar quedarse boquiabierto durante unos segundos. Las puertas de la autocaravana seguían abiertas bajo el cielo nocturno. La brisa soplaba, trayendo el sabor a sal y el olor a cocos.

Entonces, comprendió el sentido de sus palabras y se le hizo difícil respirar.

–No hay nadie ahí fuera.

Estaban en una zona retirada, aparcados en un extremo del campamento.

–Aun así…

Lentamente, Lawrie esbozó una sonrisa cargada de promesas. Jonas se levantó y cerró la puerta corredera, dejando al resto del mundo fuera. Solo estaban ellos dos en aquel espacio reducido.

–¿Satisfecha? –preguntó arqueando una ceja.

–Todavía no. Pero espero estarlo.

Una intensa pasión lo invadió. Acortó la distancia que los separaba y la abrazó con fuerza.

–Lo estarás, te lo garantizo –dijo y, una vez más, unió sus labios

a los suyos.

Capítulo Siete

–Vaya.

¿Desde cuándo era tan difícil respirar? Lawrie se dobló hacia delante, sintiendo una punzada de dolor en el costado. Tenía que reconocer que una carrera de quince kilómetros había sido un reto demasiado ambicioso. Claro que correr fuera con todas aquellas cuestas y el viento en contra, era todo un reto.

Se irguió y, sin apartar la mano del costado, entornó los ojos para contemplar la puesta de sol. Por otro lado, a pesar de que la cinta en la que solía correr tuviera pantallas, ninguna imagen podía igualar la espectacular vista hacia el mar azul que tenía delante.

Dio un largo y merecido trago de agua, y continuó a ritmo de trote hacia la senda del acantilado que llevaba hasta el pueblo. Si seguía hasta el puerto, podría pasarse por Boat House y recompensar su esfuerzo antes de volver a casa.

«Sigue, sigue, imagina ese café, visualízalo», pensó tratando de darse ánimos.

Además, si Jonas estaba trabajando allí, eso también era un incentivo. El dolor se le olvidó al recordar la noche anterior y sonrió. Había sido otra noche ardiente, de besos y lentas caricias, con sus cuerpos entrelazados.

El pulso se le aceleró, sin tener nada que ver con el ejercicio que estaba haciendo.

Apretó el paso, moviendo los brazos al mismo ritmo. No iba a pensar en ello, no iba a deleitarse en aquel momento en el que el día daba paso a la noche. No iba a recordar la excitación que la invadía cuando, sentada en la terraza con un libro, bajo el sol de la tarde, fingía no oír el motor de su coche cuando llegaba.

El tiempo pasaba rápido. Le quedaba menos de un mes en Trengarth y no quería cuestionarse dónde acabaría aquello. Estaba disfrutando el momento.

Nada de aquello lo tenía planeado y, por una vez en la vida, se estaba dejando llevar. ¿Acaso no era esa la finalidad de aquel descanso obligado? Pronto, todo volvería a la normalidad.

Empezando por ese día. Iba a tener su primera entrevista. Todo había pasado muy deprisa. Apenas habían transcurrido unos días desde que la llamaran y ya tenía concertada una entrevista cara a cara en Nueva York.

Era perfecto. Hugo y sus socios se darían cuenta de lo que valía. Ya se imaginaba los comentarios. «¿Lawrie Bennett? En Nueva York, ahora trabaja para un prestigioso despacho».

Estaba emocionada, como si se hubiera quitado una carga de encima. Que le hubieran propuesto un puesto como aquel significaba que su reputación seguía intacta.

Lawrie aminoró la marcha al llegar a la senda del acantilado, y empezó a descender hacia el pueblo. A sus pies se extendían las casas de piedra. ¿Cuál sería la de Jonas? No la había llevado a su casa y no iba a autoinvitarse, pero tenía que admitir que sentía curiosidad.

¿Cuál sería? Se empezó a fijar en las ventanas y en los detalles, buscando alguna pista. No importaba, se dijo, pero aun así no pudo evitar intentar encontrar alguna señal de él.

La bocina de un coche la sobresaltó y se detuvo en seco.

Lawrie se volvió, con los brazos en jarras, preparada para la batalla, pero al ver a Jonas en aquel deportivo, con la capota bajada, se le secó la boca. Se sonrojó, miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie alrededor, y cruzó la estrecha calle hasta llegar al coche.

–Silencio o te oirá la gente –dijo inclinándose sobre la ventanilla.

Él arqueó una ceja y Lawrie entrelazó sus manos para evitar darle una bofetada o besarlo. Cualquiera de las dos cosas habría sido inapropiada.

–Da igual –replicó Jonas acercándose a ella–. Que piensen lo que quieran.

–Odio los cotilleos y, más aún, ser el centro de atención.

–No somos más que un jefe que se ha encontrado con la encargada de organizar su festival –dijo esbozando una sonrisa.

Ella se mordió el labio. No iba a besarlo en público, por mucho que lo deseara. Sostuvo su mirada, hipnotizada por sus ojos azules. No supo si sentirse aliviada o decepcionada al ver que se recostaba en el asiento.

–Iba a recogerte. Pensé que te vendría bien que te llevara al aeropuerto. Pero ya veo que estás aquí. No pretendo ofenderte, pero no sé si esa ropa de deporte es la adecuada para viajar en avión. Si quieres ir a cambiarte, puedo llevarte. Si prefieres terminar la carrera, puedo recogerte en diez minutos.

–Si tanta prisa tienes, será mejor que me lleves –dijo Lawrie abriendo la puerta y entrando en el coche–. Iba a ir en mi coche, pero acepto el ofrecimiento. ¿Seguro que tienes tiempo?

–De hecho, me pilla de camino, por eso te lo pregunto. Voy camino a Dorset para conocer unos sitios de los que me han hablado y tengo que pasar por Plymouth, por eso pensé en llevarte.

Así que no iba expresamente a llevarla. Claro que, ¿por qué debería hacerlo? Era ridículo sentirse decepcionada.

–Es muy amable de tu parte.

–No es nada –contestó él apartándose el pelo de los ojos–. Como te digo, tenía que pasar por el aeropuerto de todas formas.

Ninguno de los dos dijo nada de camino a su casa. Nada más llegar, Lawrie se bajó rápidamente. El ambiente entre ellos se había vuelto tenso.

–Estaré lista en cinco minutos –anunció y se dirigió veloz hacia la puerta trasera.

Le costó meter la llave en la cerradura y suspiró de alivio al conseguir abrir la puerta. Se dirigió directamente al baño, se quitó la ropa sudada y se metió en la ducha.

La sensación de decepción volvió a asaltarla mientras se enjabonaba el pelo. ¿Qué más daba si la llevaba al aeropuerto a propósito o porque tenía que pasar por allí? Fuera como fuese, la llevaría a su destino. Su viaje a Nueva York sería breve, apenas unos días, pero estaría lejos de Cornualles, del festival y de Jonas. Lo cual era bueno porque sus vidas estaban empezando a entrelazarse. Aquella entrevista era un recordatorio de que lo suyo tenía una fecha límite, algo que ninguno debería olvidar.

Había sido una dulce tortura verla desaparecer a la vuelta de la esquina. Jonas había tenido que contenerse para quedarse en el coche y no seguirla hasta la ducha.

Tomó su café y le dio un sorbo.

Aquello era temporal. Siempre había habido química entre ellos, incluso cuando lo suyo había dejado de funcionar. Ambos estaban solteros y era una tontería no dejarse llevar solo por lo que había habido entre ellos.

Además, ambos sabían que aquello era una aventura de verano. No había nada que decir ni que demostrar. Todo estaba bajo control.

Le había dicho que tardaría cinco minutos, pero se hizo a la idea de que sería media hora, así que bajó la capota y se dispuso a leer el periódico. Quince minutos más tarde, la vio aparecer con una pequeña maleta de viaje, el maletín del ordenador y el bolso.

Jonas se aferró al volante al sentir que el pulso se le aceleraba.

Llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás y su vestido entallado dejaba al descubierto sus hombros y brazos.

Contuvo un gruñido. Tenía por delante dos horas de viaje e iba a ser difícil concentrarse con ella al lado.

–¿Dejan volar con eso? Te vendría bien una chaqueta –dijo y ella sonrió, mostrándole el chal que llevaba en el bolso–. Vamos, métete en el coche. Es posible que encontremos tráfico.

El potente deportivo avanzaba por la estrecha carretera que unía Trengarth con el resto del condado. Lawrie se recostó en el asiento de cuero y dejó que el viento le revolviera el pelo mientras observaba el paisaje. A lo lejos, se seguía divisando el azul del mar, pero enseguida se adentrarían en los montes de granito de Bodmin Moor.

–¿Lawrie?

Se sobresaltó al oír su nombre.

–Lo siento, estaba ensimismada.

–Sí, sé reconocer esa mirada distraída. ¿Dónde estabas, en algún consejo de administración en Nueva York?

–Estaba pensando en lo bonito que es esto.

Esta vez fue él el que se quedó en silencio, con gesto melancólico, mientras avanzaban por aquellos caminos de campo hasta la carretera principal. De repente, el silencio se hizo incómodo y, después de un largo minuto, Lawrie trató de buscar un tema de conversación.

Parecían haber dado un paso atrás. Durante los últimos días, todo había ido bien entre ellos. Por el día, eran compañeros de trabajo, por la noche, amantes.

De repente, no sabía muy bien qué decir.

–¿Visitarás a tus padres aprovechando que estarás en Dorset?

De todos los temas posibles, ¿por qué había tenido que preguntar sobre eso?

–No creo que tenga tiempo.

–Pasarás por donde viven, ¿no? Al menos, podrías ir a tomar algo con ellos.

No dijo nada, pero se le pusieron blancos los nudillos de tanto apretar el volante. Lawrie volvió a intentarlo, a pesar de que una voz en su interior le decía que no era asunto suyo.

–Seguramente conozcan los sitios que vas a ir a ver y te pueden dar su opinión. Puede ser interesante conocer el parecer de la gente de la zona, aunque luego no lo tengas en cuenta.

Jonas permaneció en silencio. Lawrie lo miró de soslayo, pensando que estaría enfadado. Pero permanecía impasible. Odiaba aquella manera que tenía de abstraerse.

¿Por qué se empeñaba en insistir? Quizá porque pensaba que podía hacer algo por arreglar aquella relación.

–Si entendieran cómo trabajas, lo mucho que amas Coombe End, que tus cambios no son más que la evolución de su esfuerzo y no una traición, quizá las cosas entre vosotros irían mejor.

–¿Qué te hace pensar que eso me gustaría?

Lawrie abrió la boca, pero no dijo nada. ¿Cómo decirle que lo comprendía mejor de lo que él pensaba, que sabía lo mucho que la indiferencia de sus padres lo marcaba y cuánto ansiaba su respeto?

–Vas a estar en la zona –dijo ella por fin–. ¿Tan difícil te resulta ir a ver a tus padres?

Jonas no contestó y siguieron el camino en silencio. Lawrie miraba por la ventanilla sin ver el paisaje y se sintió aliviada cuando llegaron al aeropuerto.

–Muchas gracias.

Él no contestó. Salió del coche, abrió el maletero, sacó la maleta y el maletín del ordenador mientras ella se bajaba y se alisaba la falda del vestido.

–¿A qué hora tienes la conexión?

Ella se quedó mirando y apartó sus pensamientos.

–Dos horas después de que llegue a Heathrow. Creo que tengo tiempo suficiente para pasar el control de seguridad.

–Avísame si hay algún cambio en tu vuelo de vuelta. Si no, aquí estaré.

–No tienes por qué venir a recogerme.

–Lo sé.

–De acuerdo, entonces –dijo ella recogiendo sus maletas y sonrió–. Gracias, Jonas.

–Buena suerte. Estarían locos si no te ofrecieran el puesto.

–Eso espero. Adiós.

Dio un paso adelante y le dio un beso, inhalando su olor. No pudo evitar sentir una presión en el pecho.

Él permaneció inmóvil.

–Adiós.

Lawrie se quedó donde estaba sin saber muy bien a qué estaba esperando ni por qué sentía aquel repentino nudo en el estómago. Respiró hondo, sonrió por última vez y se volvió hacia la puerta de la terminal.

–¿Lawrie?

Se detuvo y se volvió, esperanzada.

–Haremos un trato. Yo iré a visitar a mis padres y tú mandarás un correo electrónico a tu madre.

–No tengo su correo electrónico.

–Te lo mandaré.

Lawrie se quedó pensativa, buscando otra excusa.

–¿Asustada? –preguntó él en tono reconfortante.

–Un poco –contestó sin querer admitir la verdad–. No sé, Jonas. Prefiero tenerla lejos.

–Te entiendo. Es solo un paso, no tiene por qué haber más.

–De acuerdo.

–Bien, te veré dentro de cuatro días.

Cinco horas más tarde, Lawrie se acomodó en su asiento, con el ordenador colocado en la mesa plegable y la pantalla individual bloqueándola del resto del mundo. El hecho de que aquel bufete le pagara el billete en clase *business* era un buen presagio.

Además, así llegaría a Nueva York descansada y preparada para la entrevista. Aunque había estado buscando información sobre aquel despacho, apenas había leído nada.

En vez de eso, había dedicado una hora a escribir un mensaje a su madre. Lawrie volvió a leer lo poco que había escrito y suspiró. Había intentado ser cortés, conciliadora, pero sus palabras sonaban acusadoras.

Desesperada, borró aquellas líneas y volvió a escribir unas frases como si se estuviera dirigiendo a alguien que no conociera.

Al fin y al cabo, así era. ¿Sería capaz de reconocerla si la tuviera sentada al lado? Habían pasado años. ¿Le habría dolido dejar a su única hija en Trengarth y no haberla vuelto a ver? ¿Se habría preguntado alguna vez si había hecho lo correcto, se habría arrepentido?

Se preguntó cómo le estaría yendo a Jonas con sus padres, si estaría teniendo más suerte que ella.

Sacudió la cabeza apartando aquellos pensamientos. Debería estarse preparando para la entrevista. Aquella era su gran oportunidad.

Pero ¿por qué se sentía tan vacía?

Lawrie miró las nubes a través de la ventanilla. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso estaba dejando que un surfero de ojos azules trastocara sus planes, al igual que había hecho doce años antes?

No podía repetir los mismos errores del pasado. De niña, había

planeado toda su vida, y casarse nada más acabar el instituto y marchar a la universidad recién casada no formaba parte de aquellos planes. Pero le había dicho que sí.

Lawrie jugueteó con un mechón de pelo. Había sentido una inmensa alegría cuando le había pedido matrimonio. Nunca se había vuelto a sentir así, ni cuando había terminado la universidad, ni cuando la habían contratado en uno de los mejores bufetes de la ciudad. Tampoco cuando Hugo le había propuesto matrimonio.

Sacudió la cabeza y volvió a colocarse el mechón en la coleta.

–Por el amor de Dios, madura –se dijo en voz alta.

Estaba en un avión, camino a la entrevista del trabajo de sus sueños y ¿qué? ¿No le parecía suficiente?

Lo era todo. Tenía que recordarlo: lo era todo.

Jonas detuvo el coche y, antes de comprobar la dirección en su teléfono móvil, supo que estaba en el lugar correcto. Estaba en una calle llena de árboles, con una hilera de casas adosadas de los años treinta, todas pintadas de blanco y con jardines impecables, cada una con una cancela de hierro en el camino de acceso. No se veía a nadie.

¿Qué estaba haciendo allí? No sería bienvenido. Aunque a sus padres les gustaran las sorpresas, su repentina visita no les produciría ninguna alegría.

Pero había hecho un trato. Aunque ya no conociera tan bien a Lawrie Bennett, sabía que le faltaba algo. Aquella desesperada necesidad por integrarse, por tener el control, por seguir sus planes…

Ya en una ocasión había intentado llenar ese vacío. Quizá alguien de Nueva York consiguiera darle todo lo que necesitaba, si conseguía superar sus miedos. Si conseguía hacer eso por su exesposa, quizá su matrimonio no hubiera sido un desastre después de todo.

Sintió una punzada de dolor al imaginarla con otro. Uno de los dos merecía ser feliz. ¿Y qué pasaba con él? Sonrió con amargura. Tenía sus momentos. Cuando un negocio iba bien, cuando daba con un acorde, cuando contemplaba un café lleno de clientes, cuando una ola era perfecta…

Aquellos momentos eran agradables, no pedía más.

Suspiró y comprobó en la pantalla la señal latente que le indicaba un camino a la izquierda. Estaba seguro de que aquel no iba a ser un momento agradable, pero había prometido hacerlo.

Y él siempre cumplía sus promesas.

¿Por qué a sus padres les gustaban las tazas tan pequeñas y las sillas tan incómodas? Aquel papel de la pared era espantoso. ¿Y qué daño les haría sonreír?

El silencio se prolongó. Ninguno parecía dispuesto a romperlo. La distancia entre ellos era tan grande que nadie parecía dispuesto a acortarla.

–Bueno, pasaba por aquí…

–¿De dónde vienes?

¿Por qué le daba la impresión de que su madre sonaba recelosa? Claro que hacía cuatro años que no iba a verlos. La última vez había sido para contarles que les había comprado el hotel.

–He ido a dejar a Lawrie al aeropuerto.

–¿Lawrie? ¿Volvéis a estar juntos?

En aquel instante, reconoció que la emoción que sentía era esperanza. Incluso su padre había levantado la vista de la taza de té, mostrando un repentino interés. Lawrie era lo único que habían aprobado de su vida y no se habían sorprendido cuando había roto con él.

–Este verano, está trabajando para mí. Es algo temporal antes de que se mude a Nueva York. Y no, no estamos juntos.

No era mentira. Fuera lo que fuese que había entre ellos, no habían retomado su relación.

–Vaya.

La decepción de su madre era evidente. Jonas miró a su alrededor, desesperado por ver algo que le diera pie a sacar conversación: un jarrón, una acuarela… Pero faltaba algo, siempre había faltado algo. Y no era simplemente una cuestión de diferencia de gustos.

–¿Por qué no tenéis fotos? –preguntó bruscamente.

No había nada personal en aquella estancia.

Su madre se sonrojó, abrió la boca para decir algo, pero enseguida la cerró.

–¿Papá?

Jonas miró a su padre, que miraba fijamente el fondo de su taza para evitar encontrarse con su mirada. La ira que llevaba tanto tiempo conteniendo, amenazaba con estallar. Tragó saliva e intentó mantener la calma.

–Sé que no soy el hijo que os hubiera gustado tener, pero… ¿Ni una foto?

–Déjalo, Jonas –dijo su padre, dejando la taza en la mesa.

–¿Por qué? –insistió.

No estaba dispuesto a dejarlo. Llevaba muchos años soportando su desaprobación y su silencio, su negativa a relacionarse con él. Quería respuestas.

–Sé que no os gusta mi vida, que no he aprovechado las oportunidades que me habéis dado y que suspender los exámenes del instituto no fue lo más inteligente.

Esbozó una sonrisa, pero no consiguió nada a cambio. Su padre se contenía y su madre estaba pálida.

–Pero –continuó decidido a que esta vez lo escucharan a él– tengo un MBA y un negocio con mucho éxito. Tengo mi propia casa, soy un buen jefe y participo en obras benéficas. No sé qué he hecho para que nunca me hayáis considerado lo suficientemente bueno –añadió y su voz se quebró.

Ya lo había dicho.

Su madre se puso de pie, pálida.

–No puedo soportarlo, Jonas.

Se quedó mirándola estupefacto. ¿Eran lágrimas lo que veía en sus ojos?

–Lo siento, no puedo.

Durante un breve segundo, apoyó la mano en su hombro antes de salir presurosa de la habitación.

Había esperado encontrar indiferencia, ira e incluso alguna charla sobre lo que siempre había sido, pero aquella tensión que se respiraba era insoportable. Allí estaba pasando algo muy serio.

Jonas miró a su padre, que parecía confundido a la vez que asustado.

–¿Papá? ¿Qué está pasando? Creo que merezco saber la verdad, ¿no?

Capítulo Ocho

Hacía un calor terrible y el aeropuerto estaba abarrotado de gente esperando a sus seres queridos. Había quien llevaba carteles con todo tipo de mensajes.

Jonas miró al joven que esperaba en un extremo, con un ramo de flores y un cartel lleno de corazones. Pobre ingenuo.

Todavía no había asimilado la tarde que había pasado con sus padres. No estaba seguro de podérselo contar a nadie y seguramente Lawrie le preguntaría. Después de todo, habían hecho un trato.

–Hola.

Ni siquiera la había visto salir.

–Hola. ¿Has tenido buen viaje?

–Muy bueno. Es un bufete muy interesante, con un montón de proyectos, así que crucemos los dedos.

–Estoy seguro de que les has encantado.

Tomó su maleta y la guio hasta el aparcamiento. De repente, el día parecía más claro. Las nubes se estaban dispersando. Era agradable estar lejos de la oficina.

–¿Cansada?

–Estoy fresca como una rosa. Esos asientos de *business* son más cómodos que mi cama.

–¿Qué te parece ir de picnic? Hay una granja que vende sus productos a veinte minutos de aquí y pensaba que podíamos comprar algo allí. Aunque quizá prefieras volver.

Lawrie se miró y puso una mueca, aunque, a ojos de Jonas, estaba impecable con aquellos vaqueros ajustados.

–Está bien. Estaba deseando cambiarme de ropa después del viaje, pero no me vendrá mal un poco de aire fresco. Además, tengo hambre. Han pasado horas desde que sirvieron ese magnífico desayuno de la clase *business*.

–Vaya, te estás acostumbrando muy pronto a la buena vida. Tengo entendido que los abogados del Upper East Side solo vuelan en jets privados.

–Ja, ja –rio con sarcasmo Laurie y le sacó la lengua.

Al llegar al coche, Jonas le abrió la puerta y metió el equipaje en el maletero.

–Te he traído la correspondencia.

–Gracias.

Enseguida empezó a revisar el montón de cartas. Sabía que habría estado pendiente de sus correos electrónicos. Lawrie nunca permitiría que nada, ni siquiera el Océano Atlántico, se interpusiese entre su trabajo y ella.

Una buena razón para que se tomara la tarde libre. A él también le vendría bien. Apenas se había levantado de su mesa en los últimos dos días.

Se giró en su asiento y la miró. Estaba leyendo un sobre y se había quedado pálida. El sobre tenía impresa la dirección de la anterior firma de abogados para la que trabajaba. Probablemente sería algún documento.

Pero eso no explicaba su repentina palidez.

–¿Todo bien? –preguntó girando la llave para encender el motor–. ¿Lawrie? –añadió al ver que no contestaba.

–Sí, estoy bien –respondió algo aturdida.

–¿Vas a abrirlo? –dijo Jonas señalando el sobre.

No dejaba de darle vueltas, como si estuviera adivinando su contenido.

–Sí. Seguramente será algún documento de recursos humanos.

Abrió el sobre y sacó una carta manuscrita con un papel más pequeño sujeto con un clip. Parecía un cheque.

–¿Qué demonios…?

–¿La indemnización?

Ella negó con la cabeza.

–No, me la darán con mi última nómina y no hasta que haya transcurrido el plazo del preaviso –contestó y desdobló la carta–. Dios mío, ¡cuántos ceros! Es de Hugo.

Se sintió celoso. ¿Por qué le había escrito? ¿Por qué le mandaba un cheque?

Volvió la atención a la carretera y siguió las indicaciones para salir del aeropuerto, tratando de dar tiempo a Lawrie.

–Es mi parte de los beneficios –explicó ella al cabo de unos minutos, con voz ronca–. No tenía por qué hacerlo, al fin y al cabo, el bufete era suyo. Legalmente, no tengo derecho a nada.

¿Se estaba arrepintiendo de haberlo dejado?

–¿Vas a aceptarlo?

Hubo una pausa.

–Sí –respondió por fin–. Mi orgullo me dice que lo rompa y que se lo devuelva, pero tiene razón. Si no me hubiera ido a vivir con él, me habría comprado mi propia casa. Con este cheque, podré dar una buena entrada para un apartamento en Nueva York o donde finalmente acabe viviendo.

Siguió leyendo la carta en silencio y de repente soltó una exclamación.

–Va a casarse en septiembre. Su prometida está embarazada, así que van a adelantar sus planes.

–¿Tiene novia? ¿Tan pronto? Pero si no hace ni un mes que os habéis separado. A menos que te estuviera engañando.

El rubor de sus mejillas le dio la respuesta.

–Canalla.

Lawrie se puso a releer la carta.

–No, no lo es.

Se le hacía extraño oírla defender a otro hombre, un hombre con el que había tenido una relación.

–Bueno, no es del todo cierto. Se portó muy mal, pero creo que fue culpa mía, al menos en parte –dijo y su voz se quebró por las lágrimas.

El primer impulso fue parar el coche, rodearla con sus brazos y reconfortarla. Pero al ver cómo trataba de mantener la compostura, desechó la idea. Era tan reservada, que sabía que no le agradaría su consuelo.

Así que intentó mantener el tono neutral.

–¿Culpa tuya?

–No lo amaba, no de la manera que se merecía. Ahora me doy cuenta –replicó ella, mirando por la ventanilla–. No te he contado la verdad, es demasiado humillante. No dejé a Hugo. Mis planes cambiaron porque lo encontré con otra. Si por mí hubiera sido, seguiría trabajando allí para convertirme en socia del despacho, retrasando mi boda, y prometida a un hombre al que me costaba reconocer que no amaba.

–No te merecía.

–Me quiso mucho y yo traté de corresponderle, pero… –dijo titubeando–. La verdad duele, ¿no es cierto? Supongo que representaba el estilo de vida que siempre he querido. Se merece a alguien que lo ame por ser como es –añadió y resopló–. Espero que lo haya encontrado.

–Eso es muy generoso de tu parte.

Cuando Lawrie lo había abandonado, lo último que había deseado para ella era que fuera feliz. Le avergonzaba recordar lo amargado que se había quedado.

–En su momento lo habría castrado con un tenedor, aunque lo que más me dolió fue tener que dejar el bufete, más aún que la infidelidad en sí. Creo que, si me lo hubiera pedido, habría accedido a olvidar lo que había visto. Vaya, soy patética.

–Eso es un poco triste. Pero ¿por qué tenías que ser tú la que se marchara?

–Porque su abuelo había fundado el bufete. Me invitaron a marcharme y mantener la boca cerrada, eso sí, a cambio de una buena indemnización y mejores referencias. Estaba demasiado avergonzada como para luchar –dijo y suspiró–. Así que ya sabes el motivo por el que aparecí en Boat House sola el día de mi cumpleaños. ¿Me odias?

–Creo que eres maravillosa –respondió Jonas.

Y así era. Aquella mujer era muy fuerte.

–Y me alegro de que volvieras a Trengarth, aunque solo fuera para pasar el verano –continuó y le puso una mano en la rodilla–. Me alegro de que nos hayamos vuelto a reencontrar. Además –añadió con una sonrisa burlona–, eres una gran directora de proyectos.

–Bueno –dijo Lawrie tumbándose en la manta del picnic para mirar el cielo–. Lo hice, ¿estás orgulloso?

–¿Qué hiciste qué?

Jonas sabía perfectamente a qué se refería, pero no sabía bien qué iba a contarle él.

–Ya sabes, mandé un correo electrónico a mi madre. ¿Contento?

Consciente de que lo observaba atentamente, Jonas trató de mostrar entusiasmo.

–Eso es estupendo. ¿Te ha contestado?

Era el turno de Lawrie de mostrarse desanimada.

–Por supuesto, me cuenta un montón de cosas –respondió y puso los ojos en blanco–. Pero ni una pregunta sobre mí o sobre lo que hago.

Jonas se apoyó sobre un hombro y la miró.

–Lo siento.

–No lo sientas.

Lawrie se incorporó, se abrazó las piernas y se quedó mirando el mar.

–Siempre se ha sentido el centro del universo. ¿Qué clase de mujer deja a su hija adolescente para irse de senderismo y ni se molesta en asistir al funeral de su propia madre? Llevo toda la vida odiándola, pero a la vez deseando que se preocupe por mí. Al leer ese correo electrónico sentí lástima. Sé que no es capaz de más. No me queda más remedio que aceptarlo.

Se volvió hacia él. Su expresión era de curiosidad.

–¿Qué tal te ha ido a ti?

Se quedó mirando el cielo. Apenas podía soportar aquella carga. Tal vez le viniera bien hablar de ello.

–Sí, fui a ver a mis padres.

–¿Y? ¿Qué ha pasado, qué te han dicho? –preguntó mirándolo preocupada.

Él respiró hondo.

–Les pregunté que por qué no tenían fotos mías.

Tenía que arrastrar las palabras, aunque el solo hecho de pronunciarlas, le hacía sentir cierto alivio.

–Y…

–Al principio, no me dijeron nada. Al final, mi padre confesó que no soportaban tener fotos de su único hijo. Era demasiado doloroso –dijo y resopló–. Mi presencia, mi existencia, les resulta un doloroso recordatorio –añadió y se volvió hacia ella para ver su reacción–. Al parecer, éramos dos. Tenía una hermana gemela, pero nacimos antes de tiempo. Yo era más grande que ella y tenía mayores probabilidades de salir adelante. Los médicos les dijeron que, si no hubiera acaparado el flujo sanguíneo, las cosas habrían sido de otra manera y habrían podido salvarnos a los dos. Al parecer la maté, Lawrie, maté a mi hermana gemela.

Durante largos segundos, Lawrie no dijo nada. ¿Se habría quedado horrorizada por lo que había pasado? Él sí. Aquello lo explicaba todo. De repente, no podía seguir culpando a sus padres.

Se incorporó y se sentó erguida. Tenía los ojos llenos de lágrimas y se había llevado una mano a la boca. Se volvió hacia él y lo envolvió en sus brazos.

–No fue culpa tuya, ¿me oyes? –susurró–. No permitas que nadie te culpe.

Sabía que debía apartarse, pero el consuelo que le proporcionaba el contacto con otra persona era reconfortante, así que se dejó llevar por el momento. Después, se separó, tomó su mano y entrelazó sus dedos.

–Si hubiera sido de otra manera, todo habría sido más fácil –continuó al cabo de unos minutos–. Si hubiera sido más parecido a ellos, quizá me habrían aceptado mejor. Pero siempre fui muy inquieto, siempre quería cosas diferentes. Siempre estaba demostrándoles lo fuerte que era, recordándoles constantemente que ella no estaba aquí.

–No –intervino ella con rotundidad–, no debes pensar así. Lo que pasó fue terrible, pero no fue culpa de nadie y menos aún tuya. Y aunque siento lástima por tus padres, tampoco creo que obraran

bien. En vez de apartarte de su lado, deberían haber dado gracias a Dios por haber tenido un hijo tan fuerte y maravilloso. Es su tragedia y tienen que vivir con ella. Pero tú… –añadió, apretándole la mano con fuerza–, olvídalo.

Permanecieron sentados, con las manos entrelazadas, contemplando el mar. Poco a poco, Jonas se fue sintiendo mejor. Siempre cargaría con aquello, pero Lawrie tenía razón. No podía dejar que le afectara, aunque sus padres hubieran permitido que afectara su relación con él.

–Al menos ahora sé que no fue por mí ni porque tuviera un terrible defecto. Siempre me he preguntado por qué no me querían.

–Mucha gente te quiere –dijo Lawrie inclinándose hacia él–. Mi abuela te quería, te adoraba. Cuando me marché, me dijo que era una tonta, que nunca encontraría un hombre mejor que tú. ¿Quién sabe? Quizá tenía razón.

–Por supuesto que tenía razón –dijo y sonrió–. Gracias por escucharme.

Lawrie se volvió hacia él, muy seria.

–¿Sabes? Pensé que volver iba a ser muy humillante. Volver a verte, sin trabajo, sin Hugo… Y sí, al principio fue difícil, pero, en cierta manera, me alegro de que nos hayamos vuelto a encontrar, que hayamos vuelto a ser amigos.

–¿Es así como lo llaman ahora?

Ella sonrió y le apartó el pelo de los ojos, en un gesto íntimo y cómplice.

–Amigos con beneficios, exactamente.

Se quedó mirándola a los ojos y vio cómo sus pupilas se dilataban y su respiración se aceleraba. Luego, le acarició la mano. Lo único que deseaba en aquel momento era estar con aquella persona que siempre había creído en él y que tanto lo había necesitado en otra época.

–Me gusta eso de los beneficios. Creo que habría que estudiarlos con detalle.

–¿Con cuánto detalle? –preguntó Lawrie.

–Vámonos a casa y te lo enseñaré.

Capítulo Nueve

Vaya, otra vez estaba soñando despierta.

Era su despacho. Tanto espacio y tantas ventanas con vistas impedían la concentración. Habría preferido su antiguo despacho, sin ventanas, a aquella lujosa estancia. Al menos allí, no se habría distraído tanto con el paisaje, el sol y la alegría de los días de verano.

Lawrie miró con desgana los papeles que tenía delante. La cabeza le daba vueltas con el programa de conciertos, el alojamiento de las bandas, las listas de sus acompañantes…

Tras el dolor y la culpabilidad que había sentido al conocer la impactante noticia, Jonas parecía haberse liberado de una gran carga y estaba decidido a disfrutar todo lo posible de aquella amistad recuperada.

Estaba muy pendiente de él. Se había convencido de que lo hacía porque le preocupaba, porque todavía veía cierta tristeza en su sonrisa de playboy, pero lo cierto era que ella también estaba disfrutando a su lado.

Aquello no podía ser bueno. Por primera vez, el trabajo no le estaba sirviendo de escape. Quizá necesitara un descanso.

Se enderezó en su asiento, tomó el móvil y revisó sus correos electrónicos. Tenía algunas felicitaciones atrasadas de amigos que ni siquiera sabían que se había ido de Londres y las típicas ofertas de ventas de productos.

–Vaya cara. ¿Estás ensayando alguna obra de teatro?

Levantó la vista, sobresaltada.

–Podrías haber avisado de tu llegada.

Allí estaba Jonas, vestido de blanco inmaculado con ropa para jugar al tenis. Lo recorrió con la mirada desde su pelo rubio peinado hacia atrás, pasando por sus anchos hombros y sus caderas estrechas hasta llegar a sus musculosas piernas bronceadas.

Lawrie sintió la boca seca y tragó saliva. Un arrebato de deseo se apoderó de ella. De nuevo, aquel persistente y dulce dolor de estómago.

–Parece que has estado ocupado.

–Me gusta asegurarme de que todos los servicios que ofrecemos estén en perfecto estado –comentó sonriendo–. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

Lawrie volvió a tragar saliva y se olvidó de los preparativos del festival y de los correos electrónicos. Estaba muy guapo y lo tenía demasiado cerca. Su olor masculino le recordaba al sol, el mar y la hierba. Nerviosa, se chupó los labios. No sabía si apartar a su interlocutor de la mesa o echarse sobre él.

–¿Y están bien?

–Por supuesto. ¿Quieres comprobarlo?

–No, hace años que no juego al tenis. Lo cierto es que no tengo tiempo, aunque me gusta ver los partidos. El bufete tenía un palco en Wimbledon.

–Comidas y fiestas con clientes, palcos… Supongo que eso funcionará con algunas personas, ¿no? Pero ya no resulta auténtico, ¿verdad?

–Es diferente.

Lawrie recordó verse atrapada en conversaciones con presidentes de compañías que no tenían ni idea de la importancia de los partidos que se estaban jugando ante ellos, pero que se mostraban encantados de dejarse ver en semejante acontecimiento.

–Pero no mejor –dijo Jonas–. Aunque tengo entendido que ahora las filas son más organizadas y que la gente tiene a su disposición carpas con aseos. En mi época, nos las arreglábamos con un par de sillas plegables y un saco de dormir.

–La final de cuartos masculina –recordó Lawrie–. Parece que hace siglos. Vimos a Agassi.

–Quédate con las Maldivas y las Seychelles. Donde esté un suelo duro y partidos de tenis de alto nivel, que se quite cualquier otro destino de luna de miel. Incluso quisiste comprarme una camiseta de Agassi.

No pudo evitar reírse con él.

–Bueno, tenía dieciocho años. ¿Has vuelto a ir desde entonces?

Jonas negó con la cabeza.

–Junio y julio son meses de mucho trabajo para mí. Pete, nuestro profesor, suele llevar a algunos de los chicos a los que da clases, pero nunca los he acompañado. Quizá algún día.

Lawrie asintió y trató de encontrar otro tema del que hablar. Pero teniéndolo tan cerca, le resultaba difícil pensar.

–Iba a ir a nadar –añadió Jonas–. ¿Te apetece?

Si le estaba resultando difícil verlo con aquel atuendo de tenis, ¿cómo se las arreglaría viéndolo en bañador?

–No tengo bañador.

–Menos mal que tenemos una tienda –dijo y la miró con picardía–. Claro que también te podrías bañar sin nada.

Lawrie contuvo la respiración. Se quedó mirándolo fijamente, hipnotizada por sus ojos ardientes. El dolor de estómago se intensificó y, por un instante, solo fue consciente de él.

De pronto se sobresaltó. La vibración de su teléfono al recibir un mensaje rompió el hechizo. Poco a poco volvió a la realidad y en ese momento se dio cuenta de que se había echado hacia delante para acercarse a él. Con un gran esfuerzo, apartó la mirada, se enderezó y miró fijamente la pantalla, como si allí pudiera encontrar todas las respuestas.

–Pensé que este era un respetable hotel familiar.

Jonas no parecía percatarse de su batalla por mantenerse centrada.

–Lo es, pero tengo en mente algo más refrescante que una piscina llena de niños y padres desesperados. ¿Lista?

Lawrie sabía que aquella no era una buena idea. Miró los papeles que tenía sobre la mesa. Quedarse era la opción sencilla y segura, pero no la única. Solo quedaban un par de semanas, poco tiempo para ser alguien diferente, mostrarse menos comedida y más libre. Luego se iría a Nueva York, a Sídney, a Toronto o a donde fuera, y aquel verano quedaría para siempre en su memoria.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Respiró hondo, echó la silla hacia atrás y se volvió hacia Jonas, que seguía sentado sobre la mesa observándola con su mirada impenetrable.

–Vamos –dijo ella.

Lawrie se sentía como una estudiante haciendo novillos mientras seguía a Jonas por la senda del jardín trasero que llevaba a la cala que limitaba con el hotel. No era una playa privada, pero solo tenían acceso los clientes del hotel y cualquiera que llegara a ella en barco.

–Es agradable salir cuando deberías estar trabajando, ¿verdad?

–Tú eres mi jefe y, teniendo en cuenta que este trabajo no es remunerado, no sé si esto podría considerarse como hacer novillos.

–Admítelo –dijo sacudiendo la cabeza con una sonrisa traviesa en los labios–, te sientes culpable. Apuesto a que es la primera vez que te escapas del trabajo.

Lawrie no contestó y echó a correr para adelantarlo, disfrutando del sol, la brisa y la sensación de libertad. Jonas salió corriendo tras ella y enseguida la alcanzó con sus largas zancadas.

–¿No te alegras de que te obligara a cambiarte? Con esos tacones que llevabas, no hubieras podido dar ni cinco pasos.

Ella hizo una mueca antes de apresurarse para tocar antes que él el poste de la senda que bordeaba el acantilado. Luego, olisqueó el ambiente.

Josh se apoyó en el poste, observándola.

–Pareces un perro cazador siguiendo el olor de su presa.

–Huele muy bien.

Había leído que el olfato era el sentido más dado a evocar recuerdos. Desde que volviera a Cornualles, no había dejado de revivir situaciones gracias a aquellos olores.

Jonas empezó a caminar a su lado, rozando con su mano la suya. Aquel sencillo roce despertaba en ella muchos recuerdos. Sus largos dedos entrelazaron los suyos y sintió el frío de su palma. Una sensación de calor empezó a extenderse por su brazo. ¿Era consciente de la reacción que le provocaba?

Lawrie no dijo nada, ni se fijó en sus manos. Tampoco se apartó. Perdida en un torbellino de sensaciones, no prestó atención de hacia dónde se dirigían y se limitó a disfrutar de los olores y las sensaciones.

–¿Dónde estamos? –preguntó mirando a su alrededor–. Esta no es la playa del hotel.

–No, esta es la cala que hay a continuación –le explicó–. Seguramente, la playa del hotel esté llena de clientes bañándose, haciendo surf o construyendo castillos de arena. Demasiada gente para lo que tengo en mente.

Volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa tan seductora que las rodillas se le doblaron y a punto estuvo de dar un traspié.

«Tranquila, se refiere a nadar», se dijo.

–Cuidado, el camino tiene muchas piedras sueltas, es fácil resbalar.

–No es la primera vez que paseo por la senda de un acantilado.

Aun así, aminoró la marcha. Al llegar abajo, miró a su alrededor.

Estaban en una pequeña cala, un perfecto semicírculo oculto del resto del mundo por las paredes del acantilado, a cuyos pies había unas cuantas rocas.

Jonas estaba junto a una de ellas. Había dejado a un lado un pequeño petate y estaba extendiendo una manta de cuadros y un par de toallas.

–Esto es precioso –dijo Lawrie–. No puedo creer que nunca haya estado aquí.

–No es fácil llegar desde Trengarth. Además, a pesar de estar tan cerca del hotel, nadie viene nunca por aquí. Por eso me gusta tanto.

Después de sacar el contenido del petate, se quitó los pantalones y la camiseta. Lawrie se quedó fascinada contemplando el vello dorado que cubría su pecho y que bajaba en una línea por su vientre plano para perderse bajo su bañador.

Tragó saliva, sintiendo que una oleada de deseo recorría todo su cuerpo.

–Vamos –la animó, saltando de un pie a otro.

A regañadientes, apartó la vista de su torso y miró al mar. Sí, estaba en calma, era agosto y resultaba apetecible bañarse, pero aun así…

Jonas siguió su mirada y suspiró.

–No seas cobarde. Cuando éramos niños, nos bañábamos vestidos. Ahora la gente usa los trajes de neopreno sea la época que sea. ¿Es que a nadie le gusta ya sentir el agua en la piel?

–Tú también usabas traje de neopreno.

Lawrie se quitó la camiseta y se alegró de haberse comprado un bañador y no el escueto biquini que Jonas le había elegido en la tienda del hotel.

–Me gusta ponerme el neopreno para hacer surf, cuando sé que voy a pasar horas en el agua. Pero para darme un baño, no –dijo observando a Lawrie quitarse los pantalones cortos–. Eh, ese no es el biquini de lunares que elegí, pero tampoco está mal.

Se miró el bañador. Aquel estilo de los años cincuenta no le sentaba mal. Le marcaba la cintura y el cuello halter elevaba su pecho. Seguía mirándola. Sus ojos recorrían su escote y la parte superior de sus senos que quedaban al descubierto. De repente se sintió cohibida y dio un paso hacia el mar.

–Tonto el último –dijo Lawrie y echó a correr hacia el agua.

Jonas se quedó desconcertado unos segundos antes de salir corriendo tras ella, tomarla en brazos y tirarla al fondo.

El agua estaba fría y se hundió en ella. Nada más tocar fondo, se enderezó y se puso de pie, dispuesta a vengarse.

Jonas había adivinado sus intenciones y nadaba alejándose de ella. Lawrie se apartó el pelo de la cara, se quitó el agua de los ojos y lo observó. Se le veía muy a gusto en aquel entorno. Luego vio cómo se volvía y se quedaba flotando sobre la espalda.

Empezó a nadar. Resultaba difícil nadar contra las olas, no tenía nada que ver con hacerlo en la piscina de un gimnasio. Se olvidó de Jonas por un segundo y paró de nadar, dejando que las olas la mecieran. Cerró los ojos y disfrutó del calor del sol en contraste con el agua fría del mar, hasta que unas gotas de agua en el rostro la devolvieron al presente.

–Tú… –dijo tomando agua con las manos y amenazándole con salpicarlo.

Riéndose, Jonas se apartó. Lawrie lo persiguió sin dejar de echarle agua hasta que lo alcanzó y trató de hacerle una ahogadilla, disfrutando de la sensación de poder mientras lo hundía en el agua. Sus cuerpos se entrelazaron en aquel juego.

De repente, Jonas se quedó inmóvil. El agua le llegaba a la cintura. Ella dejó las manos quietas sobre sus hombros y él la rodeó por la cintura. Todos sus sentidos se concentraron en aquella zona de su cuerpo.

–¿Jonas?

Su voz apenas fue un susurro. No sabía si era un ruego o una pregunta. Lo único que sabía era que necesitaba algo que solo aquel hombre podía darle.

Se acercó aún más, sintiendo que sus piernas y sus pechos se rozaban, y lo miró suplicante. Al fin y al cabo, para eso habían ido hasta allí, para disfrutar del momento. Lentamente, Jonas unió sus labios a los de ella.

Seguía rodeándola por la cintura mientras ella se aferraba a sus hombros, estrechándose contra él, tratando de conseguir más de él y dejarse llevar, perder el control aunque solo fuera por un rato.

Volvió a tomarla en brazos como si apenas pesara y sin decir nada se acercó a la orilla.

Lawrie sintió una mezcla de calma onírica y de excitación incontenible, y empezó a darle besos por el cuello. Luego, lamió su piel saboreando la sal y Jonas dejó escapar un gemido. Animada, continuó explorando su cuerpo húmedo y dorado, siguiendo las gotas de agua con los labios y disfrutando de la reacción que estaba despertando en él.

Jonas tomó la manta del picnic y se arrodilló, colocándola cuidadosamente encima. Ella se quedó tumbada, esperando, y se giró hacia él cuando se puso a su lado.

Necesitaba aquello. Se lo merecía.

–¿Lawrie?

Sus ojos reflejaban deseo y el fuego que vio en ellos despertó en ella un deseo primitivo. La tensión que sentía entre los muslos era fuerte y poderosa. No contestó. Se puso de rodillas, se inclinó sobre él y lo besó en la boca, colocando los brazos a cada lado para soportar su peso.

Jonas gimió y la hizo colocarse sobre él. El beso se volvió más profundo y sus manos empezaron a acariciarla por todo el cuerpo. Solo era consciente de él, de su cuerpo, de las sensaciones que sus

habilidosos dedos despertaban en ella, de sus besos, de su sabor, de su lengua…

El sol, el mar, la sal, todas aquellas sensaciones la abrumaban. Lo único que existía en aquel momento eran ellos. Cerró los ojos y se dejó llevar por sus caricias, su boca y su cuerpo, elevándose en una espiral por encima de los acantilados hacia el cielo.

Jonas se tumbó en la manta y Lawrie se acurrucó a su lado, pasándole un brazo por encima del pecho. Estaba aturdida, casi dormida, con los ojos cerrados y la respiración acompasada. A pesar de la hora, el ambiente era cálido y húmedo.

Jonas se sentía relajado en cuerpo y mente. No deseaba levantarse, poner una excusa y marcharse. Quería quedarse, abrazar a Lawrie Bennett y disfrutar del momento.

Pero debían empezar a pensar en vestirse. Había estado en aquella cala muchas veces y nunca antes había visto por allí a nadie, pero siempre había una primera vez para todo y no quería que ese momento le pillara desnudo. Deslizó la mano por el cuerpo de Lawrie, desde su hombro hasta su cadera, deleitándose en la suavidad de su piel.

–¿Lawrie?

–¿Sí?

–Despierta, cariño, se está haciendo tarde.

Ella murmuró algo ininteligible y rodó apartándose de él. Jonas se quedó mirando su bonita espalda y volvió a intentarlo.

–Vamos, Lawrie, es hora de vestirse. No querrás que nos vea algún excursionista, ¿verdad? Aunque seguro que le alegraríamos el día.

Volvió a murmurar algo y poco a poco se fue incorporando hasta quedarse sentada.

–¿Qué hora es? –preguntó con mirada somnolienta.

–No llevo reloj, ni teléfono –respondió él levantando el brazo–. ¿Puedes soportar estar lejos de la vida civilizada?

Ella sonrió.

–Menos mal que he traído mi bolso –dijo–. Supongo que debería vestirme. ¿Podrías…? –añadió señalando hacia la ropa que tenía doblada sobre una roca.

–Claro.

Se puso de pie, sin dejar de sentirse observado, y le lanzó los pantalones cortos y la camiseta, antes de tomar su ropa. Luego, no pudo evitar quedarse mirando cómo hacía lo imposible por vestirse

de manera discreta.

–No me importa verte.

–Un caballero se daría la vuelta.

–Pobre caballero, se perdería lo mejor.

Se puso de pie lentamente, estirando los brazos y las piernas con gracia.

–¿Necesitas que te ayude? –preguntó Lawrie señalando la manta y las toallas.

–¿A qué viene tanta prisa? He traído comida y vino.

Ella lo miró nerviosa.

–Has dicho que se estaba haciendo tarde, que debíamos volver.

–Y así es, pero podemos quedarnos un rato más si quieres y no tienes otros planes.

–Si bebo, no podré conducir hasta casa.

Jonas se acercó a la mochila y sacó una botella de vino.

–Soy dueño de un hotel. No debería tener problema para encontrar habitación –dijo abriendo la botella y pasándosela–. No te importará beber directamente de la botella, ¿no?

–¿De verdad?

Al ver que Jonas asentía, arrugó la nariz y se llevó la botella a los labios. Resultaba muy sexy verla bebiendo de la botella.

–En cualquier caso, yo no tengo un hotel.

–Quizá tengamos alguna tienda de campaña libre por alguna parte. ¡Ay! –exclamó al recibir una palmada en el hombro–. ¿A qué viene eso?

–En serio, Jonas, ¿qué pretendes? ¿Que me quede contigo en el hotel? La gente murmura…

–¿Y qué? Ven y come algo. He traído todo esto por ti y no pienso subir el acantilado cargando con ello.

Lawrie se sentó junto a él en la manta y tomó el plato de cartón que le ofrecía, con una variedad de panes, quesos y ensaladas. Enseguida se preparó un sándwich. Jonas se quedó mirándola, fascinado.

–Vaya sándwich.

–No sé si voy a ser capaz de darle un mordisco. Quizá lo mío sea preparar sándwiches.

–¿Cómo?

–Tú mismo lo has dicho, me gusta hacer mezclas –dijo, partiendo el pan en pedazos más pequeños–. En Nueva York me preguntaron qué me gustaba hacer en mis ratos libres y les dije que visitar museos y exposiciones. Pero eso era lo que a Hugo le gustaba. No es que a mí no me gustara, pero no creo que fuera sola.

También les dije que cantar, pero eso solo lo hago contigo. No sé qué otra cosa me gusta aparte de trabajar.

–¿Así que hacer sándwiches es tu nueva afición?

–Siendo amante de la buena cocina, no estaría mal. O quizá debiera decantarme por el arte, ¿qué piensas?

–Créeme, el arte no es lo tuyo –dijo él sacudiendo la cabeza–. Pero no tienes que decidirlo ahora, ¿verdad?

–No, pero, si lo decido antes de ir, podré informarme mejor –contestó dándole un bocado al sándwich–. Te diré lo que tengo claro: no voy a salir con nadie del bufete y menos aún con el jefe. No volveré a tropezar con la misma piedra.

Jonas sonrió.

–Interesante declaración, teniendo en cuenta que ahora mismo soy tu jefe –dijo y su sonrisa se amplió al verla ruborizarse–. A la vista de cómo pasas las noches últimamente, no parece que hayas puesto en práctica esa decisión.

–Sí, pero no estamos saliendo –replicó ella sonriendo.

–¿No?

–No.

–Entonces… –dijo acercándose a ella y la tomó de la mano–, ¿cómo llamaría a lo que hacemos por las noches, señorita Bennett?

Al sentir su contacto, todos sus sentidos se pusieron en alerta.

Jonas la atrajo hacia él, deslizando las manos por sus brazos para bajar por su espalda hasta detenerse en sus omoplatos. Lawrie se estremeció al sentir los círculos que dibujaba con sus dedos y su respiración se aceleró. Se acercó aún más a él con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos entornados. Su expresión denotaba deseo. Él se inclinó, rozó sus labios con los suyos y empezó a darle besos por la mejilla antes de bajar por el cuello.

Lawrie suspiró y se apoyó en él mientras su lengua saboreaba su piel. Seguía moviendo las manos arriba y abajo de su espalda, deleitándose con la reacción que sus caricias y sus besos le provocaban.

–Jonas…

Fue deslizando una mano por encima de su camiseta y con la otra lo rodeó por el cuello.

Pero un sonido estridente proveniente de su bolso la interrumpió y Lawrie se apartó lentamente.

–Tengo que contestar.

Jonas asintió, se puso de pie y se alejó mientras ella rebuscaba en su bolso y sacaba el móvil.

Él cerró los ojos y respiró el aire proveniente del mar. Se sentía

pletórico. En algún momento de los últimos días, su entusiasmo por la vida había vuelto, sin que se hubiera dado cuenta de cuándo lo había perdido.

–Sí, sí, por supuesto. Me parece estupendo. Gracias. Sí, de acuerdo, lo haré. Adiós.

Lawrie colgó el teléfono y se quedó de pie, aturdida.

–¿Malas noticias?

–¿Eh? Ah, no. Era la agencia de colocación –respondió y una amplia sonrisa se formó en sus labios–. ¡El bufete de Nueva York me quiere! Se quedaron impresionados en la entrevista y quieren que empiece cuanto antes. ¿No es maravilloso?

–Sí, maravilloso –replicó Jonas forzando una sonrisa y la abrazó–. Claro que te quieren. Estarían locos si no fuera así.

Ella le devolvió el abrazo y se apartó. Sus ojos brillaban de excitación.

–Nueva York –dijo con expresión iluminada–. Todo está saliendo bien, Jonas.

–Por supuesto que sí. Has conseguido que así fuera.

Había trabajado mucho para que así fuera. Se lo merecía. Pero ¿por qué sentía como si se estuviera viniendo abajo su mundo?

–Bueno, ¿qué me estabas diciendo antes de que nos interrumpieran?

–Creo que deberíamos volver –dijo él, sin borrar aquella falsa sonrisa de sus labios–. Esta clase de noticias hay que celebrarlas con champán.

Se quedó sorprendida y algo decepcionada, pero no puso ningún reparo y lo ayudó a recoger mientras charlaban de Nueva York y de su futuro trabajo. Él la escuchó y le hizo preguntas, y no dejaron de hablar del tema hasta que llegaron a casa.

De nuevo, tenía la vista puesta en las brillantes luces de una gran ciudad.

Capítulo Diez

Las praderas estaban llenas de vida. Familias, parejas y grupos de amigos reían, charlaban y paseaban entre las tiendas de campaña para disfrutar del teatro, la lectura de historias y poemas, y la música. Los puestos de comida ofrecían cervezas y sidras, y todo tipo de alimentos, desde los tradicionales tés de Cornualles hasta comida india. En aquel momento, en el escenario principal, una de las bandas de música más conocidas de la zona tocaba ante un numeroso público. Aunque era extenuante, pero Lawrie estaba disfrutando cada minuto.

Se llevó la mano al auricular que la mantenía conectada por radio con el equipo de seguridad para comprobar que funcionaba. Sabía todo lo que pasaba dentro del recinto del festival. Incluso la noche anterior se había quedado a dormir en la autocaravana de Jonas, aparcada convenientemente allí para estar en el centro neurálgico de las actividades. Había dejado al lado de la cama su cuaderno y su teléfono para tenerlos a mano en todo momento.

No había dormido nada.

Ya era el segundo día y todo iba sobre ruedas. El sol seguía brillando, todos los músicos habían salido al escenario a su hora, los niños que se habían perdido habían sido encontrados enseguida, y no había habido ninguna intoxicación alimentaria.

–¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Se sobresaltó al sentir unas manos en los hombros.

–¿Te has sentado en algún momento en estos últimos dos días? –continuó Jonas–. ¿Has podido escuchar a alguno de los grupos que has contratado?

–La mayoría ya estaban contratados antes de que yo me hiciera cargo –respondió conteniendo el impulso de apoyar la espalda en él y olvidarse de sus preocupaciones.

–Ya está en marcha y todo va bien –dijo él, obligándola a darse la vuelta para mirarlo–. Deberías relajarte y disfrutar.

Lawrie estrechó contra su pecho la carpeta negra que había sido su compañera durante el último mes.

–Me relajaré dentro de veinticuatro horas, cuando sepa que todo ha salido bien.

–O quizá dentro de una semana, cuando no quede ni rastro de basura.

–Quizá –repuso ella sonriendo.

Como ella, Jonas iba vestido con ropa informal, con unos vaqueros, una camiseta y una gorra de béisbol.

–Al menos, deja que te invite a comer.

–No tengo hambre.

Aun así, estaba demasiado cansada para discutir, así que se acercaron a un puesto de falafel y dejó que le pidiera un rollito con ensalada de humus. El olor a cebolla frita y especias despertó su apetito, y le recordó que apenas había tocado el desayuno esa mañana.

–Parte del encanto del festival es la comida –dijo Jonas mientras ella daba cuenta del rollito–. Deberías experimentar más, probar otras cosas.

–No soy de andar experimentando.

–No estoy de acuerdo –comentó él echándose hacia delante.

Sintió su aliento junto al oído, como una brisa de verano, y una agradable sensación se extendió por todo su cuerpo. Aquella punzada de deseo la dejó paralizada. Tragó saliva e intentó controlar su cuerpo traidor. Debía de ser por el hambre, la falta de sueño y el ajetreo del día. Era imposible que siguiera deseándolo tanto.

Su tiempo allí casi había acabado.

Aquel repentino pensamiento la impactó. El dulce deseo que la había asaltado desapareció tan pronto como había surgido. Su tiempo juntos había llegado a su fin.

El otoño se acercaba. Para cuando empezaran a caerse las hojas, ella ya estaría al otro lado del océano, empezando una nueva vida. Jonas se quedaría allí.

Ambos sabían que las relaciones a larga distancia no funcionaban.

Lawrie forzó una sonrisa y lo miró, confiando en que no adivinara lo que estaba pensando.

–¿Has ido a algún concierto? –dijo ella, antes de dar otro bocado a su rollito.

A punto estuvo de suspirar de satisfacción. Quizá, después de todo, había sido la falta de alimento lo que le había provocado aquella debilidad, porque sentía que estaba recuperando las fuerzas con aquel delicioso rollito.

–¿Tan bueno está? –preguntó él divertido.

–Creo que tenía hambre –contestó mientras tragaba el bocado.

–Quizá ahora también admitas que te vendría bien echarte una siesta.

–Mejor un café, un poco de cafeína me vendrá bien.

–Al menos, ven al hotel y siéntate un rato mientras te lo bebes.

La tomó del codo y se abrieron pasó entre la multitud. Lawrie tenía que admitir que la idea de descansar un rato en una cómoda butaca le resultaba tentadora.

–¿Siguen tus padres aquí? –le preguntó al entrar en el vestíbulo.

Durante el festival, el hotel estaba reservado para los clientes VIP, pero no por eso estaba menos concurrido que las instalaciones al aire libre.

–No, se fueron después de una comida a base de marisco –contestó con voz neutra.

Lo miró de reojo, pero su rostro era inexpresivo. Se le encogió el corazón. Había sido todo un logro conseguir que sus padres visitaran el hotel durante el festival. Solo esperaba que no se volviera en su contra.

–Lástima, me habría gustado verlos.

–Quizá sea lo mejor –dijo dirigiéndole una cálida sonrisa–. Mi madre, a pesar de que piensa que eres demasiado buena para mí, no oculta su deseo de que volvamos a estar juntos y de que recupere a la nuera de sus sueños. No te preocupes, ya le he contado que pronto te irás.

Al menos, podría mostrarse algo apesadumbrado.

Si no estuviera tan cansada, podría pensar con mayor claridad. ¿Dónde estaba ese café?

Siguió a Jonas hasta su despacho y se acomodó en el sofá.

–Estás agotada.

–Claro que no. Pero me vendrá bien un café.

No pareció muy convencido y le hizo prometer que no se levantaría del sofá. Luego, desapareció para prepararle el café. Lawrie se recostó en los cojines y suspiró. Había confiado en que los padres de Jonas, al ver el festival en plena efervescencia, se darían cuenta de todo lo que Jonas había logrado. Pero al parecer se había equivocado.

Tal vez debería aceptar que algunas cosas era mejor no tocarlas. Si hubiera seguido su plan inicial y se hubiera mantenido alejada de Jonas, su estado de ánimo sería diferente y estaría más concentrada en los cambios que se iban a producir en su vida.

Suspiró. Estaría más entusiasmada, más optimista. Aquello era lo que siempre había deseado.

Sin embargo, era como si su vida hubiera sido en blanco y negro durante los últimos nueve años, y el color hubiera vuelto repentinamente. La diferencia era increíble. Solo tenía que

averiguar cómo mantener el tecnicolor cuando se fuera, cuando volviera a empezar de nuevo.

–También te he conseguido un trozo de tarta de zanahoria –dijo Jonas al volver al despacho cargando con una bandeja–. El azúcar y la cafeína te vendrán bien.

Dejó la bandeja en la mesa de centro y sirvió una taza de café. Después, le añadió un poco de leche.

–No puedo creer que me hayas hecho adicta al café otra vez –comentó Lawrie antes de dar un sorbo.

–Vas a mudarte a Nueva York, no querrás que te tomen por una británica maniática del té, ¿verdad?

–Por supuesto que no.

Tomó de la bandeja el plato de tarta, partió un trozo con el tenedor y se quedó mirándolo.

–¿Vas a comértelo o simplemente a estudiarlo?

–Ya me lo como –dijo y se metió el trozo en la boca–. ¿Qué han tomado, mariscada o pescado frito?

–¿Qué?

Jonas se quedó observándola mientras chupaba el tenedor. Ella se sonrojó y partió otro pedazo, como si no hubiera reparado en su mirada.

–Hablo de tus padres. Seguro que han preferido el marisco, aunque la fritura está deliciosa.

–Ah, mis padres. Marisco. Les gustan las cosas llamativas y extravagantes, así que han tomado langosta.

–¿Han visto algún concierto?

–Sí, claro. Les he hecho una visita guiada completa.

–¿Y…?

–No se han lanzado a mi cuello llorando, arrepentidos por haberme ignorado todos estos años, ni me han prometido un futuro mejor.

Su tono era despreocupado, sin el doble sentido ni la amargura con la que solía hablar de sus padres.

–Claro que tampoco han hecho ninguna crítica –añadió–, ni se han mostrado decepcionados o disgustados. Se quedaron a comer y dijeron que estaba bastante bien, así que, creo que ha sido un éxito.

–Un éxito total.

Jonas alargó la mano y le apartó un mechón de pelo. Sus miradas se encontraron. Lawrie sintió la boca seca y se humedeció los labios con la lengua. Habían estado juntos todas las noches de las últimas semanas, pero aquello era diferente. Por un lado le gustaba, pero por otro no. Ya habían pasado por aquello antes.

–Tengo que irme –anunció con voz temblorosa–. Tengo que seguir supervisando el festival.

Él permaneció sentado, observándola con aquella mirada desconcertante, como si pudiera adivinar sus pensamientos. Lo tenía muy cerca. Tan solo tenía que alargar el brazo y tirar de ella para tenerla en su regazo.

Pero si dejaba que lo hiciera, nunca querría marcharse.

Jonas no se movió ni hizo nada para disuadirla. Se limitó a observarla acabarse el café, antes de que tomara la carpeta y se marchase.

Trabajo, esa era siempre la respuesta. Y aquello era el sueño de cualquier adicto al trabajo. Nada más salir del despacho, Lawrie tuvo que encargarse de resolver un problema con uno de los cantantes y, para cuando lo solucionó, se las había arreglado para apartar a Jonas de su cabeza. Tenía que olvidarse de él hasta que recuperara el control de sí misma.

Ya no era la mujer frágil que había llegado de Londres un mes antes, pero tampoco la mujer que aparentaba ser en Cornualles. Allí solo estaba desempeñando un papel.

Tenía mucho que hacer.

Ocho horas más tarde, la comida era un vago recuerdo. Apenas había tenido tiempo de beber agua y había caminado un montón de kilómetros. Para el año siguiente, les recomendaría unos carros de golf.

–Por fin te encuentro.

Lawrie se volvió y parpadeó repetidas veces. Todo parecía distorsionado. La luz le resultaba cegadora, y la gente y los objetos apenas eran unas manchas. Los sonidos eran una cacofonía de notas y gritos.

Se tambaleó y se llevó una mano a la cabeza.

–Lawrie, ¿estás bien?

Jonas. Dio un paso hacia él y se detuvo, tratando de reunir las fuerzas necesarias para contestar.

–Sí, solo estoy un poco cansada.

Había hecho mucho calor durante el día, aunque en aquel momento estaba temblando de frío, rodeándose con sus brazos para entrar en calor.

Notó que la tomaba de la barbilla para levantarle el rostro. Intentó mirarlo a los ojos, pero tuvo que cerrarlos.

–Te dije que descansaras. Quedan veinticuatro horas de festival

y no vas a poder soportarlo –dijo y, sin hacer caso a sus protestas, la tomó del codo y tiró de ella.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó tratando de soltarse.

–Voy a llevarte a casa para que duermas. Si te quedas aquí, no desconectarás –repuso y sacó el móvil–. Fliss, te quedas al mando durante las próximas doce horas. Lawrie va a tomarse un descanso.

Lawrie oyó la voz de Fliss al otro lado de la línea. Quiso decirles que estaba bien, pero no encontró las palabras.

–¿Estáis confabulando contra mí?

–Si es necesario…

–Está bien, pero solo una cabezada.

–Vas a descansar toda la noche. Puedes volver mañana por la mañana, pero no antes. Y ya veremos cómo estás.

–Sí, jefe.

Le resultaba imposible formar palabras así que no pudo protestar mientras Jonas la conducía entre la multitud hasta el aparcamiento.

Lawrie se sentó en el coche y cerró los ojos. Medio dormida, no reparó en el camino hasta que oyó el chirrido de los frenos. Entonces, volvió a abrir los ojos y miró a su alrededor. Estaban en la parte antigua, en la zona de las antiguas casas de pescadores, junto al puerto.

–Esta no es mi casa –murmuró somnolienta.

–Es mi casa –dijo Jonas y le desabrochó el cinturón de seguridad–. No me fiaba de que fueras a quedarte en la tuya.

–Estoy demasiado cansada para volver –replicó y lo siguió por la calle.

Estaban en la parte más alta, rodeados por el acantilado, con vistas sobre los tejados que se extendían hasta el puerto. Jonas se detuvo junto a una casa en curva y abrió la puerta.

–¿Esta es tu casa? ¿La compraste?

–Sí, pasa.

Se quedó mirándolo. ¿Se acordaría de que siempre habían soñado con comprar aquella casa cuando tuvieran dinero? Las había más grandes y más imponentes, pero aquella casa tenía algo que siempre le había gustado más que las demás. Las esquinas, las diferentes alturas, el jardín de la azotea… Siempre le había gustado y ahora era de Jonas.

–Lawrie, ¿estás bien?

–Sí, voy.

Entró en la casa de sus sueños, y comprobó que por dentro era tal y como la había imaginado. El vestíbulo que dividía la casa en

dos mitades irregulares tenía el suelo de adoquines grises y de él arrancaba una escalera curva, con su barandilla de madera.

No pudo ver más. Jonas la condujo directamente arriba. Después, tomó un pasillo a su izquierda y se detuvo ante la primera puerta.

–Ninguna de las otras camas está hecha, pero mis sábanas están limpias.

Se quedó mirándolo incrédula, luego sonrió.

–Jonas, hemos dormido juntos casi todas las noches del último mes. Además, estoy tan cansada que me daría igual que no hubieras cambiado las sábanas en semanas.

–Tienes razón –dijo él sonriendo.

El dormitorio era amplio, de forma rectangular, con dos pequeñas ventanas en los anchos muros. Una enorme cama con el armazón de roble dominaba la estancia.

–Bueno, dejaré que te pongas cómoda. Ahí está el cuarto de baño –añadió señalando una puerta al fondo–. Volveré por la mañana con ropa limpia y el desayuno. Ahora duerme, ¿de acuerdo?

–Está bien –respondió sin poder apartar la vista de las almohadas.

Apenas Jonas cerró la puerta, Lawrie se quitó los zapatos y empezó a desvestirse. Se metió en la cama en camiseta y bragas y cerró los ojos.

Mientras se quedaba dormida, los acontecimientos del día se fueron sucediendo en su cabeza. ¿Por qué se había sentido tan incómodo de que durmiera en su cama? Solo se habían acostado para tener sexo. Algunas veces se habían quedado dormidos después y otras, él se había marchado a su casa. Abrirle su cama y su casa era dejarla entrar en su intimidad. Eso la asustaba, a la vez que la reconfortaba.

Poco a poco, se fue dejando llevar por el sueño.

Jonas decidió que no merecía la pena volver al hotel. Después de todo, Fliss podía seguir ocupándose unas horas más. Además, estaba a apenas quince minutos en coche, menos tiempo del que se tardaba en recorrerlo de un extremo a otro caminando.

Había parado en casa de Lawrie para recoger una muda y había tardado más de lo que había pensado. Se había sentido incómodo al rebuscar entre sus cosas para elegirle la ropa.

De vuelta en su casa, se fue al salón y se sentó en el extremo del

sofá de cuero, con la mente puesta en la habitación de arriba en la que Lawrie dormía. Había evitado llevarla a su casa, a la casa que siempre le había gustado tanto.

Apartó la vista del techo y se fijó en la acuarela que colgaba sobre la chimenea. En él se representaba una muchacha sentada en una roca, contemplando el mar, con el pelo revuelto por el viento. Estaba de espaldas y solo se le veía el perfil. Era Lawrie.

Aquel retrato se lo había hecho un pintor que había estado de paso un verano. Unos años más tarde, Jonas lo había buscado y lo había comprado.

Nunca se había parado a pensar la razón por la que había comprado aquella casa en particular. Era la casa con la que Lawrie y él habían soñado. Podía haberse comprado otra más grande y lujosa, pero allí se sentía a gusto.

Era la casa que a ella le había gustado, con su retrato colgado de la pared.

Se incorporó, sintiendo que se le disparaba la adrenalina. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué había hecho durante los últimos nueve años? Durante aquellos años se había vanagloriado de lo independiente que era, de no haber necesitado a nadie. Era patético.

Con razón seguía soltero. ¿Cómo podía competir una mujer real con un fantasma? Nunca le había dado una oportunidad a ninguna. Por divertida, sexy o interesante que fueran, siempre echaba de menos algo. Ninguna de ellas eran Lawrie.

Quizá nunca había perdido la esperanza de que volviera, y de nuevo la tenía de vuelta en su vida y en su cama.

Pero estaba a punto de marcharse. Podía intentar hacerle cambiar de opinión, pedirle que se quedara. Podía correr junto a ella y decirle lo que sentía.

¿Y entonces qué?

Jonas se levantó y se acercó al cuadro. Allí estaba ella, con la mirada perdida en el horizonte, en el futuro. Siempre había tenido grandes aspiraciones.

En aquel momento se sentía vulnerable. La pérdida de su empleo y de su prometido le habían afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Podía aprovechar aquel temor y hacer que se quedara.

¿Pero entonces qué?

Sabía muy bien lo que pasaría. Se iría confinando y empezaría a culparlo. Otra vez. Luego la vería marcharse y salir de su vida, y quizá esta vez no volviera nunca.

O podía dejarla marchar y continuar con su vida.

Miró el reloj que estaba encima de la repisa de la chimenea. Quedaban ocho horas para despertarla. No le vendría mal descansar un poco también. El sofá era lo suficientemente largo y cómodo. Aun así, no podía relajarse.

Aquello era ridículo. Tenía una cama estupenda en el piso de arriba. A Lawrie no le importaría.

Enseguida se quedó dormida. Apartó las sábanas con las piernas y las dejó al descubierto. La curva de su cadera cubierta por seda negra contrastaba con la blancura de su piel. Se quedó mirándola y sintió ternura hacia su preciosa e inteligente esposa.

Más bien, exesposa. Aquellas dos letras marcaban la diferencia.

Jonas se quitó los zapatos y los pantalones y se metió en la cama a su lado. Se colocó junto a ella y la rodeó con el brazo.

–Te quiero –susurró–. Siempre te querré.

Con los ojos abiertos y dando vueltas a la cabeza, Jonas permaneció tumbado, abrazado a Lawrie, deseando que el tiempo se detuviera y la noche durara para siempre.

Capítulo Once

Había sido por culpa de la fogata. Si Lawrie no hubiera asistido a la fogata de cierre del festival, si no se hubiera encontrado con viejos amigos ni cantado canciones que creía no recordar, si no hubiera tomado en brazos a bebés, ni hubiera escuchado la historia de cómo se habían conocido algunas parejas. Si no hubiera pasado la noche observando a Jonas iluminado por las llamas, riéndose, mirándola con aquella ternura en sus ojos. Si después de la fogata no hubieran vuelto a la autocaravana, si no hubieran hecho el amor…

Si no hubiera sido por todo aquello, se habría marchado nada más acabar el festival. Habría tomado sus maletas y se habría ido sin más.

De esa manera, no habría tenido que buscar las palabras para despedirse.

–Estás muy callada.

De nuevo, Jonas la llevaba al aeropuerto. Esta vez, no habría viaje de vuelta.

–Estoy un poco nerviosa –dijo, forzando una sonrisa.

–Lawrie Bennett, abogada, organizadora de festivales y animadora de fogatas, ¿nerviosa? No me lo creo.

Se le veía tranquilo y animado, como si no le importara que se marchase. Y aunque no quería una escena, le agradaría verlo un poco triste. Sería señal de que el tiempo que habían pasado juntos había significado algo para él.

¿Y si le pedía que se quedase?

Apartó aquella idea de su cabeza y buscó algo de qué hablar.

–¿Crees que me parezco a mi madre?

Nada más hacer aquella pregunta, se arrepintió.

–No te imagino abandonando a una hija adolescente para irte a la India. ¿Por qué lo preguntas?

¿Qué podía decirle? ¿Que no estaba segura de querer irse?

–Ni siquiera sé lo que quiero. No sé qué Lawrie es más auténtica, si la que va en pantalones cortos organizando festivales y disfrutando de las playas o la abogada impecable que triunfa en la gran ciudad. Me preocupa ser como mi madre, camaleónica.

Era cierto. Siempre había querido pasar desapercibida, pero quizá había llegado el momento de aprender a destacar.

–Tu madre ha pasado la vida buscando, tú haciendo. Llevas toda la vida luchando por conseguir algo y desde que te conozco has estado trabajando. Eres aplicada y resuelta, no como ella que siempre ha perdido el tiempo con sus sueños y sus cuentos de hadas.

–Ni siquiera estoy segura de que lo que me gusta, me gusta de verdad o simplemente por ti o por Hugo. ¿Ves? Soy un camaleón.

Jonas rio y aquel sonido la tranquilizó.

–Te prometo que no lo eres. Quizá, adaptándote a los intereses de los demás, te resulte más sencillo concentrarte en lo que es verdaderamente importante para ti.

Jonas se quedó callado mientras hacía un adelantamiento y Lawrie aprovechó para asimilar sus palabras.

La entendía muy bien, incluso en algunos aspectos mejor que ella.

–Creo que puedes ser ambas. Lo uno no quita lo otro. Puedes disfrutar de la ciudad tanto como de la playa, no tienes por qué elegir. Bueno, ya hemos llegado.

Sorprendida, reparó en que Jonas se dirigía al aparcamiento del aeropuerto. Al parecer, tenía pensado acompañarla dentro de la terminal.

El pánico se apoderó de ella. No podría soportar una despedida emotiva. Nunca se le habían dado bien las despedidas.

–No tienes por qué quedarte.

–¿Estás segura? –preguntó mirándola de reojo.

Ella esbozó una gran sonrisa.

–Por supuesto. No hace falta que pierdas un hora en el aeropuerto. Además, no tengo mucho equipaje. La semana pasada mandé la mayoría de mis cosas. Me iré a la sala de espera a leer un rato. Puedes irte si quieres.

Su voz tenía un ligero matiz del que Jonas no pareció percatarse. Dio media vuelta y se dirigió a la zona de bajada de viajeros.

Detuvo el coche y se quedaron allí sentados.

–Bueno, ya estamos aquí.

–Sí.

–Voy a sacarte el equipaje.

Una vez más, rodeó el coche y sacó su maleta. Ella salió del coche, dispuesta a entrar en la terminal y marcharse.

–¿No se te olvida nada, verdad? La maleta, el ordenador, el bolso, la chaqueta, el billete, el pasaporte…

–Sí, lo tengo todo.

–Pues ya está.

Empezó a caminar hacia el coche, dejando a Lawrie en la acera sola con sus maletas.

«Pídeme que no me vaya».

Lawrie tomó la maleta. Ahí acababa todo. Lo miró, apoyado tranquilamente en el capó, indiferente al resto de coches que esperaban para ocupar su espacio. Su expresión era inescrutable.

–¿Lawrie?

Se detuvo, esperanzada.

–Recuerda: el té se toma caliente y no frío, y la gelatina siempre con helado.

Se quedó planchada y se obligó a sonreír.

–Pensé que querías que me integrara.

–Integrarte, sí, pero nada más.

El mundo se le había venido abajo. Solo era consciente de su presencia. Todo un océano los separaba ya. La decisión estaba en sus manos y eso la asustaba.

Lawrie respiró hondo.

–Podría haberme quedado si hubieras querido que lo hiciera. Si me lo hubieras pedido, me lo habría pensado.

«Dime que me necesitas, que no puedes vivir sin mí. Dime que esta vez será mejor, que lo nuestro puede funcionar».

–¿Por qué? –preguntó él sin cambiar de expresión.

Lawrie no sabía muy bien qué esperaba. ¿Que cortésmente la rechazara y le dijera que se fuera? ¿Que corriera hacia ella y la levantara entre sus brazos como en las películas románticas?

–Son los nervios de última hora –dijo tratando de mantener su orgullo–. Ya sabes que no me gustan las despedidas. He pasado unas semanas maravillosas. Olvida lo que he dicho.

–¿Qué pasaría si te lo pidiera?

Su voz no sonaba con la emoción que era de esperar. No sonaba cálida ni reconfortante ni tierna.

–¿Crees que aguantarías hasta final de año, hasta el próximo verano? ¿Cuánto tiempo tardarías en culparme por estar aquí y no en Nueva York?

Aquellas palabras le causaron un profundo dolor.

–No puedo creer que digas eso –susurró, debatiéndose entre el llanto y la ira–. Solo te he preguntado…

–Me estás pidiendo que tome una decisión por ti. ¿Quieres quedarte, Lawrie? Pues quédate. Toma la decisión y asume las consecuencias. No le pidas a otra persona que decida por ti para luego echarle la culpa si las cosas no salen bien.

–No estoy haciendo eso.

–¿Ah, no? ¿No me culpaste por retenerte aquí, por casarte tan joven?

Empezaba a refrescar y se estremeció.

–¡Éramos jóvenes!

–Tú misma dijiste que seguirías con tu ex, haciendo planes de boda, si no te hubieras visto obligada a romper con él –dijo Jonas sacudiendo la cabeza–. No, Lawrie, asume tu responsabilidad y decide qué demonios quieres hacer. Quizá luego podamos hablar.

La indecisión de Lawrie había desaparecido y, en su lugar, una incontenible furia la invadía. ¿Cómo se atrevía a hablarle de aquella manera?

–No necesito hablar. Es evidente que cometí un error, gracias por recordármelo.

Tomó la maleta, se dio media vuelta y se alejó caminando con toda la dignidad que fue capaz de reunir, con sus ojos clavados en la espalda.

Nadie le había advertido del frío que podía hacer en Nueva York. Apenas había empezado el otoño y las temperaturas habían bajado considerablemente. El viento soplaba con fuerza y llovía con ganas.

Tampoco tenía mucho tiempo para andarse fijando en la meteorología. Nueva York presumía de ser una ciudad que nunca dormía e intentaba estar al tanto de todo lo que en ella ocurría.

Había encontrado un pequeño estudio cerca de la oficina, pero pasaba casi todo el tiempo trabajando en su despacho, así que al final solo lo usaba para dormir y ducharse.

Hugo se había casado con su secretaria, Helen, y todas las páginas sociales mostraban la foto de la boda, con Hugo algo más gordo, rodeando con su brazo posesivamente a la novia. La noticia recogía todos los detalles del embarazo de Helen, desde los posibles nombres para el bebé, hasta sus síntomas.

Aunque le daba vergüenza ajena, en el fondo se sentía algo celosa. No de Helen y Hugo exactamente, sino de la felicidad que transmitían aquella clase de noticias. Por muchos contratos que consiguiera cerrar, nada igualaba a eso.

Jonas no se había puesto en contacto con ella ni había sabido nada de él. Tampoco ella lo había llamado.

Sus últimas palabras resonaban una y otra vez en su cabeza, no solo cuando estaba sola, sino en los momentos más inesperados: en reuniones, en el gimnasio, paseando por la calle…

«Asume tu responsabilidad».

Y la furia volvía a invadirla, aunque cada vez con menos fuerza.

Al mismo tiempo, una voz en su interior no dejaba de hacerle preguntas. ¿Y si pudiera volver a hacerlo todo otra vez? ¿Se quedaría con él? ¿Le diría que lo amaba?

–¿Vas a celebrar una fiesta este año?

Molesto, Jonas levantó la vista.

–¿Qué?

–Te pregunto si este año vas a celebrar una fiesta por tu cumpleaños –dijo Fliss.

El cumpleaños de Jonas coincidía con el último fin de semana del verano y solía dar una gran fiesta en Boat House. Los vecinos celebraban que recuperaban la tranquilidad después de meses invadidos por los veraneantes.

No le apetecía nada, pero no podría soportar las especulaciones si ese año no lo hacía.

–No lo había pensado. Supongo que sí.

–¿Cómo que supones que sí? Deberías decirme: gracias, Fliss, por supuesto que lo celebraré, dejaré esta mala cara en casa y trataré de divertirme.

–Ya está bien –protestó.

–En serio, Jonas, llevas semanas de un humor de perros. Incluso a mí me está costando soportarte y tengo más capacidad para aguantarte que la mayoría.

Jonas giró su silla y se quedó mirándola.

–Venga ya. Sé que he estado un poco… ocupado. Han pasado muchas cosas y estoy seguro de que lo sabes: hemos abierto nuevas cafeterías, dos hoteles, estamos preparando una línea de ropa para el año que viene…

–Lo sé, yo también trabajo aquí, ¿recuerdas?

–Hay más cosas en la vida que hacer surf. De vez en cuando, hay que trabajar.

–Pero hay que tener un poco de equilibrio. ¿Cuándo ha sido la última vez que has salido con una tabla? El día en que se marchó Lawrie.

–¡No pronuncies su nombre!

Lo dijo sin querer y, al instante, se arrepintió. Pero Fliss no pareció sorprenderse y lo miró con lástima.

–Solo porque su marcha haya coincidido con una época de mucho trabajo, no significa que mi estado de ánimo tenga que ver

con ella.

–Ya hemos pasado por esto antes –le recordó Fliss–. Aquel verano cuando se marchó, justo antes del tercer festival, cambiaste. Te volviste brusco y desconsiderado, y volviste loco a todo el personal. Te dedicaste a trabajar día y noche y, un año más tarde, con cinco cafeterías más, tenías una pequeña cadena.

–Y un puesto para ti.

–Sí, un puesto para mí –convino–. Pero me lo gané, al igual que ahora mismo también me lo estoy ganando actuando de puente entre tú y los empleados, tratando de mantener tu ritmo sin perder personal.

–Sé lo que estoy haciendo –dijo con frialdad.

–Sí, todos sabemos lo que estás haciendo. Te estás refugiando en el trabajo para olvidarte de Lawrie. Después de todo, ya te funcionó en otra ocasión. ¿Te está funcionando ahora también?

–Quería que le pidiera que se quedara –respondió sin poder evitarlo.

Fliss no pareció sorprenderse.

–¿Lo hiciste?

–No, le dije que se fuera.

–¿Por qué?

La misma pregunta que le había hecho a Lawrie, la pregunta que había borrado toda esperanza en su mirada y que la había dejado devastada.

Sacudió la cabeza, tratando de aclararse las ideas.

–Porque no es a mí al que le corresponde tomar esa decisión. Si quisiera estar conmigo, estaría aquí. No tendría por qué pedírselo yo.

–Jonas, os quiero a los dos, pero tú eres mi mejor amigo además de mi jefe y estoy preocupada por ti. Así que te pido, por el bien de todos, que vuelvas con ella o que la olvides para siempre.

Volver con ella. Aquellas palabras no dejaron de resonar en su cabeza mientras caminaba de vuelta a casa. A pesar de que Lawrie apenas había pasado allí doce horas, cada rincón le traía un recuerdo de ella. En la cama, no podía dejar de recordar su cuerpo acoplado al suyo, su respiración profunda, la suavidad de su pelo al acariciarlo…

¿Cómo iba a volver con ella si nunca la había tenido? Lo había intentado casándose con ella, pero a pesar del vínculo legal, ella se había ido.

Se detuvo y se quedó mirando los reflejos de las farolas en la oscuridad de las aguas.

«Si quieres a alguien, déjalo libre».

¿Qué clase de pensamiento era ese? Cuando se amaba a alguien, nunca se le debería permitir que se fuera. Pero eso nunca lo había hecho. Nunca la había apoyado ni había ido tras ella.

Lentamente se volvió y se quedó mirando aquel pueblo que era su hogar, toda su vida. Se sentía prisionero.

Empezó a caminar de nuevo, sin dejar de dar vueltas a su pasado. Había visitado Oxford un puñado de veces. Nunca se había sentido cómodo en una ciudad y se había negado a ir a Londres el primer verano en el que ella había estado haciendo prácticas allí.

Se sintió avergonzado. Era su marido y la había fallado. No debía de haber sido fácil para ella alquilar una habitación en un suburbio y viajar una hora cada mañana para trabajar durante doce en una ciudad en la que no conocía a nadie. Se habría sentido muy sola y nunca la había visitado, ni la había sorprendido apareciendo inesperadamente en su puerta. ¿Qué clase de marido había sido?

Un viento frío soplaba desde el mar. Siempre había pensado que había sido ella, por su dedicación al trabajo, la causante de que su relación terminara. Pero él había tenido tanta culpa como ella.

Si hubiera dado el paso entonces y se hubiera ido a vivir con Lawrie, ¿seguirían juntos? Suponía que habría sido un desastre, que se habría sentido avergonzada por tener un marido sin profesión y no le habría sido fácil encontrar trabajo. Jonas sacudió la cabeza. La había subestimado y, lo que era peor, se había subestimado.

Se quedó mirando la oscuridad y escuchando el viento, el sonido de las olas rompiendo contra la dársena. Sentía las diminutas gotas de agua en su piel y el sabor a sal. Siempre había pensado que allí tenía su hogar. Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan vacío?

Abatido, se dio media vuelta y volvió a casa.

–Lawrie, este fin de semana nos vamos a los Hamptons. A mi esposa le gustaría que vinieras. Te presentaremos a algunos amigos.

La expresión de aquel hombre era sincera y Lawrie se sintió agradecida.

–De verdad, Cooper, estoy bien. He estado trabajando todos los fines de semana desde que llegué y creo que es hora de que salga a conocer la ciudad. Tal vez en otra ocasión.

–Cuando quieras. Disfruta del fin de semana.

–Lo haré.

Esa era su intención, o al menos intentarlo. Llevaba allí casi un mes. Ya era hora de ir echando raíces, de comprarse un apartamento y tener un gato.

Entonces, se preocuparía por salir más, hacer amigos y tener citas. Pero todavía no.

Se puso el abrigo y la bufanda, y salió de la oficina. Eran casi las siete y el edificio estaba vacío. El viernes anterior había trabajado hasta las diez, y el anterior también. Tenía por delante una noche larga y solitaria.

«Esta es la ciudad que nunca duerme. Voy a divertirme».

Podía ir de compras, pensó. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba de compras?

Una hora más tarde, Lawrie se sentía más animada. Un vestido de punto y unas botas de marca habían ayudado a que así fuera.

«Quizá lo mío sea la ropa. Tengo un buen sueldo, estoy soltera y vivo en Nueva York. Vestir bien es una obligación».

Mientras recorría la planta baja de unos grandes almacenes, los accesorios para caballero llamaron su atención: carteras de piel, maletines, guantes… No solo las mujeres se preocupaban de mostrarse estilosas.

Entonces vio una preciosa bufanda de cachemir, en tonos grises, negros y morados, y con un estampado que le recordó las noches invernales de Cornualles. Lawrie se detuvo en seco y acarició el suave tejido de lana. Tomó la bufanda, se acercó al mostrador para pagar y contuvo una exclamación cuando oyó la desorbitada cantidad que le pidió la dependienta.

Quedaban dos días para el cumpleaños de Jonas. Estaría bien mandarle un regalo.

Una vez se lo envolvieron, se quedó inmóvil con el paquete entre las manos. De repente sentía nostalgia. Trató de contener aquella emoción. Una vez se acostumbrara a Nueva York, todo sería más fácil. Tenía que tomarse una copa, así que salió a la calle.

–¡Taxi! –gritó levantando el brazo.

A veces, por más intención que se pusiera, era imposible lograr el estado anímico adecuado. Lo estaba intentando. Estaba sentada en un taburete de un lujoso bar, leyendo la carta de combinados mientras observaba al resto de clientes. Se sentía distante, como si fuera parte del público de una obra de teatro. Tenían el mismo aspecto que ella. Eran jóvenes, atractivos, pudientes, con ropa de marca y peinados de peluquería, pero se sentía diferente. No solo

porque estuviera sola, sino porque sabía que todo aquello era una farsa.

Sin el vestido y los tacones, sin aquel elaborado maquillaje y aquel estiloso peinado, ¿quién era ella? Lawrie Bennett, hija de una madre adolescente, hijastra, nieta, esposa, divorciada… Tantos vínculos y sola. Podía desaparecer en aquel instante y nadie la echaría en falta hasta que el lunes no apareciera en la oficina.

Lawrie sonrió con amargura, imaginándose el revuelo si no estuviera a las siete y media sentada en su mesa, tomándose un café, recién duchada después de una sesión de media hora en el gimnasio.

También podía ser impulsiva, aunque, la última vez que lo había sido, había acabado besando a Jonas Jones y eso no la había llevado a ninguna parte. Bueno, había disfrutado de un sexo increíble y se había divertido con un hombre que la entendía y la aceptaba como era.

Quizá ser impulsiva no estaba tan mal después de todo.

Levantó la vista y se encontró con la mirada del camarero.

–Un gimlet, por favor.

No sabía muy bien qué era, pero le evocaba escenas de safaris, con intrépidos cazadores, relajándose con una copa de ginebra en mitad de sus emocionantes aventuras.

¿Cuándo iba a tener una aventura emocionante?

Dio un primer trago a su bebida e hizo una mueca, luego un segundo llevó a un tercero. Se acomodó en su asiento y miró a su alrededor. Frente a ella había otra mujer solitaria, tomando un cóctel, mientras tecleaba en un ordenador portátil. Parecía unos diez años mayor que ella. De repente, la mujer apartó la vista de la pantalla y se quedó mirando a un grupo que reía. Su expresión era de tal desolación, de tal tristeza, que Lawrie se sintió avergonzada de estarla observando y desvió la mirada. Cuando volvió a fijarse en ella, había recuperado su expresión fría y profesional.

«Esa podría ser yo dentro de diez años si las citas, el gato y mis intentos por integrarme no funcionan. Si solo me dedico a trabajar, llegaré a ser socia del bufete, a ser admirada y respetada, pero acabaré bebiendo sola en un bar los viernes por la noche. Lo mismo que estoy haciendo ahora mismo».

Sintió pánico y durante unos segundos fue incapaz de respirar. ¿Era eso lo que quería?

Sacó un billete arrugado, lo dejó sobre la mesa y se terminó el cóctel antes de recoger sus cosas y salir del bar.

Tomó un taxi en la puerta, le dio la dirección al conductor y se

recostó en el asiento, mirando la ciudad desde la ventanilla. El ambiente estaba cambiando. Los oficinistas daban paso a gente con ganas de divertirse. Era viernes por la noche y la ciudad empezaba a despertarse.

¿Cuándo iba a despertarse ella?

Al borde del pánico, Lawrie sacó el teléfono móvil y revisó los correos electrónicos. Eligió una dirección y empezó a escribir. Tenía que tomar una decisión, tenía que hacer algunos cambios. Acababa de ver su futuro ante ella y no le había gustado. Ropa, cócteles, éxito, nada de eso importaba si por dentro se sentía vacía.

Sin Jonas estaba vacía. Había tardado nueve años en darse cuenta.

Se sintió aliviado de que todo hubiera terminado. Había ido a comer con sus padres por primera vez en doce años y el hecho de que fuera su cumpleaños no lo había hecho más fácil. Pero le había parecido lo correcto. Incluso había conseguido hacerlos sonreír en un par de ocasiones.

Era la primera vez que los tres habían celebrado algo juntos. Antes, todas las navidades, cumpleaños y demás celebraciones las habían hecho en el comedor del hotel, rodeados por los huéspedes. Su vida familiar siempre había sido pública. Con razón le gustaba tanto estar a solas. Estaba deseando irse a casa y relajarse.

Pero, a pesar de que no le apeteciera, le esperaba una fiesta en Boat House.

Hacía una agradable noche otoñal, perfecta para pasear, aunque el aire frío anunciaba el cambio de estación. Decidió dejar aparcado el coche en su casa y pasear hasta el puerto para así despejarse la cabeza y pensar una vez más sus planes.

Las calles que llevaban al puerto eran estrechas y serpenteantes, pero estaba acostumbrado a circular por ellas. Aparcó el coche, se bajó y respiró el aire frío del mar. Se quedó inmóvil, contemplando la calle en cuesta que bajaba hasta el mar, iluminada tan solo por la luna y las estrellas. Aquella era su vista favorita. La echaría de menos.

Por un segundo, dudó. Podía quedarse en casa, con una copa de whisky, música, un buen libro… Pero se lo había prometido a Fliss.

Comenzó a bajar la cuesta y se hizo a un lado al ver un coche doblar la esquina. No todos los conductores tenían la misma pericia que él. El coche se detuvo junto a su casa.

¿Quién demonios iba a visitarlo a aquellas horas?

Vio una figura bajarse y cerrar la puerta, antes de que el coche volviera a ponerse en marcha y se alejara.

El corazón se le aceleró al ver a aquella esbelta figura, a contraluz de la farola de la esquina.

–¿Lawrie?

Ella se sobresaltó.

–Feliz cumpleaños.

–¿Has venido hasta aquí solo para felicitarme?

–No, he venido a traerte un regalo. Se me hizo tarde para mandártelo por correo, así que aquí… –dijo ofreciéndole el paquete–. Ábrelo.

–¿Aquí?

Lawrie se encogió de hombros, observándolo a la luz de las farolas. Tenía el pelo revuelto y se le veía cansado, pero estaba muy guapo. Sonriendo, se dispuso a abrir el paquete.

–Es una bufanda.

–Ya lo veo. ¿Y la has comprado para mí?

–Me recordó a ti –respondió, incapaz de mirarlo a los ojos.

–Me encanta. ¿Ahora nos vamos a dedicar a regalarnos bufandas?

Ella levantó la vista del suelo, sonriendo.

–Eso parece.

–Me gustan las tradiciones, creo que deberíamos tener la nuestra, una que a los nietos les parezca tierna y conmovedora.

–¿Nietos?

–A mí me parece bien, ¿y a ti?

Le sudaban las manos y sentía un nudo en el estómago. ¿Qué quería decir?

–Nunca me había parado a pensarlo –mintió.

No había dejado de torturarse imaginando la vida alternativa que habría tenido con él.

–Claro que, para tener nietos, antes hay que tener hijos –comentó él como si tal cosa.

–¿Quieres que tengamos hijos, Lawrie?

–¿Nosotros?

Jonas dio un paso hacia ella, la tomó de las manos y la miró con tanta ternura que de repente se sintió más tranquila, más preparada para escuchar lo que tuviera que decirle.

–Te quiero, Lawrie. Te he querido desde que tenías dieciséis años y nunca he dejado de hacerlo. Fui un estúpido dejándote

marchar, pero no permitiré que vuelva a ocurrir. Si me dejas, prometo dedicar cada segundo a compensarte.

El nudo de su garganta se había duplicado. Las lágrimas de sus ojos apenas le dejaban ver su rostro.

–Yo…

–Soy muy práctico. No necesito entrevistar a cada empleado que contrato ni estar encima de cada detalle. Ya pago a gente para que haga eso por mí. Es evidente que tendré que viajar continuamente, pero puedo vivir donde quiera, ya sea en Nueva York, en Sídney o en Kuala Lumpur. Puedo vivir allí donde tú estés, si te parece bien.

–¿Te mudarías por mí? –preguntó Lawrie, sin poder evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

–Sí, a cualquier sitio. Debería haberlo hecho hace nueve años, pero, si no es demasiado tarde, lo haré ahora. Por favor, dime que no es demasiado tarde.

El llanto se mezcló con la risa y Lawrie se estrechó contra él.

–De acuerdo.

Jonas la tomó de los hombros y la apartó.

–¿De acuerdo?

–Sí, de acuerdo, hijos, nietos, bufandas… Trato hecho. Te quiero, Jonas, te he echado mucho de menos. Estaba en una ciudad increíble, tenía el trabajo de mis sueños, pero me sentía tan vacía que no podía soportarlo. Al ver que no me llamabas ni me mandabas correos electrónicos, pensé que había vuelto a perder mi oportunidad contigo. Pensé que me volvería loca. Te he echado mucho de menos. Tenía que volver a casa.

–Ya estás en casa –dijo él envolviéndola en sus brazos–. Aunque me veo viajando mucho en el futuro.

–Quizá no sea necesario –susurró Lawrie entre besos.

Jonas deslizó sus manos bajo el abrigo y la tomó posesivamente por la cintura.

–¿Cómo?

Ella se estremeció y se arqueó hacia atrás para permitir que la besara en el cuello.

–He hablado con el bufete.

Jonas se quedó inmóvil.

–¿Y?

–Quieren abrir una oficina en Europa. Tendré que viajar: Londres, París, Berlín… Pero puedo vivir donde quiera, aquí por ejemplo.

–¿Aquí, en casa?

Lawrie apartó la mirada con timidez.

–Sí, si quieres.

–¿Que si quiero? Sin ti nada es lo mismo.

–Durante todo este tiempo, pensé que lo único importante era mi trabajo. Qué equivocada he estado –dijo poniéndose de puntillas para acurrucarse contra él–. Tú eres todo lo que necesito. Tenías razón, solo necesitaba ser lo suficientemente fuerte para admitirlo.

Jonas sacudió la cabeza, apesadumbrado.

–Aquel día en el aeropuerto, fui demasiado severo. Lo siento.

–Sí, lo fuiste –convino, acariciándole la mejilla–. Pero tenías razón. No era justo lo que te estaba pidiendo.

–Hay una fiesta en el café –dijo Jonas, dándole un beso en la cabeza y rodeándola con los brazos–. Aunque preferiría que nos quedáramos en casa, echáramos la llave y no salir en una semana.

–Me gusta la idea de quedarnos en casa –comentó Lawrie sonriendo con picardía–. Pero había pensado que podíamos celebrarlo como solíamos hacerlo: los dos solos, con un saco de dormir y *Barb*, aparcados en algún rincón tranquilo. ¿Qué te parece?

–¡Has dicho su nombre! Supongo que eso quiere decir que de verdad has vuelto.

–Y esta vez para siempre –le prometió–. He vuelto a casa contigo.

Fin